

INVIERTA EN FRUTA

por Gordon Finley

*A tots els amics que han fet
possible aquest llibre. Gràcies.*

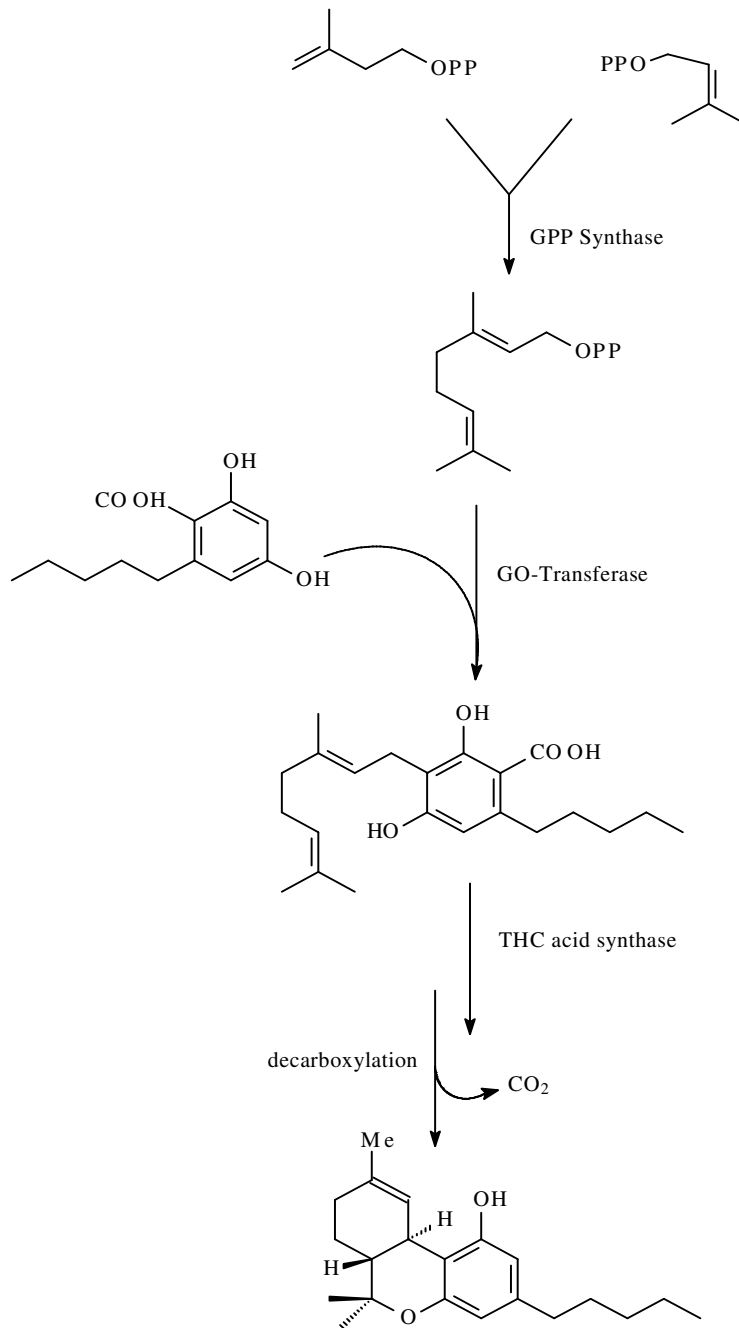
Todas las personas y sucesos descritos en este libro no existieron jamás.
Cualquier similitud es fruto de la coincidencia.

La verdad es un ente curioso, perseguida por muchos, obtenida por pocos. No importa si en ocasiones se te es revelada plenamente, porque la creerás tan imposible que su simple conocimiento será su mejor coartada.

Anónimo

URGENT

CLASSIFIED N°2581



Δ^9 -THC

EMBRIOGÉNESIS

Baix Empordà

31 de Julio de 2005

7.35 AM

Me gusta pasear entre las amapolas. En este prado son muy numerosas, tanto que no puedo evitar pisarlas.

Hoy es el primer día que vengo. La hierba bañada por el rocío tiene el doble de sabor al masticarla... es fresca. Qué tranquili...

Qué me pasa ¿Qué es este dolor de cabeza?

Su visión se nubla, el mundo se desdobra, una música envolvente empieza un *crescendo* paulatino, y antes de caer desplomada, cree ver a alguien acercándose: ¡Blancanieves y los cuarenta enanitos! Cantando al unísono:

—Haibó, haibó, a casa a descansar...haibó haibó haibó haibó...

Esta mañana el sol se había posicionado sereno en el horizonte, las gotas cristalinas bautizaban de plata las superficies donde se mecían y todos los elementos se desperezaban para constituir un cuadro impresionista al óleo. Lentamente. La naturaleza de esos parajes emergía con su armoniosa belleza, la percepción de perfección, el despiadado mundo. Pero algo iba a cambiar para siempre en la historia del pequeño pueblo de Cassà de Pelràs. Ya existía ahí fuera, en sus alrededores. Furtivo. Diferente. Inesperado. Esperando.

Los cantos remotos de pájaros se balanceaban por los trigales al tiempo que criaturas escurridizas se escabullían entre las madre selvas. Señales de vida en un paisaje dinámico, interactivo; y en esos precisos instantes, no muy lejos de ahí, el campesino Josep Bosc hacía lo mismo que todos los lunes. Prepararse para sacar sus ovejas a pastar.

Era un hombre de unos sesenta años, de complexión más bien fuerte, pelo ralo, metro setenta de estatura y aunque su nombre era Josep, todo el mundo le llamaba Roc, por la granja de la que era propietario, Can Roc, situada a las afueras del pueblo. No muy grande, de apenas veinte habitantes, cerca del cual el flamboyán pintor Salvador Dalí había poseído un castillo, en Púbol.

Roc había pasado una mala noche, dando vueltas hasta el amanecer; incluso creía haber tenido visiones de tractores con grandes altavoces emitiendo sinfonías de Mozart. *Semblava tan real...*

Este lunes el cielo despejado y el sol matutino alegrarían al madrugador. Él siempre hacía el mismo recorrido. Saliendo de su granja a la derecha, tomando el sendero hasta el cruce de caminos. Luego, torciendo a la izquierda emprendía dirección a la aldea del pintor catalán, a unos seis kilómetros en línea recta por una carretera de piedra rojiza todavía por asfaltar.

El camino de Púbol tenía un carisma especial. Estaba hundido, de tal manera que los terraplenes le encauzaban perfectamente. Hacía bajada combinando un entorno selvático de bosque profundo a mano derecha con extensas praderas a la izquierda. De vez en cuando se movía una rama aquí o se oía un crepitar allá, pero el conjunto actuaba compenetrado, dando la bienvenida al caminante sin mostrar tensión o amenaza. La tramontana soplaba despertando las ramas de su letargo y se oía el crujir de las piñas al abrirse aligerando un delicioso olor a resina.

Aquellos confines nunca presenciaban sobresaltos. Roc llevaba unos quinientos metros andados cuando empezó a divisar los prados que los terraplenes le permitían ver a su izquierda. La luz hacía los campos muy verdes, en uno de ellos había una vaca durmiendo.

El olor era muy penetrante esta mañana. Se podía percibir una amalgama de diferentes sustratos olfativos. Diversas tonalidades en una acuarela de contrastes. Parecía que el mundo acabara de ser creado. Con sus colores todavía vívidos, relucientes, esperando a ser estrenados por un sistema de visión tridimensional conectado a un algoritmo consciente capaz de asombrarse ante ellos.

Roc seguía andando por el sendero. Le quedaban muchas horas de trabajo por

delante: vigilar las ovejas, conducir las por los pastos que más le interesaban... *Avui les portaré prop de la bassa, no hi bufa tant el vent en aquell indret.* Si todo iba bien, llegaría con el tiempo justo para comer de vuelta a casa. Si no había imprevistos. Nunca los había.

Faltaba poco para que hiciera el primer descanso con las ovejas cuando volvió a ver otra vaca. Esta vez se asustó, porque desfalleció delante de sus ojos. Fue todo muy rápido. Cayó fulminada al suelo. Cuando segundos antes había reparado en ella, andaba dando tumbos, con dificultad para mantenerse en pie. Tambaleaba. Apenas atrajo su atención, cayó de cabeza al suelo.

La epidemia de vacas locas que a principios de siglo sacudió Europa le había agudizado los sentidos para detectar comportamientos extraños en rumiantes. Lo que acababa de presenciar tenía muy mala pinta. Sus ojos no le habían mentado. Rápidamente, dejó las ovejas pastando y se acercó al animal. Su respiración era entrecortada y al explorarle las pupilas las vio muy dilatadas. *Ay, ay, ay, ay* se dijo para sus adentros. La intentó mover, pero era demasiado pesada. Una vaca inconsciente. ¿En coma? Ahora recordó la que había visto minutos antes. *L'altra vaca del camp.*

—¡Merda! ¡No pot ser! ¡Vaques boges no!— Su preocupación no era gratuita. Aquel ganado era suyo.

Alzó su cabeza hacia el cielo en un claro signo de desesperación y halló una sarcástica recompensa a sus súplicas. Se dio cuenta que había otra tumbada no muy lejos. Semiescondida entre unos matorrales a unos treinta metros, probablemente habría pasado desapercibida si Roc no se hubiese desplazado a ver la primera. Corrió y su sorpresa fue todavía mayor. La vaca había muerto.

¿Se había desmayado ésta igual que la anterior? ¿Minutos antes, horas? ¿Qué podía hacer? Roc se apoyaba encima de ella, intentando inconscientemente moverla, no queriendo admitirlo, *potser encara la puc salvar.* Pero aquella vaca estaba fría. Bien lo sabía. Sin signos de violencia. Ningún rasguño. ¿*Què ha passat aquí?* No tenía ni idea. Había que llamar a un experto, un veterinario, un médico...

—¡Collons!— murmuró en voz alta, ¿Por qué tenía que pasar esto ahora? *¿Per què ara?*

Quedarse allí no era muy inteligente. Pero este lunes de sorpresas, iba a quedar en su memoria por algo que había sucedido pero él todavía desconocía. Pronto iba a descubrirlo.

Al girarse para volver junto a su rebaño, una estimulación retínica activó todas las sinapsis que dieron rienda suelta a sus reservas de adrenalina acuarteladas en la glándula suprarrenal. Una estampida incontrolada inundó su interior. El iris captó una imagen que tardó seis nanosegundos en alcanzar el nervio óptico y doscientos milisegundos en procesarse dentro de su cerebro. Roc se quedó quieto. Observando atónito. Hasta que empezó a correr apresuradamente hacia sus ovejas. Sus ojos no podían dar crédito. Todo el rebaño yacía ahora en medio del prado. De las cuarenta no había quedado ninguna en pie. ¿Qué es esto? ¿¿Qué está pasando aquí?? Demasiadas preguntas recorrían su mente. Nada tenía sentido. Nunca en su vida había visto algo parecido.

¡Però si tan sols han sigut cinc minuts! ¿Què caram és això? Los perros corrían desconcertados, exteriorizando la agitación que ahora campaba por el interior de Roc. *¿És una broma o què?* No vio a nadie en los alrededores. Parecía que estuviese solo. Su instinto se lo decía. Pero a veces uno se puede equivocar.

Estaba desbordado, ¿Qué podía hacer ante tal situación? Empezó a dar golpes a las ovejas con su cachava pero ninguna dio síntomas de despertarse. Las que palpó todavía vivían. Alguna, en el suelo, temblaba frenéticamente como si estuviese en trance. Dando sacudidas y parándose. Otras sencillamente lo hacían ininterrumpidamente. ¡¡¡Dios santo!!!

—¡¡¡¡Déu meu!!!— gritó incrédulo. De repente su móvil sonó, era su hijo:

—¿Pare?

—¡Fill!

—¡Pare! ¡Vine correns, està passant una cosa al mas!

—¿Què? ¡Etic al camp, tinc totes les ovelles desmaiades, estan malaltes!

—Els animals d'aquí la granja es tornen bojós...

—¡¡¿Com?!! ¡Les ovelles em tremolen al mig del camp! S'han intoxicat, no ho sé...

he trobat una vaca de les nostres morta...

—Aquí a la granja...els animals perden el coneixement i també tremolen...

—¡Mare meva, com aquí! ¡Hem de trucar al veterinari! ¡De pressa!

Doce horas después

—Oiga, esto no es lo mismo, se lo aseguro...

—Ya se han producido casos de comportamientos extraños en animales. Hace poco, unos cerdos en la granja Pastor experimentaron pérdida de equilibrio y empezaron a montarse machos con machos por razones aparentemente desconocidas tal como usted me relata.

—Pero esto es diferente... — la voz de Roc temblaba.

El veterinario le interrumpió y prosiguió la aclaración:

—En un primer momento se pensó que podía tratarse de priones en cerdos, pero al final resultó mucho más simple. Se emborracharon al comer unos albaricoques fermentados caídos del árbol y esa pequeña tasa de alcohol al entrar en su sangre produjo los efectos. Quizás les haya pasado algo similar a sus animales.

—¿Fruta fermentada? Nah... ¡Esto es el mal de las vacas locas que ha infectado toda mi granja!

—Por el tipo de animales que me cuenta es poco probable, estas encefalopatías solamente se han descrito en vacas y ovejas, no en ocas ni patos ni cabras... Tal vez sea transitorio, no quisiera hacerle pagar sin necesidad...

—Mire, algo está pasando aquí, se me acaban de morir veinticinco ovejas y una vaca en medio del campo... ¡¡Y a las que se han recuperado les ha cambiado el tono de voz!!!

—¿Cómo ha dicho?— El mutismo del veterinario que siguió a la pregunta destelló una incredulidad total, como si se acabase de dar cuenta que hablaba con un campesino afectado por la enajenación.

—¡Se lo juro! Ya se lo he dicho antes, se montaban los machos, haciendo murmullos raros, se desplomaban súbitamente... ¡¡Como si estuviesen locos!!

—No puede ser— respondió el veterinario —¿Cuándo empezaron los síntomas?

— Esta mañana, de golpe...

— ¿Tan rápido?

— Sí, y ahora se les han pasado y parecen recuperados...

— ¿¿Cómo?? ¿Ya no los tienen?

— No, salvo lo de la voz; ahora están sanos. Se les ha pasado a las vacas, a las cabras, ovejas... ¡A todos!

— ¿Y dice que ha ocurrido también con los patos?

— Y también con algunas gallinas, sí.

— ¿Estaban fuera de sus jaulas?

— Sí, creo que sí...

— ¿Entonces sólo se han visto implicados los que están en libertad?

— Pues no le sabría decir, algunas ovejas que se quedaron en sus corrales enfermaron, al igual que los patos y las gallinas...

— Pero pudieron haber comido, no sé, ¿Hierba traída del campo?— añadió. Una brillante hipótesis que el veterinario se enorgulleció de pronunciar, aunque en la soledad de su despacho nadie pudo aplaudir.

— Sí, se la damos cada mañana... ahora que usted lo dice, a los que comen pienso no les ha pasado nada.

— ¡Bingo!— dijo el veterinario chasqueando los dedos —¡Hay alguna cosa ahí fuera! Una flor, un polen tóxico...

— No lo sé...

— Oiga, ¡Vengo mañana por la mañana a hacer los análisis!

— Sí, por favor.

— Y escuche, encierre todos los animales. No los saque ni les dé hierba.

— Pero sin hierba...

— Deles sólo pienso, ah, y guarde la alfalfa de hoy; esto será temporal— le interrumpió —Después de los análisis, volveremos a dársela y veremos la reacción.

— Vale, ¿Entonces hasta mañana?

— Sí, hasta mañana, buenas noches.

— Buenas noches.

Y despidiéndose el veterinario colgó el teléfono.

¿Será esto alguna enfermedad nueva? se preguntó. ¿Qué será esta vez?

TRANSCRIPCIÓN

Edificio Federal de la DEA

División Washington D.C.

Junio 2003

8:40 AM

—La lucha contra las drogas— decía el investigador —ya tiene los días contados. Max Sbaraglia exponía los resultados de un proyecto experimental para combatir el tráfico de estupefacientes desde una perspectiva insólita. Los padres eran cinco años de investigación secreta y doscientos millones de dólares del presupuesto nacional.

Mientras, detrás de él se proyectaba la imagen del *invitado forzado* a esa reunión. Era una especie de mancha redonda blanca y rugosa ocupando la parte central de la fotografía. Esa foto no le favorecía. Pero el hongo ni lo sabía. Tampoco le importaba. Aun así, le daba un aire desarreglado, similar al de cualquier bioinformático sorprendido justo en el momento de levantarse después de cuarenta y dos horas en el laboratorio cazando genes *in silico*. Probablemente habría estado de acuerdo con la apreciación, de haber tenido conciencia.

Si uno se detenía a observar la foto atentamente, podía intuir que era la imagen electrónica de algún trozo de excremento, o algún bicho raro. Tenía una forma esférica recubierta de protuberancias y una especie de amasijo de hilos peliformes con extensiones que recordaban a las erupciones nucleares en la superficie del Sol. Se parecía más a un trozo de barro amasado por un niño que no el peor enemigo de las plantas productoras de marihuana y cocaína.

—El F.O.Sp-EΔTFc es el arma definitiva contra el tráfico de estupefacientes...

Y diciendo esto, Sbaraglia sacó un puntero rojo y señaló la proyección:

—También conocido con el nombre de *Fusarium Oxysporum*, esta imagen que están viendo está tomada con un microscopio electrónico. Pertenece a la cepa de laboratorio 186 del hongo modificado para atacar específicamente las plantas productoras de cocaína *Erythroxylum* y sus variedades, y las de hachís como la *Cannabis Sativa*.

Pero si Sbaraglia se hubiese dirigido a un auditorio científico iniciado, y no a la banda de subvenciona-proyectos que tenía delante, habría tenido que ser más cuidadoso. No sólo modificado genéticamente, sino genoconstruido desde cero. Gen a gen, ladrillo a ladrillo, habían creado a ese ente viviente como albañiles de la vida.

Además a Sbaraglia le encantaba jugar con el uso de los acrónimos científicos. Dejar a todo el mundo conmocionado al escuchar esas impronunciables palabras. Aunque era consciente de que nadie entendería la designación F.O.Sp-EΔTFc, citar el nombre experimental le producía una efervescente mezcla de control y conocimiento que le excitaba.

Ahora mismo estaba reunido entorno a una mesa rectangular con el comité encargado de la supervisión del proyecto. Delante de él Stanford Raffles, el asesor presidencial, flanqueado por el secretario del departamento de agricultura y por los altos mandos Obsenberg y Racker, coordinadores de la actividad militar antidroga en América Latina. Sentado junto a ellos el director del departamento de Narcótica Molecular de la DEA, Thomas Eichorn, tomaba notas.

—Los estudios *in vivo* han demostrado un porcentaje de efectividad del 99%— hizo una pausa para continuar —pero lo fundamental es la especificidad que hemos logrado con esta nueva aproximación y que no habíamos podido conseguir antes. A diferencia de las otras cepas que se intentaron alterar en el pasado, nosotros hemos construido el hongo, pudiendo así seleccionar sus víctimas diana según nuestros intereses.

El objetivo de este proyecto era desarrollar una cepa para poder atacar las variedades productoras de cannabis y cocaína, para matar dos pájaros de un tiro. Aquí pueden ver los resultados.

Con estas palabras, se volvió de nuevo hacia el proyector y gracias a la última virguería tecnológica que había salido al mercado pensó: *Erytroxylum sp*, y la diapositiva cambió en décimas de segundo, permitiéndole una sincronización al milímetro con su disertación. El *pathia set* se había vuelto indispensable para realizar una exposición de primer nivel. Era simple, una especie de *mouse* telepático que iba acoplado a la oreja; estaba haciendo realmente furor, como los punteros láser en su día o el *manos libres*. Al principio fue pensado para entretener a los *yuppies*, pero los ávidos publicistas habían conseguido expandirlo con éxito al personal científico. Realmente era útil. Con él no tenías que preocuparte en pasar *slides* o tan siquiera buscarlas. Sólo con pensarlas era suficiente, y podías concentrarte plenamente en tu discurso de exposición.

Seguidamente se proyectó una superficie cultivada aparentemente normal.

—En este campo de dos hectáreas usado para el experimento de eficacia, hay mezcladas una cepa de *Erytroxylum* variedad coca— de entre todos los arbustos indistinguibles, uno se volvió azul y se elevó amplificado a unos dos metros por encima de los restantes —otra de *Erytroxylum* variedad *novogranatense*, y una de *Cannabis Sativa*; todas ellas rodeadas de noventa y siete subespecies de otras plantas cosmopolitas. Con el uso de *Fusarium* economizaremos su producción pues el hongo se replica cada vez que infecta, y provoca la muerte en horas reduciendo la capacidad de adaptación de los vegetales invadidos, dejando intactas a todas las demás plantas. En esta diapositiva, una planta infectada muere en dieciocho horas.

Sbaraglia se aclaró la voz y aprovechó para tomar un poco de agua del vaso que tenía en su tarima de exposiciones.

—Esta imagen aquí resaltada en azul es a las tres horas de la infección, ésta a las seis, a las doce y a las dieciocho— dijo, mientras las imágenes se sucedían a voluntad una tras otra.

Tal como había anticipado Max, la progresión de los efectos era evidente en todas las imágenes. Al cabo de seis horas, las hojas de los vegetales presentaban un aspecto irregular, con una coloración entre verde, amarilla y ocre. A partir de las

doce, el aspecto era senil, las hojas se arrugaban y la defoliación empezaba a ser relevante. A las dieciocho era un palo seco. Sin vida. Muerto.

Con este panorama, los de la comisión federal antinarcóticos tenían que sentirse satisfechos. No parecía que este hongo hubiese sido diseñado para dar demasiadas oportunidades a sus víctimas.

—Y en esta fotografía— prosiguió —pueden ver algunos controles negativos: la familia de las *Orquidáceas*, las *Cucurbitáceas*, con las especies *Cucurbita Pepo* y *Maxima* y algunas *Apiáceas*, como la zanahoria.

Usando estas especies demostramos que no se ven afectadas y la especificidad, ejem, el *targeting* de este nuevo tipo de *Fusarium* es del 95%. Ninguno de los vegetales control murió ni se vio infectado. También se probó con las familias más próximas de *Erytroxylum* y *Cannabináceas* no productoras, con resultados análogos.

Entonces Raffles aprovechó para hacer una pregunta:

—¿Y podría explicarnos a qué se debe la hiperletalidad?

— Bien. Debo informarles que un hongo convencional acostumbra a provocar la muerte en días o semanas, más que en horas.

—Ajá— Raffles asintió con su cabeza.

—Para conseguirlo equipamos a este hongo con siete tipos de toxinas bajo el control de un promotor facultativo para permitir su expresión cuando interese.

—Por curiosidad, ¿Podría describir su funcionamiento?

—Sí, claro. El promotor facultativo es el interruptor de la luz que obliga al hongo a usar las toxinas sólo cuando ha infectado las plantas diana, y así se evita que las use sobre otras. De entre estas toxinas, que son como el hacha y la motosierra para un *serial killer*, incluimos el principio activo modificado del veneno de la *Vedova Nera*, la araña Viuda Negra. También está la toxina del escorpión africano que aunque propiamente sólo es eficaz contra animales, descubrimos recientemente casi por casualidad que cortada en la posición aminoacídica 164 tiene un efecto devastador específico sólo sobre los cloroplastos de las *Cannabináceas*. Hay tres toxinas dirigidas contra éstas y cuatro contra las variedades de *Erytroxylum*.

—Vaya, esas cosas parecen mejores que uno de nuestros Patriot guiado por láser— respondió el general Racker.

—Sí, tuvimos un poco de suerte al descubrirlo. Pero estos no han sido los mayores obstáculos a vencer... además de factores invasivos y de adherencia, añadimos ácidos cinámicos para impedir la diseminación de las semillas de *Erytroxylum* y de *Sativa*. Los ácidos cinámicos son usados normalmente por determinados vegetales para inhibir el crecimiento de otros a sus alrededores y así poder acaparar más recursos naturales. Nosotros los hemos reconvertido dirigiéndolos por ingeniería genética únicamente contra las variedades de coca y cannabis. Y al ser construido y no propiamente modificado, el rechazo del hongo frente sus nuevos genes es mínimo. Tuvimos en cuenta también la posibilidad de que pudiese transferir sus armas a otros organismos, por lo que añadimos un *dead lock*, o sea un cerrojo molecular a modo de etiqueta de DNA para sus toxinas que impide que sean incorporadas por otras especies.

Max Sbaraglia terminó así su exposición con la satisfacción de haber presentado al francotirador perfecto. Invisible, silencioso y sin conciencia. El arma que él estaba convencido serviría para acabar con el tráfico de narcóticos que pudría su país y el mundo. Eso era lo que todos en esa sala esperaban. Éste sería el camino a seguir, la solución al problema. Por la fuerza. Dispersando sus esporas desde un vuelo estratosférico conseguirían diezmar las plantaciones de droga provocando una epidemia masiva que obligaría a los narcos a replantearse su negocio.

Entonces el asesor presidencial se pronunció:

—Excelente, doctor Sbaraglia, su equipo de investigadores ha hecho una magnífica labor. Presiento que estamos a punto de alcanzar un hito histórico en la guerra contra las drogas con este nuevo aliado. Comunicaré el éxito al presidente para que acelere la Operación Iguana Negra. Buen trabajo.

Estados Unidos planeaba desde hacía tiempo arrasar los campos de droga de Colombia y Venezuela usando la base aérea de la bahía de Manta, en Ecuador. Sin embargo debido a la presión por parte de la EPA, la ONU y las organizaciones civiles de estos países acusándolos de un inminente genocidio medioambiental, habían tenido que aplazarla. Las organizaciones achacaban al ejecutivo

estadounidense la falta de escrúpulos al intentar utilizar un hongo descubierto por científicos de la CIA durante la guerra fría para aniquilar las plantaciones de coca y cannabis. El hongo era el *Fusarium* en su estado salvaje y debido a su selectividad parcial existía el riesgo que acabase aniquilando algo más que vegetales. Muchos activistas perdieron la vida defendiendo sus países de este invasor y retardando con éxito su diseminación.

Pero ahora las cartas habían cambiado. Los del gobierno tenían repóker, la DEA su juguete y el bicho carta blanca para destruir las plantas de coca y marihuana y solamente aquéllas, lo que tanto le habían echado en cara. Iban a recuperar el prestigio perdido. Ya no usarían el chapucero herbicida de Monsanto, ni una versión rudimentaria del *Fusarium* con primitivos cambios genéticos. Ahora tenían la nueva versión de una bomba biológica imparable con una letalidad sorprendente: el F.O.Sp-EΔTFc, también conocido en los pequeños círculos como el Agente Verde.

Todos en esa sala habían quedado hipnotizados; creían que ese engendro de la naturaleza reeducado a letal asesino a disposición humana iba a ser la victoria final de la narco-erradicación. A pesar del aparente triunfo, lo que iba a existir en poco tiempo y aún ninguno de ellos ni siquiera sospechaba les daría una lección. Una silenciosa lección. Una escalera de color que dejaría este proyecto totalmente desfasado, impotente y en el olvido.

La reunión finalizó y cada uno de los asistentes fue abandonando la sala. A la salida, un hombre de unos treinta y cinco años, apoyado en la pared, aguardaba a su presa con un portafolios entre sus manos. Los asistentes fueron sobrepasándole lentamente hasta que la sorpresa se plasmó en la cara de Eichorn. El hombre era Richard Allerthon.

—¡Hombre Richard, cuánto tiempo!— le decía mientras estrechaban la mano.

—Sí, sí... Ehmm, Thomas, tengo algo que enseñarte.

—Te veo un poco tenso, ¿No? ¿Qué pasa?

—Los de Inteligencia me han pasado un expediente de máxima prioridad.

—¿Ah, sí? Cuenta, cuenta, vamos a mi despacho. ¿De qué se trata?

—Tienes en tus manos información secreta, ¿Eh?

—No me digas...— cogió el dossier de Richard con *URGENT* en portada. Tampoco le impresionó el estatus del documento. *Classified N° 2581* implicaba que quizás tan sólo dos o tres personas en el planeta sabían de su existencia. O sea, en esos momentos Richard, él y la fuente. Eichorn conocía la rutina de estos informes que siempre atrae a los plebeyos que se tragan pelis de espías. Sacó sus gafas y sin abrirlas echó una ojeada a la primera página. Empezó a leer como si fuese otro del montón destinado a apilarse en sus estanterías en poco tiempo, pero esta vez el desenlace fue distinto. Leyó unos quince segundos, vagamente veinte líneas del primer párrafo...

Rayos fugaces cruzaron su mente: Δ^9 -THC, narcoDNA y zanahoria... Tres flashes. Tres pinchazos en su cerebro. Parecieron sacudirle. Cada palabra le provocó un espasmo que no favoreció nada a su ya incipiente jaqueca diaria. Algo similar a *¡Mierda! ¡Joder, ya está, ya la tenemos montada!* recorrió su mente, aunque él nunca lo habría aceptado, ni tan siquiera bajo juramento. Se paró en seco. En medio del pasillo.

—¿Qué es esto? ¿De dónde ha salido este expediente?— Miró otra vez al portafolios y alzó su mirada hacia Richard.

—Ha salido del Gigorg, Thomas, mmm ¿Te acuerdas de ese nuevo ordenador que ensayaban los de la NSA¹?

—¿Él lo capturó en Internet?

—Sí y no, lo encontró en la base de datos de la red de espionaje Echelon.

—Hay que convocar un gabinete de crisis urgentemente— y Eichorn le miró con una cara recelosa, de sorpresa encubierta, como si se hubiese dado cuenta de que acababa de pronunciar una obviedad —¿Lo sabes verdad?

—Sí.

¹ la Agencia de Seguridad Nacional de Estados Unidos

Dos años después

Edificio Edgar Hoover

Central del FBI

Washington D.C.

18 de Julio de 2005

9:30 AM

[...]

—¡NO, NO TENEMOS TIEMPO, TENEMOS QUE ACTUAR YA!— LES INTERRUMPIÓ CON UNA CLARA AGITACIÓN RICHARD ALLERTHON —¡DEBEMOS DAR LA ALERTA INMEDIATA A TODAS LAS ADUANAS PARA QUE INMOVILICEN EL TRÁFICO DE ZANAHORIAS!

—ESPERE UN MOMENTO— DIJO JUSTIN OBSENBERG —¿NO NOS ESTAMOS PRECIPITANDO UN POCO? ¿PARAR EL TRÁFICO? SUENA UN POCO A CHISTE ¿NO? TENEMOS QUE AVERIGUAR CON MÁS DETALLE POR DÓNDE PASARÁN, ¿NO CREE? ¿SABE DE CUÁNTOS MILLONES DE DÓLARES ESTAMOS HABLANDO PARA EQUIPAR NUESTRAS FRONTERAS?

—EL TRAFICANTE FRANCÉS CANTÓ QUE LOS NARCOS DE ESTE PAÍS PLANEAN VENDER LAS ZANAHORIAS DC20 A LOS MEJICANOS EN POCO TIEMPO. ¡LOS RESULTADOS DE NUESTRO LABORATORIO Y EL INCIDENTE DEL TOUR DE FRANCIA DEMUESTRAN QUE YA EXISTEN Y ESTÁN AHÍ FUERA!

EL TRAFICANTE HABLÓ DE UN CARGAMENTO SUFICIENTEMENTE GRANDE PARA EXTENDERSE POR TODO CENTROAMÉRICA. SI DAMOS LA ALARMA Y LOS INTERCEPTAMOS AHORA, TENDREMOS UNA OPORTUNIDAD PARA LOCALIZAR LAS REDES QUE HAN DESARROLLADO LA DC20 EN SUELO AMERICANO.

—¿ENTONCES, ESTAMOS HABLANDO DE QUE LOS CARGAMENTOS SERÁN CAMIONES CON ZANAHORIAS? Y AUN SABIÉNDOLO... ¡TODAVÍA NO ES DELITO TRANSPORTARLAS! NO TENEMOS APOYO LEGAL.

—¡PERO NO SON CONVENCIONALES! LLEVARÁN EL NARCO DNA DEL QUE LES HA HABLADO EL AGENTE WOODS. ¡UNA VEZ LAS INTERCEPTEMOS, CON LOS TEST DE HIBRIDACIÓN DEMOSTRAREMOS QUE SON DC20! CON ESTA PRUEBA PODEMOS PEDIR UNA ORDEN JUDICIAL PARA JUSTIFICAR SU INMOVILIZACIÓN.

Allerthon siguió con su propósito:

—¡Debemos detener esos cargamentos antes de que superen el número umbral! Si se nos escapan demasiados conseguirán tener suficientes para cultivarlas y ser autónomos. Quizás algunos ya han pasado, Dios quiera que no, ¡Maldita sea! No sabemos cuántas han sido manipuladas. Si los cárteles de Méjico se hacen con ellas, ¡Quién sabe entonces lo que puede pasar! Se harán más fuertes. Podrán traficar impunemente. ¡¡Les aseguro que no tenemos ni idea de a qué nos podemos estar enfrentando!! Debemos dar la alarma a todos los pasos fronterizos. La amenaza es inminente, no hay tiempo que perder. Esta vez la droga no existe.... no será ni un paquete, ni una bolsa ni una maleta que vaya en un doble fondo, en las ruedas de un camión o en la bodega de un barco. ¿Se dan cuenta de lo que eso significa? ¡Sólo un biólogo molecular podrá detectarla! El tiempo corre a favor de los traficantes. En estos momentos otro cargamento no muy lejos de aquí... Se fijó en todas las autoridades que presidían la reunión y se hizo el silencio. Tras una pausa y visiblemente más sosegado prosiguió:

—Quizás en un lugar no muy lejos de aquí ya estén cruzando nuestras fronteras...

Laredo, Texas

Frontera US-México

El calor era insoportable, pero para las autoridades fronterizas americanas, aquello iba a quedar como un gag de Jacques Tati. Por el horizonte, a través del espejo de asfalto se aproximaba un trailer de dieciséis ruedas y quince metros de largo. El aire ardiente hacía temblar su silueta...

Ronald Fuentes sorbía lentamente su café. Era el jefe aduanero al mando del paso fronterizo de Laredo, tras el cual se extendía el puente sobre el Río Grande, la ciudad de Nuevo Laredo y los mejicanos.

Fuentes era un hombre bien tratado por los años, alto y corpulento, con una incipiente barriga cervecera. Rubio ojos azules de casi metro noventa. Aquella mañana, de pie al lado de su oficina veía los vehículos a paso de tortuga cruzando las casetas. *Este café que la máquina automática nos obliga a beber es*

repugnante... Nada más empezar su turno el aire acondicionado se había estropeado. Supersticioso; eso era un mal presagio para ser un día cualquiera.

Pero aquél no era el tema de la mañana, sino los tráileres de semillas de zanahorias que estaban cruzando la frontera. Según sus respectivas hojas de ruta, todos se dirigían a los mercados regionales de Nuevo Laredo, en Méjico. Los habían registrado. Todo en orden, anécdota incluida; en un momento del registro, mientras un oficial inspeccionaba la bodega de carga cayó una caja al suelo supuestamente llena de semillas, y al abrirse encontraron un contenido muy diferente. En lugar de algún tipo de sustancia ilegal, resultaron ser CDs de música. CDs y semillas en el mismo camión. Nadie le dio demasiada importancia. La disparidad de las mercancías era ilimitada. Unos meses antes llegó a la aduana un reactor nuclear tan grande que tuvieron que desmontar los techos de la parte lateral izquierda para que pudiera pasar. Fue interesante verlo, parte del trabajo, para recordarlo en la taberna un día de fiesta.

Allí, el deber número uno era hallar cargamentos de droga, y todo el mundo se sometía a los estándares aduaneros. Los funcionarios, perros, detectores y máquinas estaban especializados en interceptar cuantos tipos de estupefacientes conocidos fuese capaz de crear el ser humano: marihuana, hachís, GHB, cocaína, cocaína negra, heroína, morfina, éxtasis, R-2, anfetaminas, metamfetaminas, K, hongos alucinógenos, esteroides prohibidos...

Dios mío, se preguntaba a veces Fuentes. *¿En qué mundo vivimos?*

A diferencia de los otros, Fuentes se había sorprendido por la anécdota de los CDs. Él era un oficial con más de treinta años de servicio. *¿Tanta semilla de zanahoria de repente para qué? ¿Y esos CDs en cajas qué pintan?* Su oficina a esas horas era ya un horno. El calor se volvía cada vez más intolerable y aprovechó el pequeño pasillo de metal a la sombra adosado a su *bureau* para tomar un poco de aire. Suspiraba por una brisa.

Con tantos años en mi profesión me las he visto de todos los colores cazando estupas. Así llamaba a los traficantes de narcóticos. Sabía que sus tretas y estrategias sobrepasaban lo inesperado. La sorpresa era su indiscutible aliado. Fuentes era perro viejo, y hacía meses que no veía movimiento en la frontera.

Cada vez se incautaban menos alijos; eso lo inquietaba. Los de inteligencia tampoco habían avisado de ningún truco nuevo. Algo se cocía ahí abajo en Méjico, algo nuevo, ¿Pero qué podía hacer él? ¿Estarían los *estupas* cambiando de rutas?

O quizás realmente conseguimos disuadir y disminuir el tráfico con nuestro trabajo. Se secó el sudor de la frente con la manga. *Boooffff... creo que el calor me está afectando la cabeza.*

Aunque ése era su anhelo. Que su servicio sirviera para algo. Claro que también quería aquel ascenso que tanto tiempo se le había resistido. Necesitaba méritos. Necesitaba interceptar un buen cargamento de cocaína. *Algo gordo. Eso sería un buen punto...*

Fue durante este vaivén de pesares rutinarios y volátiles para llenar el tiempo intentando distraerse del calor, que a través de los cristales ahumados de sus cuidadas Ray-Ban vio materializarse la inquietud en la lejanía. Un camión. Otro trailer de dieciséis ruedas. *Otro con semillas.* Paró de sorber su café. Desde su turno de las once, llevaba más de media hora en su puesto y habían pasado tres igual que aquél con semillas y CDs de música. Y ahora cuatro. En apenas treinta y seis minutos. Ninguno de los transportistas daba demasiadas explicaciones, aunque eso no era indicio de nada. Todos habían sido contratados para llevar la mercancía al otro lado de la frontera. Parecía una especie de convoy organizado. ¿Por quién? ¿Campesinos? La hipótesis no le cuadraba mucho, y eso le preocupaba. Quién más podía estar detrás de aquella comitiva, ¿Una corporación? Entonces, ¿Por qué no lo especificaba en la hoja de ruta?

No. La respuesta a la pregunta sobre su destino en todos los casos había sido la misma: el mercado de Nuevo Laredo.

Bajo las órdenes personales de Fuentes el transportista abrió la bodega de carga. Igual que en los anteriores trailer, sacos y sacos llenos de semillas, y entre esa montaña una caja llena de CDs de música. *Camiones clónicos.*

Todo en regla según la hoja de transporte. La mercancía ascendía a diez toneladas y cien CDs caseros cada uno en una caja con las siglas KV550.

—¿Cuál es su destino?— inquirió Ted Palmer, el supervisor adjunto de Fuentes.

—El mercado de Nuevo Laredo.

Ted y Fuentes se miraron.

Revisaron sus documentos. Género declarado, carné de conducir, permiso de circulación, destino...

—Está limpio jefe— dijo Ted. Fuentes se alejó. Iba a tener que dejarlo pasar, pero la matrícula de ese camión pareció darle un guiño. Una señal. Era MEX 546 LSD. Sus cejas se arquearon. *LSD*. Volvió a fijar su mirada en esa gran mole de metal y antes de que Ted devolviese la hoja de ruta le dijo en voz baja y pegado a su oreja:

—Esta vez que lo inspeccionen a fondo, tengo una corazonada...

De nada sirvieron las protestas del conductor cuando se percató de lo que ese susurro representaba.

—Y por cierto— añadió Fuentes en voz alta para que se enterase el camionero —vamos a escuchar qué hay en esos CDs, ¿Oké?

Las quejas del hombre fueron las de costumbre: que si tengo un horario que cumplir, que me va a repercutir en el salario... Todas inútiles, la impermeabilidad le rodeaba.

La orden significaba aplicar un código RMD. Iban a registrar ese trailer de arriba a abajo. Necesitarían personal extra para desmontar neumáticos, llantas, escanear el motor en busca de compartimentos estancos para burlar los perros, usar el láser de detección magnética para localizar piezas de armamento defragmentadas en el chasis y rastrear con los sabuesos transgénicos cada rincón. Podían esconder droga, armas, ilegales... de todo. Tenían claro que si había algo ahí que no cumplía la ley federal, iba a salir tarde o temprano.

Pero los aduaneros subestimaban un factor clave en este momento de la partida: el tamaño. Iba a importar. Y lo que escondía ese camión sobrepasaba los límites de su imaginación y tecnología para rastrearlo. Demasiado diminuto para ser reconocido. Demasiado *inexistente* para ser detectado. Resultado de la búsqueda: Nada. Cero.

Mientras supervisaban la inspección, la misma pregunta retornaba a Fuentes una y otra vez como un boomerang: *¿Qué es lo que no verán mis ojos? Augenschein*

trügt ¿Qué tendrían que ver? Ni los perros ni los escáneres encontraban nada
¿Me estoy volviendo paranoico?

Lo que no sabía era que a simple vista el enemigo no podía ser visto. No al menos en su actual estado. Fuentes estaba en lo cierto, pero en inferioridad de condiciones. El detector que hubieran necesitado todavía no existía. Al menos no en las fronteras. Posiblemente con un kit de detección molecular hubieran tenido más *chances*, pero esos chismes sólo aparecían en las aduanas de libros de ciencia-ficción. Los CDs también habían resultado una patraña para sicóticos: contenían una canción repetida *ad infinitum*, ¿Quién dijo que le sonaba a una sinfonía? Ya ni se acordaba.

Necesitaron un turno para llevar a cabo la revisión a fondo. Empezaban a estar un poco agotados. Iban a tirar la toalla. El transportista subió a su camión y se preparó para arrancar.

Fuentes volvió a su oficina, estaba ciertamente cansado, pero quería hacer una llamada. *A ver qué me dicen en El Paso de toda esta mierda de semillas.*

Para sorpresa suya, su teléfono ya estaba sonando. La impresora conectada a la red vomitaba papeles desde hacía rato. Leyó la cabecera. Tenía el logo de la DEA. *Un fax de antinarcóticos. Directo desde Washington.* No se veía bien pero le pareció entender la autorización por escrito para la detención de...

—¿Diga?— respondió mientras seguía ojeando el fax —Ronald Fuentes al habla.

Al cabo de pocos segundos algo reactivó su ánimo:

—¿Inmovilizar inmediatamente todo tipo de transporte de zanahorias?— respondió. Era el primer jefe de aduanas al que no le extrañaron las instrucciones. Dejó caer el auricular y se dirigió a toda prisa al puesto de vigilancia que acababa de dejar. Le habían dado la autorización verbal y por escrito que se requería para detener aquel trailer. En su ímpetu arrastró el teléfono y dio un golpe a la mesa que precipitó al suelo parte de los objetos que la cubrían. No podía perder ni un segundo reduciendo entropía. Tampoco estaba acostumbrado a correr y descendió las escaleras de su oficina como una vaca bajando por un torrente.

Vio el camión avanzar lentamente. Siguiéndolo se puso a gritar:

—¡Párenlo! ¡Párenlo!— Mientras corría, llamó la atención de su ayudante Ted que aún se encontraba cerca del hangar de inspección:

—¡Ted, avisa por radio!! ¡Detened ese trailer! ¡Alto!!— gritaba obstaculizando el tráfico. La gente no entendía nada y empezó a utilizar sus bocinas. La interrupción en la arteria asfáltica produjo un aumento de su presión que trasladado a la realidad significó el inevitable choque de dos vehículos inicialmente, más cuatro, seis, hasta un total de nueve. El último de ellos implicado fue un camión de dos pisos con cerdos.

Con el retroceso del impacto, la jaula más alta perdió el cerrojo y se abrió bruscamente. Hizo falta un nada para desencadenar una cascada de marranos encima de la camioneta blanca que tenía justo detrás. Las caras de sus ocupantes palidieron. Se descalabraron casi todos los gorrinos encima de la tapa del motor. La magnitud del porrazo hizo añicos las lunas, y después de abollar seriamente la chapa del chasis se precipitaron al suelo unos encima de los otros. El espectáculo no acabó ahí, porque junto con los cerdos, acabó cayendo encima de la camioneta algo más que animales. La confusión inicial dio paso a los chillidos de pánico de las bestias. La gente afectada también comenzaba a chillar bajando de sus coches profiriendo insultos. El caos ascendía en protagonismo. Otro episodio para la taberna.

Al trailer de las semillas le faltaban veinte metros para entrar técnicamente en suelo mejicano, pero Ted, aún un poco distraído por el espectáculo del accidente en cadena que su jefe recién había provocado, dio aviso por radio a un coche patrulla estacionado estratégicamente cerca del puente que daba acceso al lado mejicano. Tenían que impedir que llegase a los puestos fronterizos de Méjico. El camión aceleró, como si se hubiese dado cuenta que iban a por él.

Ganaba velocidad por segundos. No podían permitirse perderlo. Fuentes había recibido una orden directa de máxima prioridad, quizás las semillas de zanahoria se habían convertido en interés para la seguridad del país y les enviarían un código *security clearance DEA225* en poco tiempo. Ya estaba tan sólo a diez metros de abandonar Estados Unidos. Fuentes seguía corriendo detrás de él. Cinco metros. La situación era desesperada. El coche de policía recibió su orden y

encendió el motor. Dos metros. Arrancó y se interpuso con el camión. Al percibir la trayectoria de colisión directa, el camionero pisó el freno. Décimas de segundo, llevaba demasiada inercia. Colisión. Se produjo un gran estruendo y el vehículo patrulla salió despedido como una bola de billar. Pero consiguieron parar el trailer. Fuentes sintió un tremendo alivio y paró de correr. Lo detuvieron a tiempo. Le habían hecho sudar bien y tenía que apoyarse en sus rodillas para respirar: *¿Y para qué leches todo esto? ¿Para unas putas semillas?*

REPLICACIÓN

CORRIERE DELLA SERA

DOMÉNICA 15 FEBBRAIO 2004

FALLECE MARCO PANTANI

Consternación en el ciclismo italiano. Tenía 34 años. Posible sobredosis entre las hipótesis de su muerte.

¿Muerte o suicidio?

Salpicado por
dopaje en el 99 planeaba
su vuelta al ciclismo.
Ganó el Tour y el Giro del 98
Rimini, Italia.-Nnnnnnnnnnn
Nnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnn
nnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnn
nnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnn
nnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnn
nnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnn
nnnnnnnn. Sigue pagina 22.

Se encontraron drogas
antidepresivas en su
mesilla de noche.
Rimini, Italia.-Nnnnnnnnn
nnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnn
nnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnn
nnnnnnnn. Sigue página 20.

Fallece también en extrañas
circunstancias el ciclista
John Sermon. Gozaba de buena
salud. Sigue página 23.

En algún lugar del prepirineo catalán

13 Abril 2005

7:23 AM

Entre sábanas grises.

—Diga...

—...Mmmmm, buenos días mamá— *qué quieres ahora* —odio que me despiertes...cuándo dejarás de hacerlo— *cuándo demonios dejarás de hacerlo eh* —mmmmm...cómo voy a saber si Kant nació en Rusia o en Alemania, mamá, aquí son las 7:25 de la mañana sabes (sonido de sábanas grises rozándose)...Oh Dios... ¿Para comer? Lo del planning del dossier de la carrera— *¡Qué más da!* — hoy empiezo, es hoy, ¿Recuerdas? Te lo dije ayer...sí, ya sé que ahora no podremos hablar en un tiempo...claro, claro que lo entiendo... yo también te quiero mamá.

Extrañamente, y encontrándole gusto a esa extrañeza, él no era un prototipo. Por qué no el primogénito de una nueva saga de prototipos...Ni le preocupaba ni le atraía lo más mínimo. Evidentemente, esta controversia contaba con diversos factores básicos sin los cuales dejaría de ser controversia y sería una de tantas tertulias banales de sobremesa, tomando el sentido más vulgar del intervalo.

En otras palabras, él no era exactamente el protagonista de un manual para deportistas de élite.

Su pasajera presencia en el consciente colectivo y en todos los rotativos europeos durante los meses de verano había surgido de forma inocente y se había ido consolidando año tras año, hasta el récord. La sociedad amaba las plusmarcas; él se prestaba a ser el instrumento que posibilitara ese amor.

Y qué. Quién se acordaría al cabo de cien años...incluso menos. Además, si se acordaban no serviría de nada, él no lo iba a ver. E incluso si fuese a verlo. ¿Qué era un instante de gloria en la eternidad, más que el presente del propio instante y la conciencia para saborearlo?

Tal vez, y tan sólo, él era uno de los escogidos para ser el entretenimiento de las omnipotentes y débiles masas, víctimas y verdugos, dioses y esclavos; escogido para que el agridulce engranaje del devenir permaneciese bien lubricado. En el

imperio del circuito integrado, la comida basura y las miles de contraculturas (a alguna de las cuales toda la población acababa perteneciendo en fantástica paradoja), tenía cierta lógica que el sudor y el sufrimiento en cualquier hazaña deportiva contaran con un exceso de veneración; la victoria en su sentido más puro, más histórico.

Allanar Francia con cada pedalada, con cada contracción. Las cordilleras le darían la bienvenida un año más con arrogancia, intentando en vano ser más altas y empinadas exclusivamente para él. Las conquistaría una tras una a todas, erguido sobre la bicicleta, tirando de ella, cabalgándola, haciéndola oscilar periódicamente en una danza de sudor y lucha.

Vince, como los anteriores *mánagers*, le había presionado desde el comienzo. Todos tenían miedo al principio y habían intentado hacerlo cambiar, volverlo más disciplinado, cada uno a su manera, y el éxito no bastaba para tranquilizarlos. 'Cuando no dependes de tu culo tienes miedo chaval, es un instinto básico'. Y lo era. Ellos sabían que conocía esas sensaciones mejor que nadie.

Él también criaba incertidumbres que le negaban el sueño. Conocía sus límites y jugaba a bordearlos, sin nunca poner en entredicho el respeto de Jimmy y los otros corredores del equipo. Aun así las manos derechas de Freeman siempre habían querido hacer de él el protagonista de ese manual ya mencionado.

A principios de abril se iniciaba el *warm-up*, su metabolismo psíquico sufría una metamorfosis, y la latencia tomaba forma de recorrido subdividido en diferentes etapas; todas las condiciones de contorno, por sí solas, se disponían con la misma previsible y estratégica fase. Todo tenía que estar en fase para Freeman. El director de un equipo ejemplar, el American Life. Perfectamente orquestado, aunque muchas veces el solista virtuoso pudiese interpretar la obra *ad libitum*. El reglamento interno no dejaba lugar a dudas de apreciación sobre la conducta y los deberes previos a las grandes carreras.

—¿Diga? Dime, Vince... sí, ya... ya lo sé, no lo había olvidado, cómo quieres que me olvide de eso... claro que me acuerdo, joder... que no, que no voy a poner tu culo en peligro, es hoy, hoy empiezo, aunque si empezara a prepararme mañana no pasaría nada...no me grites— *ya sé que es hoy, pesao je je, qué pasa Vince,*

ya se acerca eh, ya te está poniendo cachondo esa carrera —no hace falta que me grites... ¿Cuándo?... ¿Que va a venir quién? ¿Una sugerencia de Freeman?— *No me jodas, sé cuidarme solito* —...Ya hemos hablado de eso. Si viene alguien del equipo por aquí me voy a cabrear ¿Me oyes? Si queréis mandarme una masajista 100-60-90 adelante, pero nada más. Ya puedes decirle a Freeman que este año no va a ser distinto...sí, claro que he visto el recorrido... ya me ha llegado el dossier... ¿Has hablado con Jimmy y con Bowers?...Ya sé que entrenan desde hace dos semanas Vince— *no me jodas* —...Supongo que has visto que el séptimo día llegamos cerca del principado, estarás deseando romper las ruletas de Montecarlo... ¿Ah no?... ¿Que me olvide de eso ahora?— *falso, has recuadrado en rojo el séptimo día, apostaría algo.* —Vince, es una de tus debilidades, y ya sabes que tengo tantas ganas de ir como tú. Cuenta conmigo, ahora no te— *rajes* —sí, supongo que sí, aunque no espero grandes variaciones respecto a los resultados del último Ruffier...y el lactato es mi especialidad, ya lo sabes [...] Adiós, adiós Vince, cuídate...a por el Tour... hasta pronto.

Las gráficas de las analíticas desconcertaron a los médicos durante los últimos años de amateur, sobre todo los índices de lactato libre. Había recibido importantes ofertas de farmacéuticas a lo largo de casi una década, entre otras cosas para caracterizar posibles polimorfismos o SNPs en su genoma que delataran sus cualidades y les dieran forma de principio activo comercial.

Él de momento quería correr, nada más. Conocerse a sí mismo, una experimentación carente de números y laboratorios, algo mucho más terreno; sentirse esponja del aire cuando su cuerpo se contraía seco de oxígeno adentrándose en los dominios de la anaerobiosis. Un organismo entero, un corazón que transpiraba y bombeaba aire entre los demás seres palpitantes que pedaleaban a su lado.

Los picos de pulsaciones inexplicablemente no generaban crestas de lactato, y la eficacia de su hemoglobina era casi el ideal teórico de la evolución proteica a lo largo de los eones; el oxígeno era un huésped privilegiado difundiendo veloz y voraz por todos sus epitelios. Los otros competidores peleaban por mantener el lactato controlado en unos parámetros mucho más estándares y menos

mediatizados. Él sólo quería correr, correr y ganar. Correr, ganar y de paso conocer mujeres hermosas. Hoy tenía que empezar con el test Ruffier, absurdo en equipos profesionales. El sentimiento de estupidez lo abrumaba especialmente durante la ejecución; ya nadie lo practicaba, pero para Freeman seguía siendo “válido y fundamental”.

Cuando estás en el umbral consciente que delimita el sueño, y más en los días laborables, es cuando se manifiesta la dualidad existente dentro del hombre, el yo, el superyo, el aquello, el tú y toda la retahíla de personajes no invitados por Freud que se quieren añadir a la guerra del “me levanto ahora o dentro de cinco minutos”. No es una batalla trivial. El hombre se enfrenta a sí mismo en una lucha nada digna de la cotidianidad a la que está permanentemente supeditada. El tiempo se dilata y las consecuencias de la negligencia se tornan engañosas, con una bondad maligna, y te das a entender que apurando más allá del límite que sabes infranqueable, después del cual ya no existe ningún atisbo real de puntualidad, aún serás capaz de vencer las circunstancias y llegar, sin duda, a tiempo a dondequiera que vayas.

Multitud de opiniones han surgido contra este argumento. Según algunos está lejos de la demostración y es fruto de educaciones carentes de principios o de voluntades debilitadas. Ante tal sentencia, esperada ya de antemano por el primer bando, como atestigua la contundencia de la réplica, se apunta que si bien nadie duda que atributos como inteligencia, agresividad o maldad tengan un componente irrefutablemente genético aparte del ambiental, puede probarse que la fuerza de voluntad y el tesón están sujetos también a tales factores.

A Steve le costaba enormemente ser dueño de su cuerpo por la mañana y poner el primer pie en el frío suelo lejos del sueño.

8:21 AM

Cama, colchón 200x120, funda nórdica gris.

Cuerpo y brazo derecho en el plano $z = 0$, cruzado sobre el torso. Contracción de los flexores, asimiento del edredón por su embozo izquierdo, relajación del bíceps, a vista aérea se descubre un triángulo de sábana azul alquitrán precediendo el

cuerpo, el controvertido cuerpo prototípico, que por las apariencias sería tan sólo un cuerpo, masculino, uno de tantos presentes en las festivas sobremesas femeninas de cualquier viernes noche; pero en absoluto un cuerpo de despedida de soltero.

El cuerpo permanece inmóvil sin señales de querer incorporarse.

Oxígeno. Le cundía más. Tenía un consumo nimio; todas sus fibras lentas habían conquistado el tren inferior con una proliferación calculada. Sólo cuatro litros en un minuto, un desarrollo de seiscientos vatios, una eficacia mecánica del 35%... Se sabía los datos de memoria; sus prestaciones lo convertían en una apisonadora, y podía prescindir de algunas singularidades demasiado estrictas del entrenamiento para dedicarse simplemente a experimentar. El control del dolor (él prefería usar prudentemente el término “manejo”) era su bala de plata; podría decirse su tesis doctoral. La meditación era una alternativa, el ciclismo era otra. Cuando eres presa del agotamiento, rodeado de lobos que siguen tu huída angustiada, humillado por tu afán de lucha contra el aire en los ríos alquitranados que se burlan de tu éxodo, dependes de las dos piernas náufragas, extenuadas en su círculo constante que te eleva y te ayuda a construir esa burbuja estéril. Pierdes el contacto con lo externo, que se torna ajeno y recobras un contacto más íntimo y olvidado, valorando la placidez de la normalidad mal nombrada. Ya tu cuerpo deja de ser tuyo y se funde entre los gritos y las pancartas y la pintura en la carretera para que la inercia y la fe tiren de ti, tiren del ganador hasta el podium de meta. Esos momentos fatídicos eran el punto de partida de su juego, a partir de la rebelión de sus músculos él construía su carrera. Sus armas laterales entraban en escena, se apoderaban de ella, y se giraba ante la manada atestando precisos mordiscos mortales para escapar definitivamente en solitario hacia la cumbre. En la intimidad más insondable, él era dolor, era sólo dolor, la definición más acertada de cuáles se pudiesen hallar.

Hoy empezaba su carrera anónima, mucho más larga que la televisiva. Presenciaría los *sweepers* en el cuarto oscuro. En una pantalla de tamaño cinematográfico proyectaría diversos videos, bancos de imágenes ideados para afectar su sensibilidad, para hipnotizar, para dormir, para atacar su sistema de

integridad y vulnerarlo hasta las profundidades desconsoladas. No eran imágenes pensadas especialmente para él, pero sobre la bicicleta estática a oscuras las hacía suyas. Lo envolvían y él se defendía con cada pedalada. Lo mermaban y lo intentaban destruir, pero aprendía a hacerles frente, las mantenía alejadas. Más tarde los medidores de lactato testificaban cuándo la imagen había hecho estragos.

Freeman no le daba demasiado crédito a todo esto. Al fin y al cabo sólo importaba que la publicidad en la camiseta del *crack* fuese la mejor pagada. Los demás no sabían nada de esos *sweepers*. Para qué. Para nada.

8:45 AM

Victoria contra sí mismo sobre cama gris.

Se incorporó bruscamente venciendo a su rival que aún se aferraba al calor del útero nocturno. Sentado, se calzó las zapatillas torpemente tras varios intentos y se puso de pie. Avanzó dando tumbos por el pasillo hasta la cocina y se abalanzó sobre la nevera. Procedió con el protocolo secuencial de extracción de vasos, cubiertos y materias primas de los armarios sin previa selección. La sucesión exigía una pausa en detrimento del desayuno para ir a recoger el diario que seguramente descansaría sobre la alfombrilla del recibidor. Fue entonces al pensar en el periódico cuando tuvo el *match-back*, la superposición de su idea consciente con las virtuales generadas por su cerebro mientras dormía, rescatándolas de la amnesia. Había soñado con una portada, letras grandes, que entre los titulares proclamaban el ganador del Tour de Francia de la presente campaña, y no era él. Un nombre indeterminado, pero no era el suyo.

El repartidor todavía no había pasado. Volvió sobre sus pasos hacia el desayuno en potencia. Líquidos, hidratos de carbono complejos lentamente metabolizables, algo de proteína y fruta, todo especificado en el dossier. Y zumo de zanahorias. Una vez a la semana subía un furgón desde Girona con comida, útiles de ciclismo y algún que otro capricho.

Desayuno, ducha rápida y un buen rato de carrera continua por los alrededores del pueblo, empapándose de aquellos olores que, sin transportarlo a ningún otro lugar, lo arraigaban contra su voluntad a una tierra que no era la suya, pero que

por la familiaridad de su entorno lo cautivaba una y otra vez, un año y otro, una vida y otra.

El primer escalón sería la Dauphine Libéré, la cursa que muchos corredores aprovechaban para preparar el Tour de Francia.

11:00 AM

Entró en casa y se dirigió al cuarto oscuro. Encendió la pantalla de proyecciones y centró la bicicleta estática en la estancia. Se colocó el medidor de lactato. Montó.

Primera sesión de *sweepers*. Sería dura.

Mando a distancia. Play.

Los DVDs estaban personalizados; los encargaba al director creativo de un canal publicitario de Phoenix. Cada uno tenía diversos cortes y el final de un episodio enlazaba suavemente con el inicio del siguiente. Él contra el audiovisual.

Las primeras músicas no eran polifónicas, sino melodías desnudas, y en la pantalla zumbaban formas onduladas de coloraciones azules y grises. Le sugerían literalmente lo que eran, un caos en dos dimensiones hacia ninguna parte. Su pedaleo obstinado tampoco iba a ninguna parte, clavándolo en la base de aquel cubo lleno de aire del que intentaba huir. Al cabo de diez minutos apareció un documental sonoro en el que un águila imperial perseguía una liebre, que durante el deshielo se convertía en una presa desamparada, ya que la nieve que la camuflaba dejaba paso a la piedra y a la vegetación naciente. Steve poco a poco lo fue notando. La hiedra del cansancio le trepaba por la cintura en un lento pero implacable ascenso; observaba cómo la liebre había conseguido refugiarse en unos matorrales del ataque aéreo. El águila se había posado e intentaba alcanzarla por tierra, y ésta al cabo del tiempo cometió el error fatal de abandonar el matorral para iniciar una carrera a campo traviesa. *Mierda, por qué no esperas en el refugio, pequeña, no ves que ahora eres una presa mucho más asequible, vuelve, vamos. ¡Corre, vuelve!* El águila tras varios saltos inició el vuelo y no tardó en dar alcance a su presa. Con ella bajo sus garras, el rapaz miró a su alrededor; el triunfo de la naturaleza en la carrera por la supervivencia.

Otro episodio. Podía observarse un hombre trajeado que sujetaba una maleta y caminaba apresuradamente, echando un vistazo al reloj cada pocos segundos.

¿Por qué coge la maleta con la mano en la que lleva el reloj? El hombre andaba sobre una banda de Moebius, la recorría entera aparentemente bajo condiciones de ingravidez localizada, y no dejaba de mirar su reloj, teniendo que levantar la maleta una vez tras otra. Steve notaba el pulso en cada músculo; en una bicicleta estática el aire no pasa de largo por tu lado ni arranca el calor acumulado en la superficie de tu cuerpo, y este calor te abraza y te debilita todavía más.

El hombre desapareció, y dio paso a una voz femenina, que le llamaba por su nombre. La voz le animaba a realizar unos cálculos matemáticos mentalmente con distintas cifras en pantalla, grandes y de color verde luminoso. Era sorprendente cómo el esfuerzo disminuía su caletre para resolver aquellas operaciones que en frío hubieran resultado triviales. De alguna forma se ponía de manifiesto que el esfuerzo físico también requería un soporte mental constante, sin el cual la regularidad de la actividad física podía verse alterada con el consecuente descenso en el rendimiento. A la voz preexistente se añadió otra voz femenina, que le proponía también cálculos matemáticos a la vez que la primera con números de distinto color. Era complicado discernir las propuestas de ambas partes.

Eso le puso nervioso, le molestaba aquella cacofonía de voces impertinentes que no se inmutaban ante su malestar, y los contornos luminosos le ofendían; debía luchar contra esos sentimientos negativos, debía hacerles frente, concentrarse en sus piernas y en sus pulmones para abstraerse del ataque sensorial, pero el uso de recursos intelectuales daba alas a aquella hiedra que lo iba ahogando pausadamente. Miles de agujas que esperaban en la pared de la habitación salían disparadas y se le iban clavando en las piernas y en el torso. Al fin las voces cesaron y su lugar lo ocupó una especie de réquiem para cuerdas extremadamente pesadas y profundas. La pantalla exhibía remolinos espesos naranjas y amarillos y formas escarpadas, llenas de aristas y vértices. Se imaginó que aquellas aristas eran en realidad cristales de lactato sódico en formación en la superficie de todas y cada una de sus células musculares.

El dolor dejó de ser una sensación y tomó forma en aquella pantalla que él estaba encarando. Luchó. Intentó penetrar en cada remolino naranja y romper su

periodicidad, intentó fracturar aquellas aristas afiladas con unas piernas semilíquidas de agotamiento que giraban sobre un punto imaginario. Y la hiedra lo carcomía por dentro; sentimientos absurdos lo abrumaban, un desconsuelo enorme le subía por el estómago hasta la garganta, y los violoncelos encadenaban cadencias menores que cosían metal a cada uno de sus cuádriceps. La marcha finalmente se decantó por una cadencia sin retorno y se hundió en un silencio intenso. Steve lo disfrutó mientras no dejaba de mover sus pulmones hacia dentro y hacia fuera. Daba la impresión que el film había finalizado, pero apareció una nueva voz, esta vez de niño. Una voz contundente, demasiado para ser tan joven. —Grita, Steve. Quiero que grites ahora. Grítame, dime lo que deseas, libérate de la presión que oprime tu cuerpo.

Y Steve rompió a gritar, gritó a las paredes y a sí mismo, le gritó al dolor y a la hiedra que cesó su ascenso intimidada. Gritó hasta que tuvo que concentrarse en el dolor que provenía de su garganta, y el llanto explotó en su rostro, y las lágrimas le corrían por la cara disolviéndose en el sudor, que no era más que el llanto del cuerpo entero. Las pedaladas fueron decreciendo de forma racional, para llevar al cuerpo a un estado de reposo progresivo. Diversos estallidos luminosos, con cierto aire de hecatombe cósmica, se sucedieron en la pantalla hasta un rojo relajado que fue difuminándose. La sala quedó a oscuras y en silencio, roto por la desesperada respiración de Steve.

Cogió el mando a distancia y pulsó stop.

5:00 PM

Por la tarde salió a pasear en bici, y recordó su penitencia en aquella sala oscura, la primera de una larga serie que le seguirían. El test *Ruffier* mejor dejarlo para otro día; había sido una jornada intensa, el preludio de su hazaña.

TRANSCRIPCIÓN

Esta noche no tenía ningún rasgo especial. La luna impenetrable, reflejaba su albor sobre un paisaje tenue ahogado por las luces de la ciudad. Desde el cielo, Barcelona dormía en calma, su gran mancha dispersa en todas direcciones

transmitía impersonalidad y al mismo tiempo una fugaz tranquilidad consoladora. Parecía increíble que allí mismo, en la metrópolis, hubiese en esos momentos gente muriendo, sufriendo. Ocurriendo lo humanamente impensable.

Lo estaba a punto de corroborar una comisión judicial que encumbraba por la montaña de Montjuïc a las dos de la madrugada. Ascendían en línea. Eran el coche con el juez, el furgón de traslado de cadáveres y un auto patrulla de la policía. Sin sirenas. Vistos desde el aire, sus faros producían un efecto curioso junto con la vegetación frondosa que ocultaba intermitentemente la carretera. Jugando al escondite inglés. Ahora se movían, ahora parecía se hubiesen parado. Eso le confería un carisma especial a la comitiva; la sorpresa serpenteaba también con ellos entre la espesura. En aquella montaña acababa de ocurrir lo humanamente impensable.

Una hora antes la comisaría de Via Layetana había recibido una llamada anónima informando ambiguamente de una bolsa en la ladera norte de Montjuïc. La zona estaba catalogada *hot*; todo lo que aconteciese caída la noche era de interés policial.

Quién y por qué había llamado era una incógnita, la Central apenas tuvo tiempo de registrar quince segundos de conversación:

—¿Policía?...

—Hola, buenah nocheh, mire, yo llamaba pa ehto capasao aquí...

—Sí.

—Pueh mire, que sa muerto un joven aquí en la ehcalera, delante de mi puerta...Tenía sangre, pero suh amigoh se lo llevaron corriendo...

—Sí.

—Querían llevahlo a Monjuih, serca de la fortaleza, tienen que hasé algo, eran doh, eran el Juanito “el Largo” y “el Sepe”, eran loh doh, poh favó, a ver si loh cojen.

—Vale, de todas formas..., a ver, no cuelgue, le voy a pasar con Policía Judicial, ¿Eh? No cuelgue por favor.

—Vale.

(Ruidos de tonos de teléfono).

—Oye Pérez, cuál era Judicial ¿3274, verdad?...

(ruidos de tonos de teléfono)

La conexión se cortó.

Ahora el único modo que tenían de verificar las sospechas era acudiendo al lugar. Pronto lo sabrían, aunque ya partían con experiencias pasadas. No iban a desactivar una bomba. Tampoco a interceptar un cargamento de estupefacientes. Iban a identificar a un hombre. O lo que quedase de él.

La zona que había acordonado una lanzadera previa a la comitiva del juez no era de fácil acceso. Un dispositivo técnico con focos halógenos agilizaba el descenso. Cinco agentes provistos de linternas rastreaban los alrededores, y el forense inspeccionaba el contenido de la bolsa que habían encontrado. Acababan de confirmar el motivo de la llamada. La brigada de homicidios iniciaba las primeras pesquisas, el juez presenciaba las tareas y el secretario judicial levantaba acta de todo lo actuado.

La policía explicó al juez que esa bolsa contenía los despojos de un hombre mutilado; el resto del cuerpo debía encontrarse en las proximidades. Se emprendía una nueva búsqueda. Estaban situados al otro lado de donde habían aparcado los coches, al borde de la carretera justo donde empezaba el bosque haciendo bajada. No tardaron mucho en encontrar lo que faltaba. Una pierna en otra bolsa de basura.

El forense examinó el cadáver enfundado en guantes de látex. Según él, la víctima, un joven de unos veinte años, había sido cortada en dos con una motosierra. No cupo en una sola bolsa.

¿Asesinato? Por su experiencia, había sido descuartizado ya cadáver, pero sería necesaria la autopsia para revelar datos científicamente precisos. Hasta después del análisis no estaría seguro. El caso no parecía nada fuera de lo normal. Lo más probable era lo que había insinuado la llamada anónima, murió estando con sus amigos. No era la primera vez que alguien recurría a la montaña para deshacerse de un muerto. Bolsa de plástico y al monte.

No obstante esta vez faltaba el móvil. ¿Si no fue asesinado, por qué habían querido esconder su muerte? Esos “amigos” tenían algo que ocultar. O tal vez eran “sin papeles”. Se barajaban distintas hipótesis.

El ambiente era distendido a pesar del evento. Quizás un poco más grotesco de lo habitual, pero para los agentes era el pan de cada día en una gran ciudad. La zona era bastante peligrosa, aunque con seis guardias armados, pensaban, estaban protegidos. No iba a ocurrir nada raro.

—¡¡Te mato, te mato!! ¡¡Os voy a matar a todos!!— se oyó de repente provenir del bosque por el que los peritos habían accedido a la ladera. Le siguió un disparo de pistola.

Se produjo un sobresalto general y los policías reaccionaron al tiempo que desenfundaron sus armas. Oír una detonación era sinónimo de “arma reglamentaria en mano”. Los gritos venían de donde acababan de encontrar el fiambre. No habían visto nadie ni oído nada allí. ¿Estaban aún en los alrededores los “amigos” del muerto? La agitación anidó entre ellos. Giraron sobre sí mismos, agachados, desconfiando de la obvia procedencia de los gritos. A ninguno se le pasó por la cabeza que todo aquello podía ser un montaje bien organizado. La llamada anónima, el cadáver, el sitio.

Había alguien armado con una pistola. Una amenaza real. Demasiado tarde para pensar en emboscadas. Tenían que hacer algo, tomar la iniciativa. Todo pasó muy deprisa. Los agentes, presos por una especie de instinto, partieron en grupo hacia el origen de los gritos y los disparos. Precipitación. Confusión. Mala coordinación. Antes de que se dieran cuenta, el juez, el forense y el secretario se quedaron desprotegidos. Las piezas más importantes expuestas en el tablero de ajedrez. Ahora movían las negras. Todos los guardias habían ido a averiguar qué estaba pasando allí abajo. A las cuatro de la mañana, en una loma solitaria, los tres se habían quedado solos. Desamparados. La táctica del enemigo había sido perfecta. El peligro habita en lo invisible.

Pasaron diez minutos y la escolta de protección no volvía. Cinco más. Eternos. Solos en medio de lo imprevisible. Podían asaltarles desde cualquier ángulo. No hubiesen opuesto resistencia.

Visto en perspectiva, y después de saber que no pasó nada, se intuye que sólo en las películas unos terroristas les hubieran estado esperando aprovechando la ocasión para acometer.

Finalmente los guardias volvieron con dos detenidos. Acababan de arrestar a una pareja haciendo el amor en plena montaña. El tipo, un matón de barrio bajo, descubrió que su novia le ponía los cuernos. Según la versión del individuo, el detonante fue su chica gritando “Manolo” en pleno coito en vez de “Juan”. Celoso, había intentado matarla sin conseguirlo. Todo quedó en posesión ilegal de armas y homicidio frustrado. Casi nada. El pan de cada día.

Al día siguiente el forense ya tenía los resultados de la autopsia. La muerte se había producido por sobredosis *forzada* de narcóticos. Pero no era lo que parecía. Como sospeché desde el principio, no fue un ajuste de cuentas. El informe oficial concluía que la persona era en realidad un *transportador*, un mulero. Traficantes que introducen la droga en su cuerpo para usarse a sí mismos de vehículos. Encontraron en su colon treinta y nueve bolsitas de plástico llenas y una vacía. La que lo mató. En total, alrededor de cuatrocientos gramos de cocaína. Unos 25000€ en el mercado.

Con un método tan simple consiguió burlar todas las aduanas establecidas entre Colombia y España sin nada más que su cuerpo. Nadie pudo con él: ni guardias, ni máquinas, ni perros. ¿Cuándo, dónde y cuántos estarían haciendo lo mismo? Y algo más difuso que inquietaba permanentemente a los expertos en narcocontención: ¿Cuántas nuevas formas de transporte se estarían cociendo ahí fuera?

REPLICACIÓN

TOUR DE FRANCIA CLASIFICACIÓN GENERAL TRAS LA SÉPTIMA ETAPA

1 J. DELACROIX (FRA - ENC) 29h10'39''	71 L. ANTINI (FRA - EXO) 11'02''	141 D. SOLER (SPA - KEL) 27'49''
2 L. MANNICH (GER - KIN) 02'30''behind	72 S. SENSIERT (FRA - COF) 11'25''	142 C. CASAN (FRA - GIR) 27'51''
3 R. ALDER (UK - CRE) 02'46''	73 D. LARADA (SPA - VOZ) 11'29''	143 A. DELIN (ITA - NOS) 27'56''
4 S. LEGWEAK (USA - AME) 02'56''	74 G. CASTELLAZZO (ITA - AME) 12'00''	144 S. MEINARDI (ITA - MAG) 28'17''
5 R. LINO (SPA - EPO) 03'01''	75 G. MEIERS (AUT - CRE) 12'37''	145 J. GUTIERREZ (SPA - KEL) 28'37''
6 J. URRUTIA (SPA - EXO) 03'12''	76 G. McLEOD (USA - GIR) 13'07''	146 A. SEGLEUR (FRA - ZWE) 28'54''
7 J. JANSEN (GER - KIN) 03'14''	77 A. PURON (SPA - ENC) 13'34''	147 J. KANSMANN (GER - ZAF) 28'58''
8 M. BOWERS (USA - AME) 03'15''	78 M. TELLEZ (SPA - COS) 14'00''	148 M. EKALDI (SPA - LAM) 29'04''
9 J. GABRIEL (GER - KAS) s.t.	79 L. HAYERS (HON - ENC) 14'14''	149 I. MESAS (SPA - CRE) 29'12''
10 J. BUSTOS (POR - COS) 03'39''	80 B. LORANSEN (DAN - LIN) 15'11''	150 J. MARTIN (SPA - COS) 29'15''
11 M. CASTILLO (SPA - ZAF) 03'40''	81 M. LOSST (DAN - POR) 15'20''	151 R. McDOWELL (AUS - AME) 29'34''
12 F. GARCIA JOVER (SPA - ZAF) 03'51''	82 U. MICKST (GER - LUM) 15'24''	152 L. VAN BESSEN (HOL - NOS) 29'36''
13 D. PAVLOV (RUS - KAS) 03'55''	83 F. MANTEROLLI (ITA - MAG) 15'39''	153 A. DOSERO (SPA - LAM) 30'10''
14 E. NANOFOSKY (RUS - LIN) 03'57''	84 O. FERRERO (SPA - NOS) 15'47''	154 M. ULY (FRA - ZWE) à 30'11''
15 M. ROGE (AUS - CRE) 04'03''	85 M. TREUCHE (FRA - POR) 15'55''	155 S. MESTET (BEL - ZAF) 30'31''
16 F. ORTIZ (SPA - COS) 04'06''	86 E. MIVANI (ITA - CRE) 16'03''	156 R. WIELINGS (HOL - LIN) 30'45''
17 D. CAMPOS (SPA - GIR) 04'13''	87 L. BIETOLINI (ITA - LOS) 16'25''	157 V. COSTINHA (POR - EPO) 30'54''
18 M. ARAZOLA (SPA - MOR) 04'20''	88 F. SCAZZI (ITA - KAS) 16'34''	158 I. LARZALLUZ (SPA - EXO) 30'59''
19 K. VAN DER EYDE (BEL - LOS) 04'21''	89 N. FENUEZ (FRA - LAM) 16'57''	159 U. MATTHAUS (GER - ZWE) 31'13''
20 C. VENIER (USA - AME) s.t.	90 C. DA SILVA (FRA - VOZ) 16'59''	160 S. AUGERIE (FRA - ENC) 31'14''
21 A. PETROFF (KAZ - ZWE) 04'25''	91 Y. MEGROV (UKR - EXO) 17'03''	161 S. GRAHAM (SWI - LOS) 31'27''
22 I. CANSECO (SPA - LUM) 04'31''	92 P. BOUSERSEIDS (SWI - COF) 17'18''	162 T. LIBE (GER - AME) 31'33''
23 D. MILTON (GBR - CRE) 04'36''	93 R. GINNERBRUGGHE (BEL - AME) 18'08''	163 S. MENFALIN (FRA - LUM) 32'05''
24 C. PETIT (FRA - LAM) 04'39''	94 F. GABRIEL (FRA - GIR) 18'14''	164 E. SOFORT (GER - MOR) 32'24''
25 S. GIRONELLO (ITA - NOS) s.t.	95 C. SORANDT (BEL - LAM) 18'29''	165 N. LOTALLI (ITA - CRE) 32'35''
26 C. ITOIZ (SPA - EXO) 04'44''	96 S. SENSINI (SWI - ZWE) 20'12''	166 D. BECKEMMEER (GER - COF) 34'02''
27 D. VELEZ (SPA - ZAF) 04'49''	97 G. PILTI (ITA - LOS) 22'07''	167 B. LEE (AUS - COS) 34'12''
28 V. SHIROV (UKR - MAG) 04'51''	98 A. CESARE (ITA - KAS) 22'29''	168 J. MORAS (SPA - VOZ) 34'57''
29 G. PFEIERSINGER (AUT - LOS) 04'53''	99 W. STROJILEVIC (CRO - POR) 22'42''	169 R. PFEIFFER (AUT - ZWE) 36'02''
30 I. PETROLINI (ITA - NOS) 04'54''	100 J. ESPIL (ARG - ZWE) 23'04''	170 J. POOLST (DAN - COS) 37'44''
31 L. DENALEUX (SWI - ENC) 04'57''	101 J. VOGTS (GER - NOS) 23'14''	171 A. HORSTOVICH (SLO - EXO) 38'46''
32 P. MEISENHEIMER (AUT - LIN) 04'58''	102 A. LETERRER (FRA - ENC) 23'17''	172 D. SCOLLI (ITA - POR) 39'59''
33 S. DERETOUR (FRA - KIN) 05'03''	103 V. PENALON (COL - MAG) 23'26''	173 F. DIDEROT (FRA - LUM) 41'06''
34 G. PIAZZOLA (ITA - NOS) 05'09''	104 V. KITIMOV (RUS - LAM) 23'31''	174 T. SCHMIDT (GER - ZAF) 41'12''
35 P. BARANTOLI (ITA - LOS) 05'11''	105 L. RIDULO (ITA - KIN) 23'32''	175 N. GATE (AUS - COS) 41'16''
36 D. SATIE (FRA - COS) 05'13''	106 N. MARTUCARD (FRA - KIN) 23'33''	176 M. MALONI (ITA - MOR) 41'17''
37 D. ROUGE (FRA - POR) 05'19''	107 A. NERCKX (BEL - EPO) 23'35''	177 D. NORET (ITA - GIR) 41'40''
38 G. WASSERMANN (GER - LIN) 05'31''	108 C. PANIS (FRA - ENC) 23'37''	178 P. STANDARTI (ITA - LUM) 42'21''
39 H. ZALMENDIA (SPA - LUM) 05'54''	109 N. BLANC (FRA - LIN) 23'48''	179 F. MAGGI (ITA - LIN) 42'45''
40 I. LASO (SPA - COF) 06'11''	110 P. BRNOS (CZE - MAG) 23'53''	180 D. LUPPOLI (ITA - KIN) 45'31''
41 D. EMPOLI (ITA - LOS) 06'25''	111 F. LEELAND (USA - EXO) 23'54''	181 A. REINA (ITA - GIR) 45'50''
42 S. CASTRO-SANTOS (SPA - MOR) 06'31''	112 C. GERRARD (FRA - COF) 24'26''	182 M. O'BRIAN (AUS - POR) 46'38''
43 M. ESPEJO (SPA - VOZ) s.t.	113 S. O'CONNORS (AUS - MOR) 24'54''	183 L. POMPIDOU (FRA - COF) 49'07''
44 R. ARZANDI (SPA - VOZ) 06'32''	114 R. NORSTEINS (LET - ZAF) 25'04''	184 K. VAN DER VAAR (HOL - LOS) 51'13''
45 J. PRIETO (SPA - EPO) 06'37''	115 T. HUSHOSKAPP (NOR - KAS) 25'05''	
46 J. DONOSO (SPA - AME) 06'42''	116 S. NIVEN (HOL - KIN) 25'06''	
47 B. MORIVENT (FRA - ENC) 06'56''	117 S. MACREDO (ITA - MAG) 25'10''	CLASIFICACION POR EQUIPOS
48 I. SARRAS (COL - EXO) 06'57''	118 A. LINDBERG (GER - TEL) 25'14''	1.AMERICAN LIFE USA 87h42'29''
49 J. LITEAU (FRA - VOZ) 07'14''	119 F. VARGAS (USA - GIR) 25'17''	2.KINDERBANK GER 15'behind
50 M. VAN OCKST (HOL - LIN) s.t.	120 P. LELEURD (FRA - NOS) 25'23''	3.CREDITRUST UK 53''
51 I. LAZON (SPA - COF) 07'52''	121 P. BUITONI (ITA - ZAF) 25'27''	4.ENCORE FRA 01'21''
52 S. TINTERO (FRA - POR) 07'59''	122 M. AEMENRS (BEL - LUM) 25'37''	5.ZAFRA.COM SPA 01'48''
53 T. HAUSER (GER - LUM) s.t.	123 R. ANDRLE (CZE - MOR) 25'41''	6.COSTA LUZ SPA 02'26''
54 N. STRUDY (FRA - VOZ) 08'03''	124 M. ZOLA (SWI - EPO) s.t.	7.LOS ALAMOS SWI 03'53''
55 L. MORENO (SPA - ZWE) 08'06''	125 M. BRUSINSON (ITA - NOS) 25'43''	8.LINDESTROM GER 03'54''
56 P. REAILLY (FRA - COF) 08'16''	126 P. DEMIENS (FRA - COF) 25'44''	9.NOSTRA ITALIA ITA 04'10''
57 V. PERELTZ (RUS - MOR) 08'19''	127 S. VOREURT (FRA - GIR) 26'06''	10.EXOTEL SPA 04'21''
58 X. ZUBEITIA (SPA - LAM) 09'05''	128 M. FREETWATERS (BEL - GIR) 26'17''	11.KASSELTELKOM GER 06'30''
59 D. NARDELLO (ITA - MAG) 09'07''	129 R. HUNDT (AFS - AME) 26'28''	12.LUMIERES FRANÇAISE FRA 07'52''
60 N. THOMASON (DAN - VOZ) 09'09''	130 B. COOKERY (AUS - POR) 26'29''	13.MORALTECHS GER 08'38''
61 A. BIRIUROV (RUS - KIN) 09'16''	131 B. DE WILDE (HOL - CRE) 26'36''	14.EPOCA21 SPA 09'21''
62 A. MILLERA (SPA - MOR) 09'19''	132 D. CUMASSI (ITA - MAG) 26'39''	15.VOZ NATURALIA SPA 09'45''
63 M. MINARDI (ITA - MAG) 09'36''	133 T. LECLARQUE (FRA - KAS) 26'42''	16.COFRINCA AUS 11'47''
64 A. PARIS (ITA - KAS) 09'52''	134 A. ESTUNDIA (SPA - EPO) 26'47''	17.PORT OLYMPE FRA 12'48''
65 W. GISCARD (FRA - POR) 10'02''	135 L. LE MIRS (FRA - ENC) 26'49''	18.ZWEILEN AUT 12'53''
66 P. SERNA (SPA - EPO) 10'15''	136 U. ANDRINUA (VEN - MOR) 27'03''	19.MAGICTOURS ITA 13'02''
67 P. FUSILE (ITA - LAM) 10'18''	137 D. BARRES (FRA - LAM) 27'14''	20.LAMARCA SEGUROS SPA 13'30''
68 S. ARMANDO (COL - KAS) 10'24''	138 T. JANE (SPA - KEL) 27'26''	21.GIROSTAT ITA 25'02''
69 L. DELACOURT (FRA - KIN) 10'36''	139 C. KELIHON (HOL - LUM) 27'27''	
70 M. MOLLER (GER - ZWE) 10'54''	140 J. URST (FRA - EPO) 27'45''	

APROVECHANDO LA JORNADA DE DESCANSO LOS EQUIPOS Y LA ORGANIZACIÓN SE TRASLADAN DE LOS ALPES A LOS PIRINEOS. ANTES, SIN EMBARGO, TODA LA CARAVANA RECALA EN NIZA PARA DISPUTAR LA CONTRARRELOJ POR EQUIPOS QUE SALDRÁ DEL CERCANO MÓNACO.

Mientras el cabriolet jugaba con las curvas que llegaban hasta el principado, Steve no dejaba de mirar el Mediterráneo; intentaba ver algún destello acuoso, aunque la enorme masa invisible y devoradora ya delataba al mismo mar por sí sola. Estaba tranquilo y satisfecho. La carrera iba por los cauces previstos, y él estaba aguantando bien la fatiga. Después de todo la de hoy había sido una etapa llana de trescientos kilómetros.

Traje chaqueta color café, el mismo que Vince, con camisa negra sin cuello y zapatos italianos. A merced de la noche. Vince tenía la mirada puesta en el cono de luz que lanzaba el BMW hacia delante. Movía el volante para hacer que el coche trazara un recorrido más largo de lo que lo hubiera hecho con cualquier otro conductor (con el propio Steve), sin cortar en ninguno de los meandros que describía la calzada; había ralentizado levemente lo que hubiera sido una velocidad normal para hacerla constante y no demasiado brusca en las partes más exteriores de los virajes. El tráfico era moderado, en diez minutos cubrirían los escasos kilómetros que separaban Niza de Mónaco.

Hoy voy a ser yo quien saboree el triunfo en primera persona, y tú estarás a mi lado para verlo, vamos a invertir los papeles; sabes champion, un día fui como tú, ganaba encima de la bicicleta, aunque nadie se acuerde.

—Yo también sé ganar, Steve— dijo Vince al salir de una curva extendiendo sus rencores. Mostró una sonrisa poco piadosa, con demasiada avaricia para cualquier católico que se preciara de serlo, al tiempo que se divisaba el peñasco desde el que muchas víctimas de la ruleta habían puesto fin a sus vidas, vidas todas ellas dispares pero con un denominador común: la última jugada había sido la más desafortunada, en un sentido amplio, hasta el extremo de la tragedia.

Steve asintió cínicamente a la última afirmación de Vince. *Sí, pero tú no vas a ganar la carrera listillo, y si se entera Freeman de lo que vamos a hacer vas a*

pringar, porque le has colado una bola del quince y porque el que llena las arcas del equipo soy yo con mis victorias, enterao.

Sin dejar de mirar al mar, y tras su último pensamiento, dibujó una sombra de sonrisa en la comisura de su labio sólo por el lado que daba a los acantilados.

Los demás habían ido a Cannes. La organización invitaba a cenar a los equipos y ofrecía un pequeño concierto en el Palacio de Congresos y una proyección digital sobre las escuelas de ciclismo francés. Steve no disfrutaba demasiado de la parafernalia que significaba acudir a un evento de esas características: el fuego cruzado de miradas desde todos los frentes, la prensa, la organización, los médicos de la Federación Internacional, y algún enchufe particular que burlaba el cerco de privacidad. Suerte que las chicas del servicio de catering solían salvar la velada.

No le gustaba demasiado compartir secretos con la mano derecha de Freeman, aunque si la mano estaba metida hasta el hombro en un asunto que vulneraba la rigurosa reglamentación del equipo podía hacerse una excepción, pero no dejaba de ser una complicidad más de criminal que de amigo.

Vince había hablado con Freeman. Le había dicho que iría a San Remo a cenar con Steve para comentar algunas particularidades de la contrarreloj. Era un buen plan. Una coartada floja, de acuerdo, pero una jugosa ocasión de verdadera estrategia comparada con la devaluada y aburrida planificación de carrera. Un asalto al azar de guante blanco. Steve sabía desde un buen principio que aquella jornada de descanso sería un caramelo, irresistible; sería la noche de lluvia en que Vince sacaría el gusano del juego de sus peligrosas entrañas para deleitar a su lado oscuro. Había conseguido después de los años cultivar la eutrapelia, con su monstruo sedado, amordazado, en stand-by. Pero era inmortal, la anestesia no lo mataba. Y su inmortalidad tenía un precio: jugar. Hasta el momento Vince le estaba haciendo frente a la ludopatía que lo llevó al desastre veinte años atrás y manchó su reputación de ciclista, equiparable entonces a la de Steve Legweak. De aquello ya hacía mucho tiempo.

Steve por su parte, tampoco quería perderse la oportunidad de ligar con alguna TOP model de las que abundan en este tipo de lugares.

Una lluvia perezosa les obligó a extender el techo del BMW.

Dentro del principado, se preguntaba si aquel trazado tenía algo en común con el del Grand Prix, pero Vince estaba más concentrado en bordear todo el circuito de la carrera, que ya estaba cortado al tráfico, para llegar al palacio de su perdición. El casino de Montecarlo.

Las bases de datos de Las Vegas estaban en Europa desde los años ochenta, y cualquier buen jugador era identificado de antemano. Vince había tenido la entrada vetada durante mucho tiempo a cualquier sala de juego, por renuncia obligada en medio de la ruina.

El impresionante edificio decimonónico esmeradamente iluminado les dio la bienvenida. Steve se sentía algo incómodo por varios motivos, algunos de los cuales aún no figuraban en su consciente ni en su presente. Se acercaron con paso diligente hasta la entrada principal y superaron diversos controles de bienvenida y seguridad, hasta llegar a una monumental escalinata de mármol que daba a una antesala custodiada por un mayordomo exquisitamente uniformado; les pidió una vez más la identificación.

Éste enarcó las cejas a la vista de los nombres que figuraban ante él. Uno de ellos le era muy familiar, Steve Alan Legweak, se trataba del famoso ciclista americano. Levantó la mirada para contrastar aquel rostro que tenía enfrente con el de los telediaros. Confirmado, era él. El otro por lo visto le era muy familiar al ordenador: se llamaba Vince Stuart Harreelson, de Denver, Colorado; tres mesas cerradas en Las Vegas entre 1986 y 1987.

—Tendrá que firmar aquí *monsieur* Harreelson— y mientras con una sutil reverencia les daba la entrada al templo de la probabilística, echó un rápido vistazo a los antecedentes del último sujeto al tiempo que cogía el teléfono. Tenía que poner al corriente al Jefe de Salas acerca de los nuevos huéspedes.

—Bien, que localicen a Legweak para que firme en nuestro Libro de Honor. Que las cámaras no pierdan de vista a ese Harreelson, ¿Entendido? Avisa a todos los crupieres, quiero mantenerme informado periódicamente.

Atravesar la última puerta fue algo similar a lo que debía sentir un jugador de fútbol cuando salía a un estadio abarrotado de gargantas aclamadoras. No era un

bullicio ensordecedor, era más bien una vibración de fondo de medianas frecuencias y mediano volumen. Al cabo de unos segundos Steve ya se había empachado de glamour. Atravesaron la sala Renaissance y se dirigieron directamente al salón Europa, bajo alguna mirada discreta que se había percatado de la identidad de uno de los dos hombres.

Allí estaban ellos, bajo aquel techo Luis XV que soportaban los magníficos pilares de ónice. Con la gran dama coqueteando entre la solvente clientela absorta en las grandes ruedas de madera coloreada, suave y engañosa. La doncella prohibida, la Fortuna, besando a todos desde el aire y bendiciendo a los audaces.

Vince empezó a anotar cifras en una pequeña libreta de bolsillo y Steve perdió la mirada entre las personalidades anónimas; no eran caras atacadas por el vicio, con ojos y bolsillos vacíos como los que se veían en los bingos de barrio en Phoenix. En esos tugurios todos perdían menos la banca; era una transferencia neta de dinero, de futuro, de esperanza. De fe. El “cliente” lo perdía todo.

Aquí el gran teatro de la aristocracia aburrida y despilfarradora se alzaba imparable, y por un momento Vince vio toda la sala girar en torno a la reina ruleta inmóvil.

—El que gana es bueno, limpio, libre de todo prejuicio; el que pierde no es malo sino perverso, porque acuna el resentimiento propio de la impotencia del débil. *Si no recuerdo mal era algo así.* Dejemos que estos malditos neoaristócratas se acuerden de mi cara y sientan envidia— dijo secamente.

—A qué me suena eso Vince, vamos, qué has estado leyendo últimamente—
¿Desde cuándo lees filosofía alemana? —Sabes que estoy aquí porque te debo una, no para oír tus discursos baratos sobre pseudosociología que no te crees ni tú. Haz tus apuestas, límpiate lo que tenías pensado perder y volvamos al hotel. Mañana vas a tener que aportar alguna sugerencia de mérito en la reunión si quieres que Freeman te valore. Últimamente no sé qué tal andan las cosas entre vosotros dos, pero mejor que empieces a pensar alguna estrategia de carrera para que te tenga un poco más en cuenta, ¿Ya sabes en qué orden vamos a correr la contrarreloj por equipos? Bowers está haciendo una buena carrera...

—Disculpen, no he podido evitar oír su conversación. Ustedes corren en el Tour, ¿No es así?— Las inmediaciones de las ruletas eran consideradas zonas calientes, de elevada tensión, donde entran en juego multitud de armas disuasorias, trucos, ojos esquivos y manos en los bolsillos; libretas con ansiosos garabatos y un murmullo suave cuando la bola elige su momentáneo pretendiente. También son zonas de aproximación y encuentro.

Steve y Vince se giraron tranquilamente. Una joven y delgada rubia de ojos rabiosamente claros con facciones marcadas vestía de largo con guantes negros a juego y un apetitoso escote de Gucci. Unas cejas fuertemente fruncidas darían por sí solas en ella una impresión de enfado, pero al mismo tiempo la combinación con unos pómulos esbeltos junto a una sonrisa nada forzada otorgaban a su rostro un sabor agridulce extremadamente desconcertante. ¿Les estaba regalando una señal misteriosa? El resultado final de su expresión ambigua debía ser variable según el receptor y la situación, pero para Steve le devolvía una agradable mueca burlona.

Sus miradas penetrantes se entrecruzaron. Ella utilizaba silenciador, nada anormal entre las mujeres, pero él tenía el *decoder* y advirtió el desinteresado interés.

Utilizaba un inglés casi perfecto, con un acento de origen difícil de determinar. *Este vestido te queda para partirte el hongo muñeca... ¿Sólo tienes este cuerpo que ofrecer al mundo o sabes de qué hablar? Me atrevería a apostar por la primera opción...*

—Oh, permita que me presente. Mi nombre es Olga Vera. Usted es Steve Legweak, el famoso ciclista, ¿Verdad?

—Sí, así es— A Steve siempre le pesaba que lo reconocieran en público, y solía responder a regañadientes. A menos, claro está, que él fuese el interesado. En esta ocasión su interlocutora tenía que ser modelo como mínimo y eso pagaba todas las cuentas.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba?— Diciendo esto aprovechó la maniobra para dejar a Vince con sus obsesiones numerológicas y alejarse con la fueraborda hacia la barra del bar. *Mira que eres tonto, estamos rodeados de estos bombones*

y tú perdiendo el tiempo tomando estúpidas notas y flirteando con bolitas y fichas de colores.

Vince parecía inmune al influjo sensual femenino y ya se había instalado en la mesa tomando asiento en uno de los altos taburetes acolchados. *Steve y sus mujeres... Ha llegado mi hora. Por fin, vamos a por ellos,* pensaba mientras intentaba inútilmente seguirles con la mirada. Pidió sus fichas y una soda, y empezó la estrategia. El crupier era el esclavo de la gran Señora; Vince intentaría descifrar su lenguaje y su personalidad. Cada Ruleta tenía la suya propia, su ruido al girar, su alma. Cada bola bailaba de forma distinta encima de los números.

—Messieurs, faites vos jeux.

El momento de la apuesta. Vince aguardó las maniobras de los otros jugadores. Tomó algunas de sus fichas y las dispuso sobre el tapete. Treinta euros al segundo tercio y al negro. También un par de fichas al número cero. Mientras las colocaba levantó la vista hacia una de las semiesferas opacas ocultando las cámaras *buenas noches, encantado de tenerles presenciando mi triunfo,* y les guiñó el ojo con una sonrisa, esta vez del todo sincera.

—Rien ne va plus messieurs.

—Ese tipo no es tonto, desde luego. Creo que va a seguir una estrategia de juego largo— dijo Jacques Dubois al Jefe de Salas en la sala de control. Tenían a Vince encañonado con tres cámaras diferentes delante de los monitores. De las ocho personas del equipo de observación del Casino, Jacques se encargaría de Vince Harreelson.

Su jefe odiaba a los jugadores americanos experimentados. Tenían un estilo de apuesta menos agresivo que el europeo, sólo compartían la tenacidad del jugador ruso. Jugaban con gran número de fichas apostando pequeñas cantidades sobre seguro, según la Ley del Tercio, y con las ganancias iban incrementando paulatinamente el volumen de apuesta. La estadística avanzada predecía que sobre treinta y siete tiradas, doce números se repetían, doce salían una sola vez y un tercio de éstos no salía; no obstante, conforme el número de tiradas se hacía más grande imperaba la equiprobabilidad.

—Sí pero sólo ha estado un rato tomando notas, vamos a ver qué tal le sale— le respondió el Jefe de Salas a Jacques con tono algo incómodo.

Mientras, en la barra del bar había empezado otro apasionante juego donde las leyes del azar y la probabilística ofrecían una muy diferente recompensa:

—Y dígame *monsieur* Legweak, ¿Le gusta jugar?

Estoy empezando a decantarme por la segunda opción. Sabes platicar encanto.

—Digamos que depende... — Steve sorbía su *Sex on the beach* lentamente mientras no dejaba de apuntar con sus ojos a las pupilas de Olga. Los dos se miraban fijamente. Ella apoyaba una mano sobre su mejilla de sonrisa burlona.

—Normalmente la gente viene aquí para hacerlo...dijo ella, ladeando su cabeza en dirección hacia la sala.

—Sí, pero yo soy de los que cree que hay un tipo de juego para cada situación, ¿No *te* parece?— El tuteo la hizo cambiar de posición.

—¿Y cuál es según *tú* el más indicado para ésta?— preguntó curiosa.

Steve sufrió un cortocircuito mientras no dejaban de desnudarse con sus miradas recíprocas. Durante milésimas de segundo, perdió el control voluntario sobre sus ojos y éstos le transmitieron fugaces imágenes espía de ese escote que computó felizmente forzado.

¡Dios mío que belleza! ¿Cómo es posible que exista algo así? Está claro que estas tetas no llevan sujetador...

Olga tenía las piernas entrecruzadas y dejaba caer la extensión de su vestido hasta tocar el suelo. Sus pies parecían los cuellos de un cisne invertido y su cintura tenía la compresión adecuada.

Una efervescencia interior empezaba a ebullicionar en el corazón de Legweak. Cada segundo que transcurría le parecía que el control mental que exigía el Tour encontraba serios problemas para competir contra esta Gioconda del siglo XXI. *No, no, tengo que controlarme... ¡Pero si has venido a esto! Le decía su otra facción. De ninguna manera, ¡Aquí mando yo!...vas a caer en sus garras...no, esta vez voy a controlarme... ¡Caerás y lo sabes!*

Ella aguardaba una respuesta.

—La iniciativa no es mi fuerte...— respondió él. Sus ojos se desviaron. El halo de intimidad se disipó súbitamente. *¿Quién coño es ese tío que se acerca?* De pronto le vinieron a la cabeza las palabras de Freeman: “chaval, nunca te quedes solo en los días de carrera, hay muchos intereses de por medio, ve con cuidado”.

—Oh, disculpe que le moleste *monsieur* Legweak, ¿Sería tan amable de firmar en el Libro de Honor de *Le Casino*? A la institución le halagaría contar con la firma de un deportista de su talla, *monsieur*. Si tiene la bondad de acompañarme... *Mademoiselle*, se lo devuelvo enseguida.

Al alejarse, Steve seguía anclado con su cabeza hacia donde sentada, se perdía entre la multitud aquella fascinante *femme fatale*. Parecía que los dos se dijiesen algo: *¿Au revoir...?*

Al pasar junto a la mesa de Vince ya de vuelta a la realidad vio que éste había empezado perdiendo; *entraba dentro de las posibilidades, ¿No? Todo está bajo control* le respondió con sus ojos. Seguía anotando las bolas ganadoras, y tenía suficientes fichas para plantar cara a su desdicha. No iba a desistir a las primeras de cambio. De vez en cuando movía la cabeza hacia los lados como si no entendiera que el sistema pudiese estar tardando en funcionar. Sabía que lo vigilaban, y le complacía.

Dejaremos a Legweak a rueda los primeros kilómetros; que Bowers dé los relevos más largos, es el que está más fuerte. El día que hablamos de esto no previmos este comienzo, es mejor dejar que tire de los otros al principio. La bola cayó en el dos, el once, el veintinueve y el diecisiete de forma consecutiva. Cuatro negros seguidos, y la siguiente fue un cero. Aquella racha dejó a Vince con un balance positivo; según sus cálculos el cero tenía que volver a salir pronto, y aumentó su apuesta. Tardó cinco jugadas en salir, y Vince cobró treinta y siete a uno. Algunos jugadores miraban de reojo el montón de fichas naranjas que se habían acumulado de golpe al lado del tío de la libreta pequeña.

Justo encima de su cabeza, en la sala de control los tambores de guerra ascendían de protagonismo:

—Parece que a nuestro amigo empiezan a irle bien las cosas, ¿Y sabes qué quiere decir eso, Jacques?— le decía el Jefe de Salas —que a mí me empiezan a

ir mal. ¿Y sabes qué pasa cuando me van mal las cosas? Que me pongo de mala leche.

Jacques se sabía de sobras esa concatenación de frases; alargó la mano y le facilitó a su jefe las ganancias acumuladas de Vince sin perder de vista los monitores en ningún momento. Dos mil euros limpios, y sin la intención de pasar por caja. Era la una y media de la mañana. Iba a por la Banca.

Al final Steve dio media vuelta. Tan acostumbrado a la adulación, no se dio cuenta una firma en el libro del Casino podía suponer el fin de la coartada de Vince. Aprovechando unas puertas dobles, burló al pesado del botones cazafamosos. Volvió corriendo al bar esquivando gente a diestro y siniestro: *¡Shit happens!* *¡¿Dónde está?! La chocolatina había volado. Ahora sí que era jaque mate. Le habían engatusado con la más estúpida de las trampas sociales para un VIP.*

O no. *Los lavabos.*

Corriendo por los pasillos escaneaba todas las caras para identificar a su cenicienta. Sin éxito. *No puede haberse esfumado. Las toilettes tenían que coronar al peón. Entró en Femmes sin dudarlo después de darle una succulenta propina al vigilante, la ocasión lo valía. Había cinco mujeres maquillándose delante del espejo que no parecieron inquietarse por la irrupción. Para entender cuándo no son las elegidas las féminas superan a los hombres. ¿Será su sexto sentido? Aparte de ellas no parecía que hubiese nadie más. ¿Es éste el final? Antes de abandonar, pudo ver en el fondo de uno de los pasillos de los baños un zapato negro tacón de aguja suspendido en un pie de mujer disponiendo una sensual imagen. Sobresalía por la puerta abierta, y junto a él, el humo narcótico que se desprendía lascivo una y otra vez le advertía que alguien esperaba dentro. Legweak se aproximó temeroso. ¿Será ella? Tiene que serlo. Lo es. Cuando por fin la vio, una voz femenina en auténtico anglofrancés ahora sí reconocible respondió a sus pensamientos:*

—Has tardado un poco, ¿No crees?

—Ya te dije que la iniciativa no es para los hombres...

Y éstas fueron las últimas palabras que los dos amantes se intercambiaron antes de descorchar la recompensa del trepidante juego.

Voy a coronarme rey de reyes en la misma meca del juego. Vamos a ver. Vince empezó a escribir de nuevo todos los números ganadores, y con ellos realizó varias operaciones, intercalándolas con miradas al tapete y a la crupier. Una mujer de color con cierta dosis de elegancia.

Los crupieres de Montecarlo eran auténticos profesionales del tiro, entrenados para hacer caer la bola en un área determinada. Se decía que algunos eran capaces de echar un vistazo a la mesa de apuestas y hacerla caer en la zona menos jugada. Vince evaluaba rápidamente su destreza; los más experimentados se movían poco, restaban impasibles encima de las tarimas y lanzaban la bola con el mismo *swing*. Limpiaban el tapete y repartían fichas ganadoras de forma metódica, con rapidez pero sin brusquedad. Solían llevar un discreto auricular que los comunicaba con la sala de observación. Para él el crupier ideal era hombre, y precisamente por eso prefería las mujeres. Menos robotizadas, su blindaje contra el contacto visual del apostante varón era más débil. Eso posibilitaba un intento de falso cortejo que podía ser determinante para que no fueran tan precisas en el lanzamiento. Buscó nuevamente los ojos de la mujer. En la placa de su solapa se leía simplemente *Claire*, y se estaba tocando la oreja.

—Claire, escúchame bien, soy Jacques, vamos a enviar a alguien para que distraiga al tío de las fichas naranjas. Quiero que retrases los tiros, ¿Entiendes? Tómate tu tiempo sin que se note demasiado, ya sabes.

El diecisiete está cachondo. Voy a ir a por ti precioso. Vas a comerte la bola, trágate la pequeñín.

—Jacques, hazme un zoom sobre esa libreta, a ver qué mira este lunático —ordenó el Jefe de Salas.

Mil euros en fichas naranjas se plantaron en el diecisiete. Treinta y siete a uno. Los otros jugadores se miraron entre sí.

—Confío en usted, Claire— dijo Vince con un trasfondo de sobresalto generalizado.

El ciclotrón de las apuestas absorbió su partícula. La bola zumbó en el cilindro unos segundos, pareció detenerse en el tiempo y finalmente inició una trayectoria caótica irreversible repiqueteando y perdiendo velocidad. Los decibelios del público aumentaban hasta que se posó.

Claire miró la rueda dos veces antes de cantar:

—Le número est le dix-sept.

—¡¡¡¡Yeeeeeeeeehaaaaa!!! ¡¡¡Yeah baby!!!!— Vince cerró el puño y lo apretó contra sus labios; el pulso se le aceleró. Las voces de admiración atraieron el interés de toda la sala. Ya no había suficientes fichas naranjas para avalar los casi cuarenta mil euros ganados. Si la banca de esa mesa perdía diez mil más se iba a pique.

—¡¡¡¡Maldito yanqui cabrón!!!! ¡¡Claire, Claire, aguanta!! ¡¡No permitas que vuelva a apostar!!— retumbó Jacques en el pequeño auricular *¡Putá suerte!*

Un pelotón de mirones se había reunido en torno al veterano jugador, ¿Cuál iba a ser su siguiente movimiento? Un japonés le ofreció dinero a cambio de la libreta.

—Señorita, deseo jugarme todo lo que tengo al negro.

Doble o nada. Setenta y seis mil o nada.

Se oyeron algunas carcajadas de descrédito y la gente de la sala se agolpó alrededor.

—Disculpe, debo consultar la apuesta con el Jefe de Mesa.

En este punto, una voz afectada por el alcohol irrumpió en la aglomeración gritando:

—¡¡¿Vince?!! ¡¡¿Vince Harreelson de Denver?! ¿Eres tú? ¡No puedo creer lo que ven mis ojos! ¡¡¡Amigo!!!

¿Quién demonios es ese tipo? Se giró y miró al techo con resignación esperando que la cosa quedara ahí.

Pero la voz fue abriéndose paso entre empujones y un disuasorio aliento a whisky.

—Hombre Vince— dijo el hombre pasándole su brazo por el cuello.

—Perdone— se lo sacó de encima —pero no le conozco de nada.

—Qué me estás diciendo Harreelson, ¿Ya no te acuerdas de mí? ¿Tan pronto olvidas a tus viejos amigos de Denver? Ven aquí, dame un abrazo, anda.

La madre que lo parió ¿De dónde ha salido éste? Miró a una de las cámaras con semblante amenazador durante unos instantes antes de sacarse de encima por segunda vez a su inesperado “encuentro”.

—Le repito que no le he visto en la vida, y ahora si me lo permite, estoy a punto de apostar mucho dinero— el control se le iba de las manos, sentía su gusano demasiado cerca.

—¿Qué? ¿No quieres ni estrecharme la mano? ¿Tanta repugnancia te doy? Maldito cabrón desagradecido, te vas a enterar de quién soy yo— y soltó un puñetazo que el americano esquivó y fue a impactar en la cara despistada del japonés. El hombre cayó al suelo aturdido y las ganancias de sus bolsillos se esparcieron en la moqueta. Ahí empezó lo que los de la sala de control querían, el caos. Antes de que volviera a pegarle, el yanqui reaccionó al ataque y lanzó un *crochet* directo a su mandíbula. Pero el tipo también lo esquivó. *¡No está borracho, me han tendido una trampa! ¡Sucios hijos de puta!* Entonces, en medio del forcejeo, los dos hombres se abalanzaron encima de un camarero que pasaba por allí desparramando toda la carga de la bandeja. Fichas, gritos y risas por todas partes. Cámaras digitales de particulares inmortalizando el momento. En cuestión de segundos aparecieron cinco gorilas de seguridad a poner orden. *La apuesta se ha ido por el retrete.* Y mientras le escoltaban hasta la puerta de salida después de haber pasado por caja, cada semiesfera opaca parecía decirle: esta vez has ganado, pero no lo olvides, nosotros controlamos y controlaremos tu gusano.

TRANSCRIPCIÓN INVERSA

¿Por qué Johann Chamorro iba a hacer lo que estaba a punto de hacer? En realidad ni él mismo lo sabía. Lo había hecho tantas veces que ya había perdido virtualmente la cuenta. Sí, en ocasiones lo pensaba. Fugazmente, cuando estaba en el WC o esperando algún que otro autobús. *¿Algún día tendré que dejarlo, no?* Un tiro al aire. Podía llegar a ser algo tangible, pero para Johann Chamorro la respuesta a su pregunta era la misma que buscaban obtener los físicos sobre el estado del Universo en el segundo 10^{-44} del Big Bang. ¿Era realmente consciente

de lo que implicaba? No. No era en serio. Era su endeble conciencia que todavía daba algún que otro coletazo. Hacía ya dos años que había empezado a tragarse bolsas de plástico.

La respuesta efectiva de un espectador: tendrás la muerte o la cárcel. Elige. *Pero para los demás es fácil decir eso.*

¿Por qué, por ejemplo, no aprovechar la situación económica de sus padres, inmigrantes colombianos en España, y salir adelante con algún trabajo de post-licenciado? Estudiar era demasiado complicado para él. En igualdad de condiciones ¿Qué suele uno escoger? Lo más fácil. Esto era, transportar coca. Tragarse los diminutos dátiles rellenos de harina que lo protegían de su propio sistema digestivo ya era algo trivial. Sacarlos en el WC al cabo de dos o máximo tres días, parte del trabajo. Venderla, fácil, ¿Y la recompensa? Dinero líquido al instante. Tiempo libre inmediato. Y el estilo de vida, letal. Tías, fiestas, ropa, coches... Con dos viajes de *transporte* tenía para cinco meses. ¿Había algún punto débil? Claro. ¿Lo debía haber pensado antes? Naturalmente. Siempre hay advertencias de amigos. Estadísticas adversas, hipótesis, premisas... Él era práctico. ¿Qué otra cosa le podía proporcionar 3000€ por viaje? Qué era necesario, ¿Tragarse unos saquitos? Sí, algo podía salir mal, claro, que le delatasen por ejemplo... Amenazas remotas, lejanas. Pero la vida es eso, ¿No? Algunos riesgos. Algunos beneficios. El resto, vivir. Lo que él hacía. Lo que acabaría haciendo.

Con veintidós años y gracias a su familia, podría haber estado estudiando en alguna universidad. Pero en cambio, estaba a siete mil kilómetros de Europa. En Colombia. Delante del aeropuerto internacional el Dorado. Uno de los peores. Utilizaba tecnología indetectable, blindada contra todo. Un punto crítico. Algo que esconder, algo que superar. A punto de despegar. Sabía lo que tenía que hacer, ya era parte de su vida.

Lástima de una comida demasiado pesada y una dosis de bicarbonato que olvidó tomarse a última hora; probablemente habrían tardado más en pillarle.

En el Dorado, lo primero que uno se encuentra son todas las compañías aéreas en batería. En cada una suelen haber unas colas que dan ganas de apearse. Su

vuelo: Madrid 5876 IBE para luego empalmar Madrid-Barcelona. Hora de embarque 5.40 PM.

Se aproximó a la terminal de su compañía y esperó a que la oruga humana avanzase. Cuando la pareja de jóvenes que le precedía terminó, la azafata le hizo una seña:

—Buenos días señor.

—Buenos días.

Sin esperar a que le pidiese nada, Johann le entregó la reserva de su billete y cien mil pesos en metálico para las tasas de embarque.

—¿Algún equipaje caballero?

—Sólo esta maleta...

—Algo nervioso esta vez, ¿Me equivoco?

—¿Perdone?— respondió entrecortado.

— Déjela aquí.

Acababa de pasarle algo que era nuevo.

¡Dios mío! ¿He tenido una alucinación auditiva?

La asistenta procedió a atar a su maleta una tarjeta verde y la puso en la cinta. Allí mismo había un detector de rayos X. Pasó por debajo y no pitó. En regla. Nada sospechoso. Bien lo sabía él.

—Que tenga un buen viaje, señor.

Uno menos.

Las escaleras mecánicas conducían al segundo piso. Allí le esperaba el segundo control, el tercero y el embarque. De momento todo transcurría normalmente.

Tenía que pasar por el detector de metales para personas. *Pero lo que necesitan para pillarme no lo tienen.* Así pensaba Johann, lo que la realidad le había demostrado. Después de hacerlo, cuarenta minutos esperando se olvidan rápidamente. Este punto de detección no era el gran desafío. Lo era el tercero: la inspección de los militares. El más largo y pesado. Estaba ya al otro lado y empezaba a andar por un pasillo dorado. Dentro de poco le acribillarían a preguntas, con un único propósito. Descubrir al que miente, al que esconde. Los falsos positivos aquí no cuentan. El que cae sospechoso no vuela.

Johann se dirigía a las mesas típicas del tercer control, dispuestas una detrás de la otra cuando a ambos lados del pasillo empezó a ver como la gente, bajo la supervisión de los oficiales, desplegaban todo su equipaje. Lo metían todo patas arriba. Él ya lo había facturado, así no tendría que abrir nada, otro punto a su favor. Podía centrar su defensa exclusivamente en el *Angriff* psicológico. El ataque a su psique. Ya estaba acostumbrado. Se sentía con ventaja. Pero no holgado. En cierto modo se la jugaba. Iban a querer ponerle nervioso. Para él mentir sería obligatorio y los guardias estaban *activados*. Su *modus operandi* era buscar indicios, claves verbales o gestuales capaces de mostrarles si el supuesto viajero es en verdad el traficante que intenta colarse.

Para un mentiroso el enemigo es normalmente él mismo. Los científicos lo saben. Han descrito ya sus rasgos psicológicos: la culpabilidad innata que genera el engaño, la aprensión al encubrirlo y el placer que produce. El fatal placer. Los tres delatores. Estudiado e identificado. Ahora los profesionales contra el amateur forjado a base de práctica. Por algo el Dorado era famoso. Sus medidas de seguridad rebasaban con creces las de cualquier otro aeropuerto civil. Y no sólo tecnológicamente. Cámaras ocultas, escáner, perros e infiltrados hacían de primera línea de defensa.

Los militares impresionaban y sus armas disuadían. Lo que seleccionaba a los jugadores más astutos que burlaban los controles convencionales no podía ser obtenido mediante una regla matemática. Para eso tenían el ejército, si el viajero era un traficante, escondería algo, debería mentir, y los oficiales tendrían la oportunidad de descubrir al que esconde. No al que viaja, sino al que juega. Como Johann.

—¿Para qué viaja a España, señor Chamorro?— le preguntó el militar.

—Mis padres viven allí y yo estudio en la universidad.

—¿Y por qué *justamente* ahora ha venido a Colombia?— alzó su cabeza y le miró fijamente a los ojos.

—Ayer fue el cumpleaños de mi abuela y además he tenido que venir para hacer la entrevista de las becas Fundación Amazonas...

—¿Quién le ha facilitado este visa?

— Pues, la embajada; lo renové hace un año, está escrito aquí— Hizo el amago de indicárselo pero le pareció que el militar ya lo había encontrado antes de hacer la pregunta.

Seguía inspeccionando su pasaporte, mientras estudiaba las hojas y levantaba fugazmente su mirada para ojearle. Johann inmutable. Ya sabía cuál iba a ser la siguiente:

—¿Por qué ha venido dos veces a Colombia en los últimos seis meses?

—Por mi novia y también por mi familia. La distancia es el cáncer de las relaciones de pareja, ya sabe, y la echo mucho de menos... nos turnamos en las visitas seis meses ella, seis yo. También para ver a mi hermano mayor. Tuvo un hijo hace poco y vinimos a verle con toda mi familia... ya soy tío— dijo, acompañando las palabras con una ligera sonrisa. Fingida. Bien ensayada.

—¿Su padre trabaja en España?

—Sí.

—¿Qué hace?

— Es informático en una empresa de software, Infometrics.

—Bien, bueno, avance— le respondió el oficial.

Acababa de pasar. Lo había vuelto a hacer. Sólo había dicho que mentiras a ese mandado y habían colado todas. Ya sólo faltaba el embarque.

Algo inesperado.

Hizo que se quedara helado. Veía las puertas que daban al avión, pero se fijó en que dos semáforos ahora precedían el acceso a esa zona. *¡Verga! ¡Esto es nuevo!* No estaban la última vez. *¡Verga! ¡Verga!* Técnicamente Johann no era colombiano, sino emigrante venezolano desde los trece años. Se había curtido en Pinto Salinas, uno de los barrios más duros de Caracas. Pero con lo que tenía delante tuvo un buen subidón. Se percató entonces que podía enfrentarse a un arresto directo.

Esos semáforos sólo emitían dos luces, verde y rojo. No paraban de encenderse a medida que los viajeros pasaban bajo la puerta. A primera vista concedían más verdes, pero no quería imaginarse lo que un rojo implicaría. Sin escapatoria. Rojo verde. Con tanta gente no le daba tiempo a pararse. Verde, verde, verde, verde.

Retrasó un poco la marcha. Si ahora retrocedía, se delataría. Le estarían observando. *Se acerca, se acerca.* Verde verde. Rojo. Verde. Verde. Verde. Tenía menos de treinta segundos para identificar aquel patrón, si lo había. Verde, verde. Si existía. Rojo, verde. Si era posible. Pero no podía detenerse y por supuesto las matemáticas no eran su fuerte. Rojo verde. Verde verde. Rojo. Rojo. Verde. Cinco metros. Verde. Rojo. Dos. Rojo. Uno y... ¡Verde!

Había pasado.

Acababa de burlar el último control. Pero no pudo resistir la tentación. Miró y exactamente detrás de él había sido un rojo. Johann se convirtió en estatua de sal. Salvado por un segundo. Vio como conducían al individuo hacia una habitación adjunta. Allí aunque él no pudo verlo, habitaba su perdición. *¿Tendrían algún dispositivo de esos de rayos X para personas?* Debía ser eso. ¡Sí! Habían instalado semáforos para elegir aleatoriamente a la gente *¿Pero por qué un semáforo? ¿Qué esperaban que les enseñara el azar?* Algo que los controles convencionales no podían ver, lo que llevaba en su estómago.

¡Y qué importa! He pasado. ¿Qué importa eso ahora? Me he librado. La vida sigue. Ya pensaría en algo para la próxima vez. La hazaña rutinaria acababa de ser cumplida. Se sentía afortunado. Así es la vida.

Caminaba hacia su puerta de embarque contento. Con cierto alivio. Dentro de dos días dispondría de potencial para ganar 3000€ en España de una tajada. Su estrategia era perfecta.

Pero había algo que todavía no sabía. Ya estaba muerto. Su futuro dentro de veinticuatro horas ya había pasado. Perdió la última ocasión de elegir. De ahora en adelante, sus acciones no podrían evitarle morir. Si el temido semáforo de El Dorado le hubiese otorgado el fatídico rojo, estaría arrestado, y con el forzado lavado de estómago policial seguiría vivo. Pero ahora en menos de un día su acidez abriría uno de esos *cofres letales del tesoro*. Nada podía impedirlo. En poco tiempo acabaría partido en dos, metido en una bolsa de plástico y abandonado por sus propios colegas. Así es la vida.

REPLICACIÓN

TOUR DE FRANCIA 8ª ETAPA CONTRARRELOJ POR EQUIPOS MÓNACO-FRÉJUS.

Los veintiún equipos, agazapados en la rampa, asentían según sus respectivos directores transmitían las últimas consignas antes de lanzarse a la caza de las metas volantes. Saldrían en orden inverso a la clasificación general, y esto dejaba al American Life último en tomar la salida, gracias al magnífico inicio de Bowers y de Venter, con los que ni los periodistas más atrevidos habían contado.

Las nubes del día anterior aún encapotaban el paisaje, pero pronto dieron paso a claros que se fueron imponiendo en la geografía celestial. El pavimento todavía estaba algo húmedo.

La organización había hecho públicos los intervalos de partida, serían cada cinco minutos, menos en los cuatro últimos que serían cada diez. A Freeman le encantaba doblar rivales, y estaba ciertamente contrariado por esta medida, aunque ya esperaba un esquema similar. Los del Kinderbank de todas formas eran mayoritariamente rodadores y escaladores; el golpe moral de haberlos alcanzado habría tenido consecuencias tangibles, pero diez minutos eran un intervalo sin concesiones para darles caza.

La etapa constaba de una vuelta a un circuito cerrado en Mónaco para luego tomar dirección Cannes y llegar hasta Fréjus por la Cornisa Dorada, para deleite de aquellos telespectadores que siempre encuentran un componente turístico en las retransmisiones de ciclismo. Las demandas televisivas eran cada vez más exigentes, y el estilo de los medios en la difusión de aquella clase de eventos había ido modulándose. Se buscaba más el contacto directo con el ciclista durante la carrera, y algunas motos se acercaban demasiado a las bicicletas. Las quejas e incluso amenazas no se habían hecho esperar. La organización, también presionada por los *sponsors*, estaba maniatada y su mediación en los conflictos era solamente diplomática.

El espectador prefería ver de cerca el ciclista antes que un *collage de maillots* discurriendo por las sinuosas carreteras a vista de pájaro. Las constantes vitales llevadas al límite armonizadas con una estrategia de carrera vibrante.

Steve estaba ahí, pero su mente no dejaba de arrastrarlo hacia otras líneas de pensamiento. Líneas con perfume de mujer. Cuando ocurría algo inesperado y le sucedía en un lapso de tiempo demasiado corto, el recuerdo equivalía a una dolorosa ilusión, por haberse vivido con prisas, sin tiempo para reflexionar sobre la veracidad de lo que uno estaba experimentando. Que Freeman se tragara la excusa de Vince para explicarlo todo estaba más allá de lo suponible, y aunque no había hecho demasiadas preguntas, la multa había hablado por sí sola. Nada de eso había trascendido a los demás, pero las gafas de sol no conseguían encubrir su malestar; multados por impuntualidad y por dañar la imagen del Life. *Hay que joderse.*

—¿Algo no anda bien Legweak?— Una voz conocida con marcado acento francés intentaba incomodarlo. Era Julien Delacroix, el altivo y jovencísimo galo que marchaba líder; había dado la sorpresa en los Alpes y era la revelación de la presente edición. *La juventud es más descarada hoy en día, el adulto ya no es respetado; el problema es que la sociedad fomenta estas actitudes. Maldito crío, ya pasaremos cuentas en París chaval, no te preocupes.*

—El problema lo vas a tener tú si no te largas de aquí, mocososo— dijo Jimmy en el mejor inglés que pudo.

—Déjalo, *monsieur* Delacroix es un mandado de su jefe, los del Encore tienen estrategias de carrera cada día más *inoportunas*.

—Yo también te quiero Legweak— y la joven promesa se alejó con mirada desafiante y muy segura de sí misma.

Bowers y Libe darían relevos más largos, y Steve se quedaría a rueda en los primeros kilómetros hasta que rompiera a sudar en pleno desarrollo. De todas formas, para preservar el equilibrio del bloque, Vince había sugerido no empezar muy fuertes, ya que McDowell y Hundt no podrían relevar satisfactoriamente si el ritmo era demasiado alto dada su condición de escaladores. El belga Ralph

Ginnerbrugghe y Castellazzo aunque no eran especialistas, serían comodines. Jimmy Donoso era el más irregular, capaz de lo mejor y lo peor. Impredecible.

También tenían previsto que tres o cuatro ciclistas acompañaran a Bowers y Libe escapándose del resto en los últimos quince kilómetros para marcar un buen registro. En principio Steve debía estar en ese grupo de cabeza.

Su *maillot* de topos de líder de la montaña le clavaba los colmillos en sus heridas. Olga le había dicho que siempre hay que rayar una piedra preciosa para saber cuán preciosa es, y le había arañado al cabalgar. *No debo ser muy precioso, con estas señales... ¿Qué hago pensando en esa astuta afrodita?*

—Chicos, acaban de salir los del Exotel, aún no disponemos de tiempos parciales— gritó Freeman —Os quiero concentrados y con el trazado en vuestras cabezas. Recordad todo lo que hablamos ayer, no quiero irregularidades, ¿Entendido? Todos los ojos estarán puestos sobre nosotros. ¡A por ellos chavales! Era perfeccionista hasta extremos enfermizos. Esa era la clave del director del Life. Las victorias no eran para degustar, eran peldaños para pensar en la nueva etapa, en el nuevo reto. Las derrotas eran profundos abismos de reflexión y disciplina que le dolían demasiado adentro.

La parrilla base se fue vaciando, hasta que salieron los del Kinderbank. Diez minutos más y saldrían unidos, a la conquista del tiempo. Steve a menudo se imaginaba la estela de aire que formaba el cabeza de grupo engullendo a los inmediatamente posteriores en un cono asimétrico de turbulencias. Los hombres de rueda, que se encontraban en un medio menos denso y fácilmente penetrable, lo troceaban sin piedad.

Una corta rampa de despedida. Un juez mirando un reloj y contando hacia atrás. Un pequeño empujón. Aceleración. Velocidad. Asfalto.

La estría veloz, como un rectángulo, como una línea gorda, se adentraba en el circuito. Inclinación equivalente al tomar cada curva, inclinación con sabor a victoria. Desarrollo compenetrado, pedaleo engréido atesorando el triunfo.

Steve los quería a todos; a unos más a otros menos, pero todos se entregaban al deporte que amaban y al equipo que los mantenía. Eran una mezcla de nacionalidades y de lenguas, muy bien compensadas con cada pedalada. Para un lego en ciclismo era curioso descubrir que los corredores no mostraban interés alguno por las zonas que iban recorriendo y los paisajes dejados atrás. Era una voracidad de espacio, ocupación de uno nuevo en el menor tiempo posible. Algunos monosílabos iban en ambas direcciones, los de cabeza buscaban consenso en el *tempo* adquirido, y los de cola daban el visto bueno. Si Steve hubiera hablado con esos legos, les hubiera explicado que en esencia el paisaje era siempre el mismo. Manchas y sucesiones de verde y de ladrillo, banderas, gritos y otra vez manchas. Y muchas caras; cientos dispuestas al azar en los márgenes de la calzada, que algunas noches se le aparecían y le negaban el sueño. Algún gesto en particular, alguna facción, algún niño por el que su padre no había sacrificado su afición, alguna viejecita que no había escogido que la etapa pasara por delante de su patio, alguna tienda de campaña plantada bajo el sol, algún aplauso más fuerte que otro.

El conjunto se abría paso con orgullo y la retaguardia era cerrada por el monovolumen; Freeman de copiloto, y Vince detrás con Scott, el médico. Otro coche del American Life traía las bicicletas y los recambios.

Llegaron noticias, los del Costa Luz tenían el mejor tiempo de momento en las dos primeras volantes, iban a superar con toda probabilidad el tiempo final marcado por el Nostra Italia.

Las metas volantes estaban en Niza, Cannes y la última en Anthéor, en pleno macizo del Esterel. Pasaron por la primera seis segundos por encima del tiempo marcado por Costa Luz. Venter se situó en paralelo a la fila y la fue dejando pasar, hasta ponerse detrás de Steve, que pronto se colocaría en cabeza. *No habría sido necesario protegerme de esta forma, de hecho yo puedo marcar el ritmo durante mucho más rato.* El corte de la estela era uno de los motivos que salía a menudo en los *sweepers* de entrenamiento. Peces en viscosos líquidos coloreados partiendo en dos el fluido con sólida velocidad.

Steve no sabía que Vince había más que acertado protegiéndolo; protegiéndolo de un lastre que había anidado sin permiso en su presente; un lastre con nombre de mujer y un apetitoso escote de Gucci. Al pasar Cannes continuaban por debajo de Costa Luz, habían encontrado algún hombre rezagado del Kinderbank, pero el núcleo duro estaba marcando unos tiempos bastante próximos al primer clasificado. La Cornisa Dorada les dio la bienvenida con una luz digna de las más bellas carreteras francesas, una luz mezcla de rocas rojas y de azul salado del mar. Las tortuosas curvas y las piedras les observaban con el mismo desdén que a los veinte conjuntos que habían desfilado. Las motos de la prensa ponían la música, y el sol anestesiado por alguna nube sin rumbo, los colores. Los cascos seguían dividiendo el viento y las voces alentadoras se hacían oír espoleadas por las novedades que llegaban desde el coche con las referencias.

Poco antes de llegar a *Le Trayas* el australiano McDowell dejó la cola y se descolgó. La velocidad era acuciosamente alta, de conquista, instigando el vacío que se abría delante de ellos en la lucha cuerpo a cuerpo con la inexorabilidad de los segundos desgranándose en cada pedalada. McDowell era un soldado para operaciones especiales, un manitas de la montaña amante de los desniveles. Aquella no era una misión para él. Pero inesperadamente con Hundt pasó lo mismo pocos kilómetros más adelante, y poco después de forma más dramática, fue el turno del belga Ginnerbrughe. Sólo quedaban seis que contra todo pronóstico se quedaron contra las cuerdas. Adoptaron una formación en rombo que iría cambiando, manteniendo siempre a Steve y al italiano en el centro; una formación de lujo, la envidia de cualquier equipo. La noticia de los descolgados había llegado al resto de conjuntos aún en carrera, y las instrucciones de atacar la primera posición de los americanos se intensificaron.

Justo antes de llegar a la última meta volante Jimmy también empezó a dar señales de desfallecimiento, debían bajar la marcha o pronto la situación sería crítica. Algo estaba pasando... Steve miró hacia atrás a Freeman. *¿Dónde narices está el coche con los recambios? No me gusta esto, Ralph no estaba tan mal para descolgarse, joder; Freeman debe estar trinando.* Más noticias desde el coche, el American Life solamente marcaba el tercer mejor tiempo parcial, había que ir a por

la carrera. Parecía que el belga estaba a dos minutos del grupo pero mantenía la distancia, mientras que Jimmy Donoso, el último fichaje del Life, tampoco pudo con el ritmo. Quedaba un grupo de cinco soldados, y el quinto decidiría la etapa. Aún restaban unos cuantos kilómetros hasta Saint Raphaël. En condiciones normales el jefe de cualquier equipo habría ordenado la ralentización progresiva para que los hombres más menguados de fuerzas alcanzaran al grupo. *Joder Vince, la estrategia ha salido fatal, con tanta mierda de ruleta y de casino, estamos encarando el último tramo sobre la cuerda floja, y si alguien cae de la cuerda y pone en peligro la general me voy a cabrear mucho contigo, ¿Me oyes listillo?* Sin embargo, visualizaba el casino alzándose en la noche, golpeándole con fuerza en cada impulso muscular con extrema dulzura. Los cinco hombres que marchaban en cabeza no eran los que Vince había previsto, y aún distaban bastante de los últimos quince kilómetros. El tiempo y el triunfo se escurrían de sus manos y sus pedaladas. Bowers, Steve, Castellazzo, Venter y Libe. Ni el italiano ni Venter entraban en los planes, pero ahí estaban. El coche se puso a la altura del quinteto, y Steve salió de la formación y se acercó a la ventana del copiloto, mientras miraba fijamente a Vince, sentado en el asiento de atrás mostrando un semblante como si nunca hubiera roto un solo plato ni apostado un solo euro.

—Tenemos problemas gordos, el coche de recambios ha roto la dirección; los otros hombres están muy atrás menos Ginnerbrughe que os está siguiendo a dos minutos. Con cuidado. Vamos a tener que conformarnos con algo menos de lo previsto. No arriesguéis en vano, salvaremos la etapa de la mejor forma posible. Parece que nos espera un control al final. Ánimo chicos.

Otro antidoping, se han vuelto locos. Desde lo de Pantani todo el mundo habla de la misma mierda. Somos ciclistas, o no entienden lo qué eso quiere decir...

El sudor le clavaba los colmillos en la espalda sin dejarle concentrarse plenamente en la carrera. No le costaba seguir el ritmo en el centro del rombo, pero la hiel de las heridas jugaba con él. *No fue un flechazo; voy a olvidarla pronto, será solamente otro mito en mi historial, la seducción más agradable al placer de los encantos eróticos.* La atención se escapaba por las rendijas mal cerradas de su

conciencia. No se sentía tan libre como de costumbre para poder sacar partido de su esfuerzo a causa de aquel veneno rubio inyectado con aguijón de oro.

Llegado un punto el pavimento se endureció, estaba más accidentado y la vibración en los brazos acentuaba la fatiga de las fibras en las extremidades. Steve mantenía la vista fija en el alquitrán unos metros por delante de su rueda y seguía el camino que trazaba Bowers. En mitad de una curva distinguió un pequeño canto encima de la calzada.

—¡Qué demonios es eso, cuidado!— Bowers y él lo esquivaron a tiempo, pero el italiano no fue lo bastante rápido y su rueda colisionó con el objeto mineral. La bicicleta se desequilibró, y la fuerza centrífuga le puso en jaque. Los coches frenaron bruscamente para preservar al corredor y los cuatro corredores restantes clavaron su mirada en el *maillot* American Life que se debatía para mantener su caballo enderezado. Los espectadores corrieron hacia los lados ante una inminente caída. Frenó a tiempo y la posibilidad del choque con el suelo pasó a escasos milímetros salvándole. Al intentar reiniciar la marcha se dio cuenta de lo peor y dibujó una mueca de rabia.

—¡Cazzo! ¡¡Mortacci de pippo!!

La rueda delantera pinchada; la bicicleta convertida en vulgar animal de aluminio inservible. La carrera estaba perdida. El coche de Freeman se mantuvo a la espera al lado del corredor que lloraba impotente en el asfalto ante la incrédula mirada de los espectadores y las vociferantes narraciones de la prensa internacional. Los fotógrafos se cebaron en la desesperación del italiano, felices de poder llenar portadas y portadas. Aquel golpe podía sesgar todas las opciones de victoria del equipo y del mismo Steve Legweak. Los cuatro hombres siguieron raudos hacia meta. Todo estaba perdido, o casi todo. El belga Ginnerbrugge ya conocía el incidente. Su misión: darlo todo durante dos minutos para ceder su bicicleta a Castellazzo, el cual, mejor preparado que él, debería marcar el tiempo de todo el equipo rodando en solitario. No tenía sentido que uno de los hombres lo esperara, los relevos no eran tan importantes en bajada. Ni Jimmy ni los otros rezagados estaban en condiciones de nada que no fuera un tiempo pésimo que los hundiría en la clasificación. Sin embargo la pájara del belga había sido

anormalmente pasajera, y, consciente de que podía ser determinante en cualquier momento, no había perdido muchos segundos aun yendo en solitario. *Que me expliquen qué hago yo una vez le haya dado la bicicleta al italiano. Mejor no contar con el coche de los recambios...* Aumentó el ritmo de forma muy brusca, no estaba acostumbrado a aquel tipo de cambios, desaconsejados por cualquier médico en una situación normal. Pero aquella carrera no lo era. Aún no sabían si la permuta de bicicletas iba a costarles una sanción por parte de la organización, aunque en aquellos instantes de alta tensión eso importaba tanto como nada. Sabía que llegaría reventado. Su frecuencia se volvió inusual. Se dio cuenta que un corredor cuerdo no podría aguantarla demasiado tiempo. *Algo me está pasando.* Forzaba su cuerpo al límite con un pedaleo solamente esperable en los *sprints* finales con el triunfo de etapa en juego. La boca seca, la lenta progresión del monstruo de la fatiga agarrotando cada una de sus fibras. Extrañamente tenía fuerzas para soportarlo. Podía aumentar la potencia y ahora el dolor permanecía constante. *Aquí pasa algo, tiene que ser cosa de Scott, me debe haber chutado sin consultármelo...el coche y Castellazzo deben estar torciendo esa curva...*

—¡¡¡Ahí está Ralph!!!— gritaron al verle.

—¿Preparado Giovanni?— Freeman había permanecido a su lado.

El italiano se había mantenido en caliente haciendo ejercicios sobre el asfalto. Cuando oyó esas palabras, el tramo restante pasó por su cabeza. Cinco metros para el relevo. Tres. Dos, uno. El belga cedió la bicicleta mientras se sacaba su casco a duras penas y el italiano encendía el turbojet sobre la bici.

—Todo el equipo está sobre tus espaldas. ¡¡Ve a por ellos, la meta es tuya!!— Con los gritos de Freeman y la euforia nadie se dio cuenta de la mirada perdida de Ginnerbrughe. Intentó suplicar un poco de agua y cayó al suelo inconsciente. Su casco golpeó la calzada caracoleando hasta llegar a los pies de la estupefacta muchedumbre. En vez de socorrerle, los periodistas saltaron las vallas y se amontonaron para cazar una buena instantánea para el informativo de las cinco.

El médico del Life acudió a atenderle en medio del gran revuelo.

—¡¡¡Dejen paso, dejen paso!!!! ¡¡¿Ralph, Ralph, me oyes?!!— dijo Scott palpándole el corazón y el pecho.

—¡¡Vince, llama a la ambulancia!! ¡Ralph está a punto de sufrir un ataque!

Lejos, en el *frontline* el cuarteto de corredores atravesó Saint Raphaël en un agresivo slalom contra el tiempo. La serpiente ciclista coloreada descendía vertiginosamente entre las rocas salvajes. El final estaba cerca. Steve había conseguido olvidarse de su diosa desaparecida en aquellos momentos en los que peligraba su propia imagen. Aquel deseo, su apellido leído con orgullo en toda Europa y en la pequeña casita de su madre en Phoenix, se desvanecía. Cuando llegaron a meta la muchedumbre colmó de excitación el entorno. Con cinco hombres dentro habrían marcado el mejor tiempo de la etapa, y Steve habría sacado siete segundos a todos los del Kinderbank y veintiocho a los pipiolos del Encore. Los del Costa Luz hubieran quedado a treinta. La remontada había sido épica, pero no servía de nada, todo estaba en el aire aún, en las piernas de Castellazzo.

Había perdido algo de tiempo y rodaba por debajo de los equipos de cabeza. Iba solo, con un gran coche detrás que no podía empujarlo. Cruzando a nado un mar infestado de tiburones, con un trasatlántico de primera clase que lo vigilaba sin poderlo subir a bordo. Una soledad carente de intimidad, lo que aún la hacía más obscena. Una soledad humillada con testigos, gritos y flashes. Pero sin duda sería admirada y respetada por todas aquellas personas. *Steve tendrá que atacar en los Pirineos, teníamos previsto sacar tiempo a la cabeza y no abrir esta brecha en la tabla. ¿Qué ha pasado? Vamos a tener que ayudarlo, el jefe estará echando humo, algo ha salido mal, pero no es momento de reflexiones. Tengo que llegar, me ha tocado ser el quinto hombre.*

La gente aplaudía animándole en su esfuerzo. *Ya falta menos.* Cada impulso era determinante para la carrera. *No puedo desfallecer.* Una fuerza surgía de su interior. *Ahí está la meta.* Se levantó encima de su bici y su furia fue máxima. Se le hincharon las venas y su cara fue la portada de todos los periódicos el día siguiente. El Life cobró sus *royalties*.

La carrera se ponía al rojo vivo. El intercambio de bicicletas y el coraje del belga Ginnerbrughe salvaron al equipo entero del desastre. Poco a poco fueron

llegando los rezagados. El último en hacerlo fue, paradójicamente, el héroe de la carrera en ambulancia, directo al hospital. Pese a la aparatosidad de su desmayo, su vida no corría peligro.

La prensa pidió unánimemente entrevistar al ciclista italiano. Freeman dio el OK. Entretanto, en medio del caos de gente y bellas azafatas que se había organizado alrededor del podium, Steve buscaba unos ojos rabiosamente claros, despistando periodistas que le venían como abejas al néctar. Buscaba verse más cerca de la primera posición en el tablón luminoso anunciando la nueva general y tampoco lo vio. Se sintió abatido, defraudado sin saber por qué, derrotado por alguna fuerza contra la que no podía luchar por no entender su naturaleza.

El *staff* de la organización se dispuso alrededor del recinto. Nadie podía abandonarlo, se iba a realizar un control antidoping. En teoría eran sorpresa, pero siempre acababan filtrándose. La propia prensa desvelaba este tipo de noticias, ya que habían llegado al extremo de identificar las caravanas médicas cuando estacionaban dentro del perímetro. A raíz de los últimos casos de dopaje las medidas se habían incrementado. Los organizadores querían empezar una nueva era: no más escándalos. Desde las altas instancias se había advertido que el ciclismo estaba cayendo en un pozo de desprestigio al que se tenía que poner fin a toda costa. Según una encuesta reciente, la población lo consideraba el primer deporte relacionado con el doping, por detrás del atletismo, diez veces más practicado. Por eso iban a promover una campaña de saneamiento de imagen y tolerancia cero con los infractores. Las sanciones serían ejemplares.

Todos los ciclistas se dispusieron por equipos. Todos menos Giovanni, que estaba atendiendo a la prensa con una toalla alrededor del cuello y un frasco de algún brebaje isotónico.

—Giovanni, ¿Do you feel like a hero?

La pregunta había salido de los labios de una periodista alemana de exuberantes senos.

Sin duda, creo que te has lucido guapa, es una de las preguntas más superficiales junto con tu carrocería que he oído últimamente.

Si esta tía estuviera tomándose algo conmigo hablando de tú a tú no me diría esto, seguro. Tratan a los oyentes igual que jodidos niños de guardería... pero voy a darte la respuesta que estás esperando para rellenar tu jodido espacio y poner tu trasero a salvo al menos por hoy.

—La verdad es que me sentí de forma muy especial, sabía que Steve y el Life dependían de mí, y nunca abandoné después de desfallecer. No podía hacerlo; en definitiva me han contratado para dar el máximo, y si no puedo darlo mejor me voy a casa a jugar con mi perro.

—¿Está perdida la carrera para Legweak, Giovanni?

Ahora fue un periodista de una conocida emisora española.

Otra sacada del manual de instrucciones para reporteros novatos, ¿No te das cuenta que yo sé tanto como tú si está perdida o deja de estarlo? ¿Esperas que desvele algo cuando no tengo ni pajolera idea?

—Bueno, la verdad es que no se puede dar nada por perdido, aún quedan muchas etapas por delante, en los Pirineos puede pasar de todo. El Life estará a su lado para ayudarle en todo lo que necesite.

—¿Es cierto que Steve Legweak ha manifestado recientemente que no se encuentra a gusto en el equipo por el bajo rendimiento de algunos de sus componentes, y que si surgiese alguna oferta interesante podría plantearse su marcha? ¿Qué opina de esas declaraciones?

¿Faltaba hacer la maliciosa eh mamoncete? Tu jefe te acaba de llamar por el celular y te ha dicho que sueltes una sarta de mentiras sensacionalistas. Ya estoy viendo el titular de mañana: corredor italiano del Life acusa a Steve Legweak y siembra el malestar entre las filas del equipo. No te voy a dar ese placer, ya le clavarás el puñal al pardillo de turno.

—No sé de qué me está hablando, pero no creo que Steve haya dicho algo así. Estamos todos muy integrados en el equipo, y la etapa de hoy da prueba de ello. No sería positivo para nosotros introducir elementos de inestabilidad en un momento tan importante de la carrera... Muchas gracias. Si me disculpan, los médicos de la Unión Ciclista me están esperando para el antidoping. Me van a pinchar con una jeringuilla, parece que he sido un chico malo.

Fue un análisis de sangre rutinario. Tal vez por la mañana les harían uno de orina. Las muestras iban a volar esa misma noche hasta Ginebra y los resultados saldrían aproximadamente hacia el quince de julio. Las atractivas enfermeras habían sido muy amables, pero ninguna se parecía lo más mínimo a Olga, ninguna. Al salir del control, fue a buscar a Vince y lo agarró por el brazo, pillándolo desprevenido.

—¿Qué mierda de estrategia has planeado? ¿Quieres mandarlo todo a tomar por saco? ¿Tal vez en la reunión de ayer estabas pensando en qué banco ingresar tus sucias ganancias?

—¡Shhhhhhhhh! ¡Quieres callarte! ¡Podría oírnos alguien joder! ¿Cómo querías que supiera que el maldito coche de los recambios iba a romper la dirección?

—Veremos lo que dice Freeman de todo esto, pero creo que no elegiste bien los hombres fuertes ni las distancias de los relevos. Has agotado a los escaladores innecesariamente, y Ralph no tomará mañana la salida. Hoy hemos tocado fondo y el resto de equipos lo sabe, ¡Saben que estamos cansados y van a ir a por nosotros!

—Ya, bueno, tendrás que atacar en los Pirineos... puedes hacerlo y de hecho lo estás deseando.

—Más te vale que me salga bien, o tu culo tendrá serios problemas la temporada que viene si quiere sentarse en el despacho de un equipo ciclista profesional en lugar de en los bancos de las oficinas de empleo.

Steve se alejó y vio a Vince clavar la mirada en el suelo y adoptar una expresión rodeada por una cara de un blanco súbito, atemorizado.

De camino hacia el minibús del Life se topó con una mirada de desprecio. Delacroix sonreía de forma desafiante con dos corredores más del Encore. El día en que los equipos se la jugaban, intentando minimizar las pérdidas frente al poderoso American Life, había resultado ser una bendición para todos ellos.

—*Thanks* Legweak, pero no me hacía falta tu ayuda, me las puedo arreglar solito. Da gracias que no vine el año pasado y te dejé ganar. Ahora ya estoy aquí— y se alejó entre las risas exageradas de sus dos compañeros de equipo.

Banda de aduladores y parásitos. ¿Cómo le reís las gracias a semejante estúpido? ¿De qué ayuda hablas criajo? ¿De qué ayuda? Voy a disfrutar viéndote llamar a mamá en los Pirineos cuando tengas que cambiarte los pañales al ver mi bicicleta desaparecer en las curvas y recuperar los segundos que me debes por el respeto que merezco.

Steve subió a su bus y se sentó en la primera fila, al lado del conductor. Sus siete compañeros dormían. *Supongo que deben estar demasiado cansados para hablar...* Después de la ducha y durante la cena se abordaría el problema. El conductor preguntó a Freeman si faltaba alguien, y ante la negativa cerró las puertas y puso la primera marcha.

Tres días después

—American Life, diga... ¿El señor Freeman? Tendrá que esperarse un momento. ¿Quién lo solicita?...Oh, claro señor, enseguida.

El teléfono móvil interno sonaba pocas veces durante las carreras. Normalmente eran cambios de pequeña importancia. Alguna incidencia con el avituallamiento, algún casco o gafas no reglamentarios. Aspectos menores, pero muy cuidados por la organización.

—Soy Freeman, buenos días. Sí, le escucho bien, perfectamente.

Descarga hormonal. Cambios de temperatura locales. Alteración brusca del compás cardíaco. Silencio sepulcral. Vince y Scott miraban fijamente a su superior. Por su cara algo no iba del todo bien. *Demonios, a ver cuántos segundos nos quieren quitar con el maldito cambio de bicicletas; mierda...*

—¡¡¡¡¿¿El equipo entero??!!!!

—[...]

—¡¡Cómo quiere que me calme!! ¡¡Debe tratarse de un error, este es el peor chiste en años...!! ¡¡Alguien trata de boicotear al equipo, nos han saboteado esas muestras!! Escuche ¿¿Quién se cree usted que corre en mi equipo, una banda de hippies??

—[...]

Aparte de importarle dónde se realizaría la siguiente conferencia mundial sobre SIDA, o el congreso de Genómica de turno, seguía de cerca los quehaceres de este *brave new world* en que se había convertido el planeta últimamente. Por eso nunca dejaba de echarle algún que otro vistazo a los titulares internáuticos de media docena de periódicos intentando minimizar influencias tendenciosas. Pero cuando esta mañana leyó que en el Tour de Francia había estallado un escándalo por un control antidoping, el DEFCON 1 se materializó delante de sus ojos. Leer que nueve ciclistas entre ellos la leyenda mundial Legweak habían resultado positivos de cannabis fue leer que alguien había tenido acceso al proyecto secreto que conducía. Pero con las medidas de seguridad que el Gran Hermano gubernamental norteamericano les había ofrecido calurosamente, pensar eso era imposible.

Así pues, los traficantes estaban detrás y eso significaba que *la tenían*. Y habían empezado a usarla. De pronto, aquellos titulares confusos y extraordinarios tuvieron sentido para él. Justo en ese momento, se dio cuenta que ya se encontraba a tres semanas de la investigación policial que se abriría a raíz de aquello. No podía perder tiempo y llamó a su contacto del gobierno, Ryan Woods, el colega de la NSA que le pasó los planos de la DC20 sacados del Gigorg.

—Woods al habla.

—Ryan, ¿Has leído los titulares del Times?

—No, que tal Richard...no, no he tenido tiempo...

—Ha estallado un escándalo en el Tour de Francia por consumo de cannabis entre los ciclistas.

—¿Cannabis entre los ciclistas?

—No te tomo el pelo. Creo que son DC20, de hecho estoy prácticamente seguro.

—¿Las DC20 en el Tour? Qué tienen que ver con el ciclismo... no te lo tomes tan a pecho, hombre...

—Los ciclistas niegan rotundamente haber consumido el cannabis...

—Pero Richard, no seas ingenuo, un escándalo de este tipo tampoco es nada del otro mundo, constantemente están pillando ciclistas en antidopings. Aunque lo nieguen, para ellos doparse es necesario.

Nada de eso le convencía en absoluto y de ninguna manera podían esos conejos haberse contaminado solos. Lo que proponían los estadounidenses no tenía sentido. *¡Ha! Esperan que me crea lo de las zanahorias...* Según Tapie no cabía duda que los traficantes, por algún motivo que desconocía, estaban detrás de los conejos. Pero nada de hortalizas sicodélicas ni experimentos secretos. Su augurio le decía que no podían andar muy lejos de donde se habían cazado esos roedores. Cerca de donde se encontraba ahora.

Con su PDA dotado de un mapa electrónico, iba a hacer una búsqueda exhaustiva en los alrededores. Volviendo a su coche después de interrogar al cazador un todoterreno salido de la nada le avanzó desde atrás.

La polvareda le privó unos segundos de visión, pero pronto pudo seguirla y advirtió que desaparecía a unos trescientos metros en un bosque cercano. Miró la pantalla táctil de su agenda electrónica ¡Bingo! Ese camino conducía a una mansión denominada *Palace du vent. Quizás estos vecinos puedan ayudarme a continuar mi investigación.* Retomó su auto y siguió los pasos del todoterreno. A medida que se adentró en el bosque, se le fue apareciendo la casa. No tenía nada que ver con el palacio que le indicaba su PDA, era más bien una masía rural medio destartada de mediados de siglo pasado. Aunque el cielo estaba encapotado y los altos árboles que la rodeaban la hundiesen en la penumbra, no pudo ver ninguna luz a simple vista. Pero no le pasaron por alto las roderas del Nissan 4x4 que se perdían por debajo de una puerta de madera del porche al lado de la entrada principal. La casa, de tres pisos, estaba parcialmente rodeada de una especie de toldos verdes que cubrían los laterales. Parecía solitaria. Lúgubre. Se acercó a la puerta. Nadie contestó a sus llamadas.

—¿Il y a quelqu'un ici?— gritó. Los golpes del picaporte resonaban como voces en la oscuridad. Silencio ensordecedor.

Sin las huellas del Nissan, Tapie habría pensado que era una casa abandonada. Pero ahora, la curiosidad dejaba paso a una entumecida desconfianza. Se acercó a la gran carpa de estrafalarias lonas verdes adosadas a la mansión. *No tendrán aquí un invernadero...* Intentó mirar a través, *demasiado opacas.* Al pisar una rama seca, precipitó la salida de un conejo por un agujero que había en la base. El

sobresalto le hizo desenfundar el arma y encañonarlo. Eso no se lo esperaba. Podía muy bien ser una advertencia. Seguía sin oír un solo ruido. Entonces, sacó una navaja para rasgar la lona.

Al meter la cabeza, le abofeteó un penetrante olor denso a...

—¡¡¡Hachisch!!!— El aroma era inconfundible y un aire casi irrespirable lo sacudió hacia afuera. El hedor era extremadamente fuerte. Junto a lo que parecía una plantación de hortalizas, había montones de pequeños paquetes embalados en plástico marrón y luces artificiales colgando del techo. *¡Mon Dieu! ¡Mon Dieu! ¡Es aquí! ¡La central de los narcos! ¡Tienen todo un invernadero! ¡¡¡Aquí es donde cultivan el cannabis!!!* Sincronizado con sus pensamientos, un portón que daba al invernadero se abrió y dispararon sin avisar. *¡Me han tendido una emboscada!* No le alcanzaron y Tapie devolvió el fuego enemigo al tiempo que se echaba al suelo. *Mi móvil.* Arrastrándose mientras se cubría con su pistola alcanzó el coche y lo usó de escudo. Tenía que pedir refuerzos.

—¡¡Central, central...que alguien responda!!— Los balazos caían como gotas en la lluvia. Con una ráfaga abrieron la tapa del motor.

Por fin descolgaron al otro lado:

—¡¡Aquí el agente Paul Tapie!!— Su situación era cada vez más desesperada.

—Central de la *gendarmerie*, ¿En qué puedo ayudarle?— una voz de recepcionista de aeropuerto respondió tranquilamente al otro lado del celular.

¡Vaya hombre, no me jodas!

—¡Me están disparando! ¡¡Soy el agente Paul Tapie...!!

—¿Perdone? No le oigo bien, ¿Podría intentar mejorar la cobertura?

¿¿Pero qué leches...??

—¿Señorita, qué le parece, que estoy pidiendo una pizza? Póngame con el capitán Soubannier inmediatamente.

—El capitán está reunido...

¡No me digas, ya lo sé joder, con los malditos americanos!

La lluvia arreciaba.

—Pues enviad refuerzos a esta posición— y diciendo esto pulsó el botón “GPS” de su teléfono —¡¡No sé cuánto tiempo podré aguantar, he encontrado la base de los narcotraficantes del Tour!!

Se me acaba el tiempo.

Miró por lo alto de su coche y por la única ventana oscura que antes había visto en las golfas, apareció un hombre. Su voz se electrocutó.

—¡¡¡Dios mío, tienen bazok...!!!

La explosión cortó la comunicación.

Bureau central de la gendarmerie

Niza, Francia.

1:35PM

Soubannier ya se había enterado. La incompetencia de la cadena de mando por suerte no siempre funciona bien y a veces uno puede hasta saber las cosas más rápido de lo normal.

¿Acababan unos narcotraficantes de volar el coche del inspector Tapie? Las autoridades francesas y la policía se hacían la misma pregunta: ¿Contra qué reojones nos enfrentamos en esta crisis?

Primero aparecen unos conejos chutados con cannabis. Luego se meten los americanos de la DEA y la NSA, y ahora unos delincuentes han usado armas pesadas para defender unos cultivos de hortalizas.

Woods, Allerthon y el capitán de los gendarmes se pusieron en marcha. Subieron al coche de policía, y junto con el furgón de unidades especiales y una ambulancia, se dirigieron a todo gas hacia el lugar señalado por el GPS. Allerthon podía oírlo en su cabeza; el crepitar de los cargadores insertándose en las ametralladoras dentro del furgón que llevaban detrás. *Quizás ellos tengan bazokas pero pronto descubrirán los regalitos que les llevamos.* Tras una pausa pensó: *eso espero.*

Mientras, surcaban frenéticamente las calles de Niza con las sirenas aullando. Esquivando motos, abuelitas, coches, árboles, todo fluía como en un campo de asteroides perseguidos por tropas imperiales.

Allerthon estaba a punto de presenciar un *real time raid*. Sólo con pensarlo la emoción le hacía temblar. Adrenalina. La sentía por todas partes, pero el oficial que llevaba a su lado, obedeciendo órdenes telepáticas de Soubannier, que iba de copiloto, le dijo:

—Vous resterez dans la voiture, ¿Ok?

Perfecto. O sea, *me tendré que quedar dentro del coche y perdérmelo todo*. No es que fuese morboso, fue instintivo, pero una versión real del videojuego Counter Strike no se podía ver todos los días.

En el furgón que llevaban detrás iban los GIGN, las fuerzas especiales francesas. Si los traficantes plantaban cara, que era de esperar, la situación iba a superar cualquier escenario virtual imaginable.

Se habían desviado de la autopista principal, y adentrados en el bosque seguían la posición exacta que Tapie les había podido enviar.

—¿Por qué nos paramos ahora?— le preguntó Allerthon a Woods sentado a su derecha.

—La casa que buscamos debe estar detrás de aquellos árboles. Ahora van a desplegarse las unidades especiales, distancia de precaución y todo eso, te lo imaginas ¿No?— Woods bajó del coche, Allerthon desobedeció al capitán de los gendarmes y le siguió, pero no se alejó demasiado.

Quince hombres con trajes especiales salieron entonces del furgón y se adelantaron en grupo hacia donde según Woods estaba la casa. Soubannier también iba a quedarse con los americanos. Ahora la operación pertenecía a los GIGN.

Cada hombre de aquéllos iba equipado con un complejo soporte logístico. Traje azul oscuro con pasamontañas, casco balístico, botas militares con suela de algodón antirruído, guantes ignífugos y un escudo Keblar antibalas. Los ojos, el único centímetro cuadrado de piel que su uniforme no cubría, iban protegidos con unas gafas blindadas antimetralla Smokescope®, desarrolladas por Parallel Corp. para ver a través del humo. El equipo lo completaba un pequeño kit de primeros auxilios con analgésicos y desinfectantes.

Llevaban un sistema ofensivo heterogéneo. Tres hombres con las recortadas Remington 870 (su sonido de recarga disuadía a la mayoría de delincuentes), dos con las XM1014, una versión con disparo más rápido y los diez restantes empuñaban ametralladoras MP5 Navy con mirilla láser y una sorpresa integrada en el cañón. De pistola auxiliar la Beretta92F enfundada en su pierna según su lateralidad. Completaban el armamento tres granadas de humo y seis explosivas. La comunicación era *state-of-the-art*, mediante vibración laríngea con encriptación polifrecuencial aleatoria para hacer imposible la interceptación, y llevaban el LPS o *Local Positioning System*. Con él, cada miembro del comando conocería la posición de los otros catorce y se evitarían fenómenos de *friendly fire*.

El asalto estaba servido.

Se aproximaban en formación hacia la casa y vieron el coche calcinado de Tapie.

—¡Fils de pute!— alguien increpó por el intercomunicador.

Los quince se habían dividido en grupos de tres. A y B avanzarían por el sur sobre la entrada principal, y los otros tres C, D y E rodearían la casa por los flancos, sobrepasando los invernaderos para atacar por el norte. Todos entrarían en la casa menos los del B, que aguardarían fuera para evitar que nadie escapara. Soubannier les había dejado claro que iban a enfrentarse a traficantes muy violentos que ya habían matado un gendarme del cuerpo. Al parecer tenían armamento pesado, así que nada de megáfonos y señales de disuasión. El factor sorpresa tenía que ser crítico. De momento parecía estar de su lado...

Cuando de repente abrieron fuego desde una ventana en lo alto de la casa. El sonido fue atronador, lo reconocieron inmediatamente: una Ak47 les había dado la bienvenida. Un maldito *sniper* había intentado cargarse a los A y B. Las ráfagas pasaron a escasos centímetros. Acababan de agotar los cargadores de Suerte. Parecía que los estupas les estaban esperando, no había tiempo que perder.

A y B se refugiaron en la pared de la casa, dejando sin ángulo al francotirador. Sin perder tiempo, echaron abajo la puerta principal y arrojaron una granada explosiva. Luego dos de humo. 5,4,3,2,1:

—¡On y va!

Entraron, tomaron las esquinas, frente a ellos había una escalera. Algo se movió en ella. En cinco segundos vaciaron tres cargadores de treinta balas de las Navy. Lo acribillaron sin pensárselo. El narco cayó fulminado, pero algo le acompañaba... rodó por el suelo y un *clinc clanc* hizo gritar a uno de los hombres:

—¡¡¡Une grenade!!!!

Dos salieron despedidos por la puerta. La deflagración fue tremenda. El tercero pudo refugiarse en una columna pero un fragmento de metralla se le incrustó en la pierna. La onda expansiva hizo saltar su casco.

—On a perdu Perdrix et Mangoste. Moi, je surveille l'entrée, mais je suis blessé.

Estaba herido; todavía quedaban doce operativos. ¿Contra cuántos narcos se enfrentaban? Los grupos D y E eligieron una puerta trasera. Esta vez la empujaron sin entrar. Perros viejos; con sólo hacerlo, una mina trampa la hizo saltar en pedazos dejándola destrozada a diez metros.

Seguidamente, dos policías agachados flanquearon la entrada vaciando sus cargadores dentro junto con dos granadas de humo de propina.

—3,2,1, ¡¡Tout le monde dedans!!— vibró en su circuito de comunicación interna. Cuatro hombres entraron de golpe. Nada se movía. Las Smokescope® delataron un pie detrás de una columna. Podían rodear al narco y lo hicieron. Se acercaron sigilosamente por la espalda y con una porra eléctrica acoplada en el cañón de las MP5 le descargaron 200.000 voltios. Lo dejaron seco. Ésta era la sorpresita que llevaban esas ametralladoras. Así ahorraron pagar un cargador al contribuyente francés.

El grupo C también había entrado con éxito. Ya estaban en la célula, les quedaba poco para adueñarse del núcleo. Los D y E oyeron pasos encima de sus cabezas. El suelo era de madera. Cuatro MP5 y dos XM1014 escupieron balas hasta convertir el techo y el narco en queso gruyere. El policía del grupo A herido había abandonado el perímetro de seguridad y ya estaba siendo atendido por la ambulancia del convoy; los otros dos afectados por la granada eran evacuados bajo la protección de los B.

En el interior, después de reunirse en una sala anexa a la entrada principal, el grupo C tomó la escalera y subió al primer piso mientras el D fue a inspeccionar el sótano y los invernaderos sin encontrar oposición.

Súbitamente estalló un crepitar de armas en el primer piso. El tiroteo fue intermitente durante unos cinco minutos. Aprovechando el factor numérico, el grupo E, que todavía cubría el acceso al primer piso, encontró otra escalera; ascendieron por ella rodeando el foco de resistencia que habían encontrado los C. Cuando los tres narcos se vieron acorralados, empezaron a disparar a discreción, pero el fuego cruzado resultó fatal. Los seis GIGN acabaron con ellos. ¿Eran todos? El grupo D había inspeccionado el sótano y después de asegurar la planta baja se reunió con los del primer piso. Hubo unos segundos de desconcierto, tenían que comprobar si quedaba alguno con vida. Posicionarse en las esquinas, controlar las zonas oscuras. Eran nueve, había que reorganizarse rápidamente y tomar una iniciativa. Segundos de confusión, humo y restos de fuego por todas partes. Sigilosamente, desde la escalera que llevaba al último piso apareció un cañón de ametralladora. Prácticamente invisible. La posición daba de lleno sobre la sala donde se había producido el enfrentamiento. Una inesperada ráfaga se desató sobre dos policías del grupo C. A uno le alcanzó en la espalda pero el Keblar le salvó la vida, y al otro las balas le impactaron en el brazo derecho y en el cuello. Cayó fulminado en dos tiempos, muy malherido. Su sangre se impregnó por todas partes. El resto se puso instintivamente a cubierto y repelió la puñalada traperera con fuego de cobertura. Cuando cesó la escaramuza, atendieron a los heridos:

—¡¡¡L'ambulance, venez au premier étage, vite, vite, vite c'est urgent! — exclamó uno de ellos por radio. El del impacto en el cuello sangraba mucho y dos de sus compañeros se quedaron junto a él para practicarle primeros auxilios mientras los otros cinco perseguían al traidor *sniper*. Ese cabrón tenía que ser el mismo que había intentado taladrar a los A y B en la entrada. Ahora parecía acorralado en el último piso. Acometieron la escalera y lanzaron tres granadas explosivas. La detonación hizo temblar el techo encima de ellos. Arrojaron dos granadas de humo y subieron dos policías. No vieron a nadie a través de la humareda, pero sí una

puerta abierta. Por su orientación, tenía que conducir al mismo sitio desde donde les habían disparado antes de entrar.

—¡Sortez les mains en l'air!— no tuvieron respuesta.

—¡Sortez les mains en l'air!— nada. Los otros tres GIGN tomaron posiciones detrás de ellos y hicieron rodar dos granadas más dentro de la habitación. Después de la explosión, flanquearon la puerta y entraron.

—¡Putain de merde! ¡Fils de pute!— Se dieron cuenta que la ventana daba sobre el tejado. Habían calculado mal. Ahora el narco estaba fuera de la casa. Se les había escapado. Un GIGN se puso la mano en el cuello para mejorar la calidad de la comunicación:

—¡Merde! ¡Fait chier! Group B, le tireur est sorti de la maison... ¡Il est à vous! — Treinta segundos después se oyó un crepitar de ametralladoras cerca de la entrada. El narcotraficante estaba contraatacando con éxito. Se habían adentrado en el bosque y con una media vuelta brusca alcanzó a uno del grupo B en la cabeza. Los otros dos no vacilaron y devolvieron el fuego cubriéndose cuerpo a tierra. Su compañero podía estar muerto, tenían que volver a llamar a la ambulancia. Al narco sólo le quedaba un cargador pero seguía economizándolo bien expeliendo certeras ráfagas letales. Ese tipo tenía que ser un experto. Con el traje de combate, no eran tan ágiles como él con pantalones vaqueros y camisa hawaiana, y aunque seguían disparándole estaba cada vez más lejos. No lograban abatirlo; en cuestión de minutos alcanzó un camino secundario donde le esperaba un Nissan todoterreno. Al verle, salieron de dentro dos hombres con ametralladoras SG552 Commando con zoom digital. Abrieron fuego y aprovechando la sorpresa, con un golpe de acelerador se esfumaron delante de las narices de los agentes especiales.

—¡Putain d'assault!— Así calificó el comandante de los GIGN la operación. Dos agentes muertos, uno alcanzado con granada y otro en un tiro traicionero al cuello; tres heridos en el hospital y un traficante fugado. Un desastre, una lacra para el cuerpo. Al menos tenían un detenido para interrogar.

Gracias a la rapidez de actuación y a la remota ubicación de aquella granja de zanahorias, por fortuna la prensa no pudo acudir a tiempo. Naturalmente los informes policiales hablarían de todo menos de la intervención de los GIGN. Ellos nunca estuvieron allí. Pero la precipitación había pasado factura. Las circunstancias habían exigido actuar sin demora.

La vergüenza había manchado la reputación de la carrera ciclista más famosa del mundo. Si la DEA y la NSA tenían razón, la intoxicación de un equipo con cannabis había puesto al descubierto una red de tráfico de narcóticos no convencional, y pronto Allerthon y Woods demostrarían que las DC20 estaban detrás de todo y en manos de las mafias europeas. Ellas eran las responsables del escándalo más sonado en el mundo del ciclismo.

48 horas más tarde

TRADUCCIÓN

**Edificio Edgar Hoover
Central FBI
Washington D.C.**

Hacía apenas unas horas que acababa de llegar de Francia, pero su jetlag carecería de importancia en esa reunión. A Allerthon el viajar le era indiferente; ya no veía países rodeándole, ya no los abandonaba. Más bien un mundo de una única nación. Similar a un cuerpo humano. Colarse de un sitio a otro, trasladarse. Con tres trillones de células compartimentadas, para un *poli* del sistema inmune con las llaves adecuadas, todo se convertía en el mismo patio de recreo. Él simplemente era un linfocito infiltrándose en tareas de rescate.

Su pasaporte estaba lleno de visados. Tanto le era irse a un simposium sobre proteómica del cannabis en la India, como asistir a un congreso internacional en China sobre el tricoma. Había nacido en Nueva York y estaba casado con una europea. Hasta se había llegado a plantear apuntarse a un curso de esperanto de ésos que se anunciaban con panfletos de papel pegados a las farolas. Se ató el

nudo de la corbata en el ascensor, mientras subía con Thomas hasta el piso catorce.

Había siete personas en la sala. Thomas Eichorn y él acababan de entrar. *Seguramente Eichorn los conocerá a todos.* Había una cara de la cual su jefe ya le había advertido, el fiscal general de Estados Unidos estaría allí. Conversando con éste el asesor presidencial Raffles, y dos hombres con uniforme militar, seguramente generales, con sus condecoraciones y el típico aspecto imponente. Cuando les vieron entrar todos tomaron asiento. Woods también estaba y saludó a Allerthon con un gesto afirmativo mientras se sentaba.

Una vez estuvieron en sus sillas, Raffles fue presentando someramente a los asistentes, identificándolos con una mirada al nombrarlos:

—Fiscal General Ashlara, teniente general Obsenberg, general Racker, Secretario de Agricultura Neveman, analista de la NSA Woods, director de Narcótica Molecular de la DEA Dr. Eichorn y su investigador adjunto Dr. Allerthon.

Ordenó unos papeles que tenía enfrente de él y prosiguió:

—Bien señores, todos ustedes conocen el motivo de esta reunión...

Inmediatamente el teniente general Obsenberg le tomó la palabra:

—Dejémonos de formalismos, ¿Cómo es posible que haya aparecido cannabis en el maldito conejo del Tour de Francia?

—De acuerdo, pues vayamos al grano. ¿Dr. Allerthon?— inquirió Raffles.

—Bien, mmmm, después de la investigación y la analítica coincidimos totalmente con los franceses. El conejo presumiblemente comió una zanahoria que había producido cannabis en grandes cantidades.

—¿¿¿Cómo ha dicho???— preguntó Obsenberg con el semblante descompuesto.

—Sí, ya sabemos que a veces es un poco difícil tratar con los franchutes, pero esta vez lo conseguimos— Hubo algunas risas en la sala.

—En este asunto hemos sabido algo desde el principio que ellos desconocían... se remonta a abril de 2003, cuando Gigorg² identificó unos planos en Internet donde se detallaba de manera precisa cómo crear un vegetal que pudiese producir

² GIGORG: sistema de semiconciencia artificial que la NSA usa para identificar información que la red de espionaje electrónico Echelon intercepta. Entró en funcionamiento en diciembre de 2002.

el Tetrahidrocannabinol, el principio activo de la marihuana, tradicionalmente restringido a las Cannabináceas.

—¿Pero... pero eso es posible?— dubitativo y claramente exaltado, se pronunció otra vez Obsenberg —¿Gigorg? ¿Se refiere al computador en pruebas que la NSA usa para la identificación de información táctica? ¿Ese trasto interpretó los datos?

—Exactamente. Gracias a su conciencia artificial comprendió esos planos y los calificó con el máximo valor de interés nacional. Sin Gigorg nunca hubiésemos podido localizarlos entre los Exabytes de información multilingüe que intercepta Echelon en todo el mundo.

El expediente se clasificó por motivos de seguridad y fue declarado alto secreto.

Después de lo acaecido en el Tour creemos que esos planos pudieron caer al mismo tiempo en manos de los traficantes de droga en Europa a través de Internet. El invernadero de producción que descubrimos con los franceses en la granja de Beaulieu, cerca de Mónaco, seguramente es el comienzo de algo más grande.

—¡La virgen!— exclamó ahora Neveman a la vez que se ponía una mano en su frente. —¿A ver, un momento, nos está diciendo que transferir metabolismos entre plantas es posible?!

—Lo es. Después de dos años finalmente hemos podido recrear en nuestros laboratorios la *Daucus Carota-THC*, la quimera designada DC20, demostrando que la Metransgénica ya es tecnológicamente viable. Con lo del Tour nuestras sospechas se han confirmado, y ahora sabemos que los traficantes europeos la tienen, y los estadounidenses también. Planean un gran cargamento...

—¿Un gran cargamento?

—Así es— ahora era el turno de Woods —En Francia interrogamos al único narcotraficante que pudimos capturar y nos proporcionó información sobre un extenso alijo que se preparaba en suelo americano. No sabía la fecha exacta, pero dijo que se produciría en algún punto de nuestras fronteras con Méjico.

Al parecer los traficantes europeos han pasado la DC20 a los estupas de nuestro país y éstos ahora pretenden hacer lo mismo con los del cártel de Mexicali. Quieren extender sus tentáculos por el cono sur y quedarse con todo el pastel.

—¡¡Cielo santo!!— volvió a exclamar Obsenberg.

—Pero, pero, un momento, ¿Cómo cojones llegaron esos planos a Internet? ¿De dónde salieron?— señaló ahora el general Racker.

—En Internet hay hasta los planos para hacer la bomba atómica, general. Creemos que esta vez unos universitarios los crearon, los colgaron en la red y...

—Y qué nos quiere hacer creer, ¿Qué los narcotraficantes los encontraron navegando? ¿Así de fácil?

—Exacto. Los traficantes son los únicos que tienen a su disposición una financiación ilimitada y los recursos tecnológicos necesarios para desarrollar algo así. Sólo les hizo falta encontrar *la iluminación*, o sea, los planos de la DC20. El resto son detalles. Pensaban pasar inadvertidos, pero ahora el Tour les ha delatado fortuitamente. En esos planos que Echelon y luego Gigorg sacaron de Internet se describía la zanahoria común, *Daucus Carota* según su nombre científico, como la especie ideal para realizar la transferencia y en la granja francesa encontramos zanahorias que han resultado positivas a la prueba del cannabino, como las de nuestro laboratorio. Todo encaja, aunque por motivos de seguridad las autoridades francesas todavía no han difundido esta información.

—¿Y por qué la zanahoria?— observó el general Racker.

—Tiene que ver con sus características fisiológicas— replicó Allerthon —y los precursores biosintéticos del Tetrahidrocannabinol. No todas las plantas los tienen. Además al ser una dicotiledónea es ideal en ingeniería genética.

Parecía que algo no acabara de tener sentido para el general.

—Pero a ver, a ver, según nuestros informes todo esto que cuenta está todavía a décadas de distancia.

—Es cierto general Racker, durante los últimos años se ha especulado mucho en la comunidad científica sobre este tema, pero los estudiantes que describieron el método, y aquí está la clave, usaron un reciente descubrimiento, el RNA de interferencia o RNAi, para superar el principal inconveniente que impedía sintetizar THC en plantas filogenéticamente no relacionadas...

—Mmmm, no he entendido una palabra de lo que ha dicho este hombre, ¿Alguien podría traducírmelo?— este comentario no sentó muy bien a Allerthon, pero no lo

desanimó. No era la primera vez que tenía que exponer jerga de ésa a novatos. Sus años de tesis, diversas defensas de proyectos de investigación y solicitud de becas delante de rastreros comités de Recursos Humanos le habían ayudado a adaptarse al medio.

—Es simple— continuó Allerthon —THC es la abreviación de Tetrahidrocannabinol. Para conseguirlo en una planta distinta, es indispensable suministrar al vegetal dos cosas: herramientas para producirlo y un ambiente que permita su síntesis, o sea, su fabricación. Suministrar las herramientas es fácil, porque todas las enzimas implicadas están publicadas y la genética actual ya permite introducirlas en el vegetal. Lo realmente difícil es crear el ambiente para que todo funcione. En la *Cannabis Sativa*, éste es generado automáticamente por un órgano llamado tricoma— al ver que el general frunció el ceño hizo una aclaración —es un nombre como cualquier otro, general, lo crítico es que no existe en las zanahorias...

—Entonces, a ver si nos aclaramos, si usted dice que eso no está, cómo es posible que...— y ahora Allerthon le interrumpió. Había conseguido hacerle morder el anzuelo y llevarlo a su terreno. Iba a devolverle la de antes:

—¡Buena pregunta, general! Éste era el principal obstáculo que se pensaba nunca se superaría. Allerthon estaba ya en su salsa, canalizando sus nervios en su cascada de razonamiento.

—Se necesita un ambiente celular especial para producirlo, ¡Y aquí está el quid de la cuestión! Los estudiantes— dijo mientras puntualizaba con su índice —usaron el RNA de interferencia para conseguir reproducir las condiciones existentes en el tricoma sin tener que crearlo. Siguiendo los planos, junto a las enzimas cannabinólicas los traficantes introdujeron la batería de RNAi, que al activarse toma el control de la célula y la convierte en un tricoma emulado, también llamado *emucoma*. Este emucoma es el que optimiza la cinética enzimática necesaria para la síntesis del Tetrahidrocannabinol.

Si el general apenas había entendido la primera parte, ahora estaba perdido del todo. Emucomas, cinéticas, RNAis, enzimas... Palabras bailando la danza del vientre en su cabeza. No se pronunció nadie más, ¿Estaban igual de perdidos que

él? Tuvo miedo de hacer el ridículo preguntando cosas demasiado elementales para sus colegas y calló. La verdad es que tampoco había hecho los deberes: no se había leído el informe de la DC20 que le habían pasado. Esta semana tenía cosas más importantes que hacer, entre ellas coordinar el retorno de un batallón de la base de Manta después del fallido proyecto Oxysporum.

Lo que había explicado Allerthon parecía sólido y tampoco interesaban los pormenores. Lo crítico de la reunión era que contra todo pronóstico, una planta no convencional que era capaz de fabricar marihuana estaba encima de la mesa y podía extenderse por todo el planeta. Si no lo había hecho ya.

—¿Y en cuánto tiempo está lista la droga?— preguntó Raffles.

—Una vez el sistema se activa, las enzimas junto con el RNAi hacen entrar al vegetal en una fase de autodestrucción metabólica, forzándolo a desviar todas sus rutas naturales hacia la producción de THC. Al cabo de dos días mueren, pero dejan transformada el 40% de su biomasa en cannabis. El proceso es muy precario, porque el emucoma no consigue reproducir las condiciones óptimas del tricoma y los RNAi pierden efectividad con el tiempo, pero teniendo en cuenta que la variedad decomisada es la *Nantesa-Gringo*, de las mayores en biomasa, de cada DC20 se pueden obtener de 100 a 150 gramos de droga...

—¡Jesucristo! ¿Ha dicho 150 gramos por unidad? ¡Con una docena de plantaciones de éstas se podría abastecer el país entero!— dijo Neveman horrorizado.

—Mmm, y eso no es todo. Sabemos además que el sistema de los narcotraficantes permite mantener la droga en latencia. Así han matado dos pájaros de un tiro; el THC no existe hasta que le suministran un fármaco que desencadena su síntesis, y de paso el nuevo metabolismo introducido no interfiere con el desarrollo normal de la planta. En los dossier que les han proporcionado está descrito el proceso bioquímico paso a paso...

Se produjo un silencio de unos segundos en la sala. Hasta que el fiscal general hizo su primera pregunta:

—Señor Woods, ¿Diría usted que estas zanahorias podrían rediseñar el panorama narcoestratégico global?

Hubo una pausa.

—Con la evidencia del Tour de Francia y las pruebas del Dr. Allerthon no creo que podamos ser optimistas. Me arriesgaría a decir, con el temor de que alguno de ustedes me corrija— lo decía mientras buscaba complicidad con su mirada —que este sistema deja muy atrás todas las técnicas que conozco usadas en el narcotráfico. Desde los simples muleros hasta los trucos más sofisticados— nadie se pronunció —con la aparición de la DC20, ahora la inspección ocular no jugará ningún papel a la hora de interceptar los cargamentos. Estas zanahorias pasarán las fronteras con todo su sistema reprimido y en hibernación. Es lo que necesita un traficante, el camuflaje ideal. Serán zanahorias perfectamente comestibles hasta que se les suministre el fármaco para producir el cannabis. Por tanto los narcos tendrán mucha más libertad de movimiento. No van a esconder la droga para cruzar las aduanas, eso ya forma parte del pasado. Con este nuevo sistema, lo único que habrá será un *narcoDNA* integrado en el núcleo, que al activarse producirá todo el sistema del que ha hablado el Dr. Allerthon, y los traficantes obtendrán la mercancía donde ellos quieran...

—¡Parece que esta maldita planta sólo tiene ventajas!— murmuró Neveman al tiempo que parecía indignarse.

—Pero las consecuencias pueden ir más allá— prosiguió Woods —y respondiendo a su pregunta, efectivamente podrían hacer el by-pass a los países productores tradicionales. A los que han desarrollado la DC20 les puede la avaricia; quieren monopolizar el mercado del hachís. Hacerse completamente con él y aumentar sus beneficios un 1200%. Y esto sólo es el comienzo...

—¿Qué?— espetó Obsenberg.

—Se avecinan cambios muy importantes. Si los distribuidores de Occidente ganan el control total sobre la producción de hachís usando las DC20, no necesitarán importarlo y esto conllevará repercusiones económicas imprevisibles para países como Colombia, Bolivia o Afganistán... piénsenlo, sin el mercado de la droga, la inestabilidad económica y social que se generará en esos países va a ser tremenda. Quizá ya hemos empezado a observar las primeras consecuencias con los informes de la DEA que hablan de una disminución en el tráfico sin un

descenso en el consumo en los países occidentales...Y aunque no tenemos pruebas conclusivas, también sospechamos que las muertes de Pantani y Sermon pueden estar relacionadas. Tal vez murieron por sobredosis de cocaína al ingerir vegetales metransgenizados. No tenemos ni idea de cuáles, y esto quiere decir que el escándalo del Tour puede ser tan sólo una cortina de humo... Si nuestras sospechas se confirman, significará que los traficantes hace tiempo que están usando esta nueva generación de vegetales para transportar droga y ahora se han decidido a masificar y extender su uso...— Stanford Raffles usó su móvil y susurró:

—Póngame con el Presidente.

Woods proseguía:

—Si no hacemos algo, dentro de unos años puede ser que acaben sustituyendo los cargamentos convencionales e incluso reviertan el tráfico de exportadores e importadores...

—A ver si lo entiendo, señor Woods, ¿Está insinuando que pueden haber más vegetales modificados para producir otras drogas?

—Sí, teniente general Obsenberg.

—¿Pero si existiesen, Gigorg no tendría que haber interceptado sus planos igual que hizo con los de la DC20?

—Éstas son otras noticias preocupantes. El programa secreto Gigorg, por si no lo saben, fue suspendido el mismo año 2003 por falta de fondos. Mantener un ordenador con conciencia artificial era extremadamente caro y hubo recortes presupuestarios por orden del Congreso para financiar la guerra de Irak.

Unos y otros empezaron a mirarse con un nauseabundo nerviosismo. El ambiente se volvía cada vez más tenso. ¿Hasta qué punto DC20 y sus derivados ya estaban fuera de control alcanzando todos los cárteles del planeta? Tenía potencial para hacerlo. Pero, ¿Estarían en lo cierto? ¿Habría un cargamento en cada frontera esperando las órdenes? ¿Se había extendido la tecnología a otras sustancias? ¿El principio de las zanahorias narcóticas? DC3 para la Cocaína, DC8 para la Heroína...

¿Hasta dónde alcanzaba la crisis desatada en el Tour?

—Muy bien, ¿Pero habrá alguna manera para detenerlas en la frontera, no?—
Ashlara buscó la aprobación en alguno de los presentes.

Para esta pregunta estaba Allerthon. Cogió aire, sintió fluir los escalofríos en sus miembros y se pronunció:

—No querría precipitarme, señor— musitó con un ligero temblor —pero creo que sólo seremos capaces mediante biología molecular. Ahora sabemos qué buscamos y cómo encontrarlo; podremos identificarlo si equipamos nuestras fronteras con las técnicas adecuadas, tenemos que adaptarnos...

Pero Ashlara no pareció sorprenderse por ese comentario. ¿Sabía Allerthon qué implicaba lo que acababa de proponer? ¿Cuánto costaría equipar todas las aduanas para detectar esas malditas zanahorias clandestinas? No estaban hablando de un riesgo inmediato equiparable al de un terrorista cargado con un obús nuclear, sino de una amenaza que en esos precisos instantes mientras todos permanecían reunidos deambulaba sin control. Una amenaza existente; mucho más difusa que se había materializado sutilmente con el escándalo del Tour. No podía matar doscientos millones de personas en un instante y paradójicamente ése era su aliado, no aparentaba ser un peligro inminente. Era un arma de acción lenta y retardada. Muy retardada. Sus efectos no se verían a corto plazo. Tenían que tomar una decisión.

El escándalo del Tour estaba en boca de todos y ahora los casos de Pantani y Sermon salían a la luz de nuevo. ¿Era ésta efectivamente la punta del iceberg? DC20 ya no era un proyecto de laboratorio ni unos peligrosos planos en una biblioteca perdida y polvorienta. ¿Pero estarían en suelo americano? ¿Eran fiables los informes de inteligencia?

Lo que Allerthon intuía casi con ciega certeza pero todavía no los burócratas de esa reunión era que los *peques* ya se lo estaban pasando en grande con ese maravilloso juguete.

—¿De cuánto tiempo disponemos para parar ese supuesto cargamento, señor Woods? ¿Semanas, días... de cuánto estamos hablando?

—Quizás todavía tengamos tiempo...

Alguien no pudo contenerse:

–¡NO, NO TENEMOS TIEMPO, TENEMOS QUE ACTUAR YA!– LES INTERRUMPIÓ CON UNA CLARA AGITACIÓN RICHARD ALLERTON –¡DEBEMOS DAR LA ALERTA INMEDIATA A TODAS LAS ADUANAS PARA QUE INMOVICEN EL TRÁFICO DE ZANAHORIAS!

–ESPERE UN MOMENTO– DIJO JUSTIN OBSENBERG –¿NO NOS ESTAMOS PRECIPITANDO UN POCO? ¿PARAR EL TRÁFICO? SUENA UN POCO A CHISTE ¿NO? TENEMOS QUE AVERIGUAR CON MÁS DETALLE POR DÓNDE PASARÁN, ¿NO CREE? ¿SABE DE CUÁNTOS MILLONES DE DÓLARES ESTAMOS HABLANDO PARA EQUIPAR NUESTRAS FRONTERAS?

–EL TRAFICANTE FRANCÉS CANTÓ QUE LOS NARCOS DE ESTE PAÍS PLANEAN VENDER LAS ZANAHORIAS DC20 A LOS MEJICANOS EN POCO TIEMPO. ¡LOS RESULTADOS DE NUESTRO LABORATORIO Y EL INCIDENTE DEL TOUR DE FRANCIA DEMUESTRAN QUE YA EXISTEN Y ESTÁN AHÍ FUERA!

EL TRAFICANTE HABLÓ DE UN CARGAMENTO SUFICIENTEMENTE GRANDE PARA EXTENDERSE POR TODO CENTROAMÉRICA. SI DAMOS LA ALARMA Y LOS INTERCEPTAMOS AHORA, TENDREMOS UNA OPORTUNIDAD PARA LOCALIZAR LAS REDES QUE HAN DESARROLLADO LA DC20 EN SUELO AMERICANO.

–¿ENTONCES, ESTAMOS HABLANDO DE QUE LOS CARGAMENTOS SERÁN CAMIONES CON ZANAHORIAS? Y AUN SABIÉNDOLO... ¡TODAVÍA NO ES DELITO TRANSPORTARLAS! NO TENEMOS APOYO LEGAL.

–¡PERO NO SON CONVENCIONALES! LLEVARÁN EL NARCO DNA DEL QUE LES HA HABLADO EL AGENTE WOODS. ¡UNA VEZ LAS INTERCEPTEMOS, CON LOS TEST DE HIBRIDACIÓN DEMOSTRAREMOS QUE SON DC20! CON ESTA PRUEBA PODEMOS PEDIR UNA ORDEN JUDICIAL PARA JUSTIFICAR SU INMOVILIZACIÓN. [...]

Ahora Allerthon ya tenía los juguetes en el kindergarten. Gracias a la orden del general Racker en el último momento, cuatro de los siete cargamentos de semillas de zanahoria que en total intentaron pasar por Laredo se habían interceptado. Después de realizar las pruebas, las sospechas se confirmaron: eran DC20.

La expectación anidaba entre las centrífugas y kits de diagnóstico. Había motivo. El equipo de *Aller* tenía frente a sus narices el primer mito del siglo XXI: un saco de semillas. Regalo especial de la DEA. Eran las elegidas, y escondían celosamente un sutil secreto que no se había puesto de manifiesto en la reunión. ¿Cómo se activaban? ¿Cuál era el producto clave que suministraban los traficantes para conseguir el THC?

Esta pregunta era de vital importancia, pero el grupo de Allerthon todavía no la había podido desenmascarar. Para las DC20 de su laboratorio habían usado un promotor facultativo conocido para activarlas. Pero ahora se enfrentaban a las DC20 de los narcos, y las cosas cambiaban. Tenían que descubrir la joya de la corona. La última pieza del puzzle biológico. No era indispensable para poder distinguir una DC20 de una zanahoria convencional, pero ¿Qué era? Importaba saberlo. Si algún producto comercial como la Aspirina® era el activador, tendría serias implicaciones sanitarias y su embargo podía no ser considerado una opción factible.

Ese hipotético fármaco era al promotor que controlaba la síntesis de la droga lo que una llave a su cerrojo. Sin él no existía nada, y parecía que era lo único que los traficantes habían alterado de los planos originales colgados en Internet. De haberlo mantenido, Allerthon y sus colegas lo hubiesen identificado haría meses. Pero a los estupas les debió parecer demasiado sencillo utilizar el facultativo IPTG, usado en el 90% de los laboratorios de investigación. La Serendipidia iba a tener que hacer un vuelo raso sobre el misterio.

—Oye Randi, baja el volumen ¿Quieres?

—¿Qué pasa? ¿Tampoco te gusta mi recopilatorio de Mozart?

—Ya sabes que aborrezco la clásica. ¿Cuántas veces tendré que repetirlo?

Así acostumbraba a empezar el día en el laboratorio de Allerthon. James Randi era biólogo y adoraba escuchar música clásica, pero a Mark Spector, bioquímico,

la clásica le irritaba. La verdad era que no podía soportar ningún tipo. El debate de la música en los laboratorios de investigación es un tópico de nuestros días.

Ése era uno de los Némesis que existían en el equipo, nada para preocuparse. A diferencia de lo que pudiese parecer no degradaba el ambiente, sino más bien al contrario, era la broma amistosa que se hacían diariamente.

El grupo de Allerthon lo formaban tres personas más. Laura Erka, una farmacéutica italiana seducida por el lado oscuro de la biología molecular y dos biólogos alemanes, Andreas Leipern y Jenny Diedler. Tras esos años de trabajo en proyectos encubiertos del gobierno, se habían convertido en una especie de familia y se compenetraban. De vez en cuando saltaba alguna chispa, como cuando el hijo se enfada con el padre y se lo hace pagar al hermano pequeño, sin más consecuencias.

El ambiente positivo era especialmente fomentado por su jefe. Según él, ésa tenía que ser una de las características de un buen grupo de investigación.

El departamento de Narcótica Molecular de la DEA era relativamente nuevo. Fue inaugurado en el noventa y cinco por la entonces fiscal general, con dos grupos de trabajo paralelos, el de Max Sbaraglia y el de Richard Allerthon.

El primero encargado del malogrado proyecto Oxysporum para aniquilar las plantaciones en América Latina; el segundo centrado en desarmar el metabolismo que permitía a la *Cannabis Sativa* producir la marihuana en suelo americano.

Debido a intereses militares, Sbaraglia consiguió desde el principio luz verde casi ilimitada. Más presupuesto, más recursos y docenas de investigadores a su mando. El esfuerzo que requería la genoconstrucción del hongo lo justificaba.

En cambio, el otro equipo, con un objetivo más convencional a largo plazo, no disfrutó de una financiación tan generosa. Ese proyecto de la *Sativa*, como Allerthon lo llamaba, siempre le pareció abstracto. Pero al fin y al cabo, para eso le pagaban. Así es la vida.

Todo cambió cuando la NSA le envió los planos interceptados por Gigorg. El proyecto de la DC20 se volvió entonces prioritario, y no tuvo problemas para dedicarse exclusivamente a crearla. Es más, con los conocimientos acumulados con el proyecto de la *Sativa*, los planos de la DC20 resultaron demasiado

oportunos. Parecía que alguien había tenido a Allerthon en la recámara todos aquellos años. ¿Plan o suerte? Se lo preguntaba a menudo, pero le costaba poco conciliar el sueño sin la respuesta.

En principio la búsqueda para descubrir el producto que activaba las zanahorias tenía que ser simple. Secuenciar el promotor que controlaba la síntesis de las cannabi-enzimas y el RNAi, compararlo con los conocidos para ver si podía darles pistas, y poner a crecer paralelamente varias docenas de esas hortalizas en el invernadero para ensayar los fármacos candidatos hasta dar con el elegido. Basándose en los planos y en lo que *Aller* dijo en la reunión, una vez se desatara la cascada de activación dentro de las zanahorias, morirían en pocos días convirtiéndolas en THC. Típico experimento de ensayo-error.

Usaron el fertilizante Taquiotrón® para acelerar el crecimiento y después de una semana se habían iniciado los ensayos; pero empezaron a encontrarse en un callejón sin salida. El promotor no aparecía en ninguna base de datos. Más bien parecía todo menos un promotor genético. Habían utilizado los fármacos más comunes en los laboratorios de biología molecular sin éxito. Los traficantes se habían esmerado eligiendo al maldito activador.

Pero a la segunda semana Randi obtuvo veinticuatro positivos y la suerte pareció por fin sonreírles. Sus resultados desataron la controversia en el laboratorio. En el experimento había utilizado el cloranfenicol y la Aspirina®, productos ya probados con anterioridad y descartados por Erka y Leipern. Eso no fue todo. Al volver a repetir el experimento obtuvo resultados negativos. Mismas concentraciones, mismos reactivos, misma temperatura, humedad, presión... Negativo.

Spector lo repitió con la misma suerte.

Inexplicablemente, a la tercera Randi obtuvo de nuevo positivos.

El cachondeo se adueñó del laboratorio porque el elusivo producto parecía actuar según las lunas. Ya se hablaba del *Lunar factor* e incluso se empezó a temer que alguien entrase por las noches y manipulase los cultivos. Sin acusar a nadie se guardaron las zanahorias bajo llave por un tiempo (las artes diplomáticas de Allerthon fueron clave), pero el fenómeno continuó sucediendo. Algo no encajaba; Randi obtenía resultados positivos cíclicamente. Estaba variando algo

determinante para el éxito del experimento que sus colegas no hacían. ¿Podía ser? Ni siquiera él lo sabía. ¿Qué las activaba y se reía de todos? Con estos resultados Allerthon no podía ir a ninguna parte, no eran concluyentes. *¡Nada tiene sentido! Si los presentamos no tendremos a dónde agarrarnos.* Sin poder determinar el activador preciso perdería prestigio a los ojos de Eichorn y de todos. Allerthon convocó una charla de *brainstorming* con todo su equipo:

—Tal vez tengamos una contaminación en el lab.

—¿Pero con qué, Laura? No se infectan...

—No debe ser infeccioso Mark, a lo mejor es algo químico. Algo que tenemos en el ambiente y no detectamos... Ya ha pasado en muchos laboratorios.

—¿Y no pudisteis hacer cantar al traficante de la granja?— dijo Spector dirigiéndose a su jefe —Habría sido todo mucho más fácil...

—Sí claro, ya lo hicieron. Pero después del primer día de interrogatorio murió.

—¿Como dijeron los periódicos?— dijo Randi.

—Sí, oficialmente fue una muerte natural. Pero lo que no publicaron es que se abrió una investigación porque encontraron restos de cianuro en su comida. Alguien le envenenó. Imagínate el lío que...

—Ya, no me lo cuentes. Oye, ¿Y algún producto químico? ¿No encontraron nada los gendarmes que llegaron primero a la granja de Beaulieu? El sistema de activación tenía que estar allí.

—Nos dijeron que no, y no creo que quisieran ocultarnos nada. Los franceses estaban muy interesados en descubrir qué cojones había pasado. Sólo encontramos algunos disolventes para extraer el cannabis de las zanahorias y purificarlo... lo demás está en el inventario. Según ellos los traficantes debieron destruirlo todo al verse descubiertos.

—Se os pasó algo por alto— insistía Spector.

—Mira Mark, en estas hojas está todo lo que había en la granja...

—Algo se nos está escapando. Estas plantas se activan delante de nuestras narices con algo que tiene que estar aquí— dijo martilleando su dedo índice sobre los papeles— vamos a ver, seis pistolas Magnum, quince cargadores, una AK47... Fue saltando todo el tema del arsenal.

—Lo mismo de siempre— interrumpió Leipern.

—Dos ordenadores, cinco móviles, cuatro minidisks, diez altavoces, cuarenta metros de cable...

—Ya lo hemos leído un montón de veces...

—¡Ha! ¿Y esto qué Jenny? ¿Lo mismo de siempre? ¿Se corrían fiestas todas las noches o qué?

—Tenían instalados los altavoces por todo el invernadero— dijo Allerthon.

—¿Por el invernadero? ¿Y para qué los querían, para un concierto de rock?

—No estoy seguro...

—¿No se supone que tenían que pasar desapercibidos? ¿Por qué instalar entonces altavoces de música? ¿Querían atraer a la gente de la zona o qué?

—Los gendarmes dijeron que quizás era algún tipo de alarma ¿No? Yo tampoco lo tengo muy claro...

—Bueno tíos, si no hay más novedades me voy a seguir con los experimentos... Y a escuchar un poco de música. Mis zanahorias sí la saben apreciar, no como otros— dijo Randi sonriendo de refilón a Spector.

Dicen que el genio es como el zigzag de un relámpago en el cerebro.

—¡Espera!— Allerthon saltó de su silla.

—¿Qué acabas de decir Randi?

—¿Yo? ¿Que voy a continuar con mis experimentos?

—No, después de eso.

—¿Que mis zanahorias saben apreciar la música?

—¡¡¡Sí!!! Un momento ¿Y si fuese...?

—¿Qué?— gritó Spector.

—El activador de esas plantas...

—¿A qué te refieres?

—Escuchad... ¡¡¡¿Y si no estuviésemos delante de un promotor químico... sino sónico?!!!

Una cara de perplejidad invadió todos.

—¿Lo estas diciendo en serio? ¡Anda ya!

—No lo sé, pero, ¿Y si estuviésemos hablando de plantas sónico-reactivas?
¡¡Quizás por eso no encontramos el promotor de las DC20 en ninguna base de datos!! ¿No creéis? ¡Una activación sónica!

—¿¿Una activación qué??— soltó Spector.

—¡Eso, una activación a través del sonido! Ya sé que es descabellado y no hay ningún precedente, pero podemos hacer la prueba. Randi, pon tus MP3 de música clásica al lado de los cultivos.

—Bueno, siempre los escucho al lado de los cultivos...

—...

—Pero además, escucho muchos, toda mi colección...

—Mmm, sí, pero el que produce tus positivos debe ser alguno en particular. Mark, ¿Pone algo más en el inventario sobre si encontraron música en la granja?

—A ver...pues no, eh... ¡Ah! Aquí pone que hallaron una caja de CDs. Y pone...no se lee bien. KV550 o algo así al lado. Pero vaya...

—¿KV550?— Laura que había permanecido escuchando hasta entonces, se pronunció —Ey Aller, ¿Te acuerdas que en Laredo también encontraron CDs en esos camiones?

—No me acuerdo.

—Sí, creo haberlos visto en el inventario que nos pasaron los de aduanas.

Pero Randi, que se había quedado clavado en la puerta sin salir interrumpió atónito:

—¿¿¿KV550??? ¿¿Habéis dicho KV550?? ¿Sabéis que eso es una sinfonía de Mozart?

—¿Qué? ¿La conoces?

—¡Joder Aller! ¡¡Es la sinfonía nº40, una de mis favoritas!!

—Un momento— intervino Spector —¿De verdad estáis hablando en serio?

—Randi, ¿¿Escuchaste esta obra cuando las cultivabas??

—Pues seguramente, está en uno de mis CDs...— Entonces se miraron los dos a la cara:

—¡¡Por eso salen los ciclos!!— dijeron a la vez.

—¡Dios mío!

—¡Eureka Randi! ¡¡Los resultados se intercalan porque deben reaccionar sólo cuando son expuestas a la sinfonía!!

—¡Wooaalaa, qué flipada! ¡Zanahorias que aprecian mi música! ¡Nunca lo hubiera pensado!

Spector no podía dar crédito:

—A ver... ¿Me estáis diciendo rematadamente en serio de que tienen la capacidad de discriminar músicas?! Qué se supone que tienen, ¿Oídos?

—Hombre, la idea no es mala; está demostrado científicamente que ciertas gallinas producen mejores huevos con música.

—Sí, bueno Laura, pero no me compares un animal con un puto vegetal.

—¿Y la gente que habla con las plantas?

—Es verdad Jenny, eso también me suena...

—Espera Aller, podría ser cualquier otra cosa. Somos científicos, hay miles de fármacos no clasificados y sabemos que no han utilizado los más corrientes; ahora es virtualmente imposible descubrir por ensayo-error cuál deben haber usado, y fijo que tenemos una contaminación. Necesitamos que los de inteligencia nos echen una mano.

—Digo que lo probemos.

—Además, si fuese cierto lo que proponéis, es de risa... Pfff, ¿Lo habéis pensado? Los traficantes tendrían que ir por los campos tocando sinfonías de Mozart para activarlas, o qué.

—No tenemos tiempo que perder, rápido Randi, ¡Quiero oír esa sinfonía a todo trapo!

—Ok, jefe. Ellas también.

Esto es de locos, pensó Spector.

APOPTOSIS

Baix Empordà

Cassà de Pelrás

14 de Agosto de 2005

8:29PM

Ring, ring. Ring, ring.

—¡Ya va, ya va!

Ring, ring...

—¿Diga? Sí, soy yo— De repente el fax empezó a vomitar papeles. El veterinario que tomó las muestras de los animales de Roc acababa de recibir los resultados de los análisis sobre su extraña intoxicación. Al leer el informe, unas siglas le llamaron la atención:

—¿Señorita? Sí, estoy leyendo los resultados, y esto que pone aquí... ¿Qué significa alto contenido en MDMA?

Cuando el veterinario oyó la respuesta desde el otro lado del teléfono se indignó.

—¿Me está tomando el pelo?

Pero el tono de su interlocutor no parecía querer *prendergli in giro* como decían los italianos.

—¿Me quiere hacer creer que en la sangre de dos vacas, cuarenta ovejas, quince patos, doce gallinas y... y treinta cabras han encontrado restos de éxtasis y otros nueve tipos de anfetaminas? ¿Y que murieron por sobredosis? ¿Es una broma?

—[...]

—¿Que qué? ¿Que se ha dado la alerta internacional? ¿Cómo que no está autorizada a decir nada más...?

—[...]

—Espere... ¿Qué se supone que tengo que hacer ahora?

Al cabo de cinco segundos la conversación finalizó. “No estaban autorizados a dar más información”. El Dr. Caracoles se había esperado todas las respuestas menos aquella. ¿La intoxicación de unas vacas y unas ovejas era ahora un *affair* planetario? Rastreaba la hoja recién impresa. *Éxtasis y anfetaminas*. No podía dar crédito.

Nunca hubiera pensado que esas vacas se habían tomado un par de cohetes

verdes, algún cristalito o unas piedras filosofales. Esto sería más propio de los titulares de los periódicos.

Le estaban diciendo que sustancias alucinógenas para el consumo humano habían intoxicado los animales de una granja agrícola. Siguió leyendo y encontró algo todavía más preocupante en el informe. También habían identificado restos en la hierba que recogió para analizar. ¡Había éxtasis en ella! De locos. Ésa era la fuente de la intoxicación, su hipótesis, el foco, aunque ahora nada tenía sentido. *Tiene que ser un artefacto.* Pero los de la analítica parecían muy convencidos, habían informado hasta al gobierno. ¿Podía ser que la hierba del campo hubiese producido éxtasis? *¿Qué se precisaba para que lo hiciera? No, seguir por aquí no tiene sentido, vaya chorradas.* Ya era tarde pero todavía había tiempo para pasarse por la granja y contarle lo sucedido a Roc, quizás hasta cenaran juntos. Cogió las llaves y vio la minutería del reloj de pared dar exactamente en punto, las nueve en punto. *¡¡¡¡El partido!!!! ¡¡Casi me olvido!!* Estaría a punto de empezar. Encendió la tele de su despacho y la irritación tardó poco en acompañarle. En el canal deportivo aparecía superpuesto “INFORME ESPECIAL”, y en el lado derecho el logotipo de “Directo”:

«Así es Ramón— ruidos de aspas en rotación interferían la conexión— las fronteras de Estados Unidos están cerradas y en alerta roja...—el mismo sonido volvió a irrumpir en la transmisión— a raíz de las incautaciones de zanahorias metransgénicas, el tráfico de comestibles vegetales está paralizado. »

El Dr. Caracoles empezó a hacer *zapping*. Todas las cadenas daban lo mismo.

«—...se espera que en las próximas horas estas medidas se hagan extensibles al resto de países europeos, los rumores hablan de que Francia cerrará sus fronteras de un momento a otro— la corresponsal era sobrevolada por helicópteros de combate.

—Aquí en Laredo, el paso fronterizo parece una zona de guerra— decía mientras agarraba su micrófono como si el viento que levantaban las máquinas voladoras fuera a arrancárselo de sus manos —las autoridades mejicanas hablan de más de

cuarenta kilómetros de retenciones en los puntos fronterizos con Estados Unidos y miles de millones de dólares en pérdidas económicas.

—¿Y qué espera obtener la administración americana con esta resolución?— preguntó el moderador del telediario.

—Según han informado, impedir el tráfico invisible de estupefacientes; quieren mantener las restricciones hasta que sepan el alcance real de este estallido, en la que algunos ya empiezan a denominar la primera plaga de diseño del nuevo siglo. El escándalo del Tour parece ser una auténtica caja de Pandora, nadie sabe exactamente su dimensión...

—Pero, y las plantas implicadas— el locutor tuvo que leer las hojas servidas encima de su mesa— estas zanahorias *mitrigénicas*, ¿Se sabe algo más acerca de ellas?

—Hasta el momento sólo ha habido una rueda de prensa oficial, donde se ha hablado de la existencia de las zanahorias que producen cannabis y se activan, han dicho sin dar más detalles, con una sinfonía de Mozart. Lo han oído bien. No obstante se teme que haya más metransgenizadas, entre ellas melones, sandías y calabazas; y aunque no ha habido ninguna confirmación al respecto, también más drogas... — un helicóptero ejecutó un vuelo rasante que obligó a la periodista a agacharse para salvaguardarse.

—Lo que está claro es que esta crisis tendrá una repercusión global...

—Se cree que sí, Ramón, el breve lapso de tiempo con que las consecuencias del escándalo del Tour han alcanzado este lado del Atlántico hace pensar que el mundo pueda verse afectado en las próximas semanas...

—Muchas gracias— y volviendo a retransmitir desde el plató de televisión —Ésta fue Isabel Murillo desde Laredo, Estados Unidos. Siguiendo con este conflicto aquí en Europa, tenemos las declaraciones del ministro de agricultura de nuestro país. ¿Anna?— dando la palabra a su compañera de plató.

—Sí, Ramón, según declaraciones del ministro no existe ningún riesgo para el mercado nacional de hortalizas y el gobierno en ningún caso se propone embargar los CDs de Mozart como se ha ordenado desde la Casa Blanca... Atención, noticia de última hora— se interrumpió ella misma —comunicado especial, Francia y

Bélgica acaban de cerrar sus fronteras y le han seguido también Gran Bretaña y Holanda...puede ser que veamos un efecto dominó en los países de la Comunidad Europea...»

TRADUCCIÓN INVERSA

Apuntes encontrados en una papelera por el servicio de limpieza de alguna universidad:

«Todavía me acuerdo de la primera vez. No fue mía, pero sólo yo, de entre todos, me percaté de ella. La identifiqué y ella me sedujo. Como una chica. Sólo a mí. Fue en un lugar simple, a una hora muy simple: en la biblioteca un martes por la tarde. Este vago detalle ha sido el único capaz de sobrevivir al paso del tiempo. Hace mucho ya de aquello, demasiado. Capas de tierra. Una sepultando la otra, el presente al pasado.

En la esencia de ese momento, en el instante en que emergió, pensé en contarla a mis compañeros de piso, como la fantasía de un día cualquiera, ciñéndome a mi estilo. Mi estilo hasta ese día. El motivo que me apartó de hacerlo fue el descubrir que no era solamente una fantasía, sino algo más tangible. Podía ser una iniciativa viable a largo plazo. Muy difícil, pero viable. Ése fue el principal factor que me silenció en vez de compartirla espectacularmente:

—¡Ey tíos! Lo que se me ha ocurrido, he soñado algo flipante...— Bla, bla, bla. Ésta hubiera sido una forma. Palabras en el viento, pero ¿Adónde habrían ido? Seguramente no más lejos de ahí. Algo cotidianamente volátil que los cuatro

compis de piso me hubieran dilapidado sin prestarle mucha atención, siguiendo el ritual de costumbre.

Así DC20 nunca habría sido diseñada y tú no sabrías nada acerca de un escándalo en el Tour del 2005. El mundo se habría salvado.

Pero callé. No la transmití, fue algo más grave que quedó en mí, más pesado. Algo me lo hacía presentir. Un impulso inconsciente que me hacía estremecer de placer cada vez que pensaba en ella. Con el tiempo fue madurando, gota a gota: desde el primer impulso en la biblioteca, hasta el descubrimiento de su biosíntesis. Evolucionando, lentamente. Desde su naturaleza aprroteica hasta las cannabi-enzimas. Afilándose, milímetro a milímetro. De los tricomas al RNAi. Hasta terminarse.

Pero había un talón de Aquiles. No tenía los recursos para hacerlo. Necesitaría ayuda. Una historia. Hacer un libro, conseguir una coartada. Se necesitaba un buen gancho para seguir adelante, una tapadera. Una novela de ciencia-ficción para explicarlo.

Intentar publicarla o colgarla en Internet, así quizás alguien con medios encontraría los planos o la leería y *se iluminaría*. Había que empujar a alguien a invertir en fruta.

La fuerza motriz fue la que pudo, la que me hizo decidir. Vi el pasado del presente, escapando a la realidad y a la capa de tierra que se me venía encima.

Sería un desafío. Al fin y al cabo estábamos en la era de los desafíos. Delante de nosotros, una multitud de puertas sin abrir gritaban nuestros nombres. La genómica y los manuales de transgénicos a nuestra disposición. ¿Qué más podía motivarte a morder fuerte la realidad?

Ese martes por la tarde en la biblioteca, estudiando con los compañeros de clase la asignatura W, uno de ellos acabó constatando que M puede hacer N a través de la participación de Z con Y para entonces dar una hipótesis X. Pero a pesar de lo que pudiese parecer, X fue algo totalmente ajeno a lo que estábamos discutiendo. Así nació.

Esa tarde en la biblioteca, tuve el vértigo de pensar al borde de un abismo.

X fue “si el principio activo de la marihuana pudiese ser transferido de un vegetal a otro”. *¿Qué pasaría si se consiguiera trasladar de la Cannabis Sativa a una planta legal? Encontrar las enzimas en Medline, usar el Agrobacterium Tumefaciens comercial, su vector Ti...* Éste era el borrador primitivo. *¿Se podría hacer algo así?* Teniendo los conocimientos en ingeniería genética, disponía de los detonadores. Todavía recuerdo el escalofrío que me recorrió el cuerpo antes de pensar: ¡Se podría! »